

JOSE BERRUEZO

**Por el sendero
de
mis recuerdos
(1920-1939)**



POR EL SENDERO
DE MIS RECUERDOS

JOSÉ BERRUEZO SILVENTE

POR EL SENDERO
DE MIS RECUERDOS

Veinte años de militancia libertaria
en Santa Coloma de Gramanet
(1920 - 1939)

Santa Coloma de Gramanet
1987

● Grupo de Estudios Histórico-Sociales
Santa Coloma de Gramanet, 1987
ISBN 84-398-7726-9
Dep. Legal: B-38967-86

Creaciones Gráficas Fernando. Diputación, 341. 08009 Barcelona

DEDICATORIA

Informe dedicado a los compañeros que en Santa Coloma de Gramanet emplean las horas que el duro trabajo cotidiano les deja. Hombres, a actividades socio-culturales, tan semejantes a las que me esfuerzo en dejar constancia, con la esperanza de que pueda servir de estímulo para la continuación de una obra tan meritoria.

A 45 años de distancia, la obra continúa, porque los ideales de superación del intelecto humano son impercederos.

A una generación sucede otra.

A unos hombres suceden otros hombres.

La semilla continúa germinando, siempre germinando.

Así es la vida.

JOSE BERRUZZO SILVENTE

PRESENTACION

Hace ya diez largos años que recibimos el original del libro que ahora presentamos. Aunque siempre se tuvo la idea de publicarlo, creíamos que lo más importante era, que en realidad existiesen, las memorias de Berrueto; porque nadie como él, podía explicar toda una época de avatares (de luchas y también de logros) que vivió el movimiento obrero de Santa Coloma, protagonizado entonces, por los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo.

El coste económico de la publicación fue siempre el principal obstáculo; pues nunca se pensó en facilitar estos apuntes a quienes disponían de medios para editarlos, por la posibilidad de que pudiesen ser utilizados a conveniencia, lo cual postergó su aparición. Finalmente un grupo de amigos que le conocimos personalmente y que le estimamos; no sin grandes dificultades, nos hemos impuesto el deber moral de efectuar su lanzamiento.

Es para nosotros, un cálido homenaje que realizamos a la persona, al entrañable compañero que ha sabido ser consecuente en cada momento de su vida; tanto en el periodo de la militancia obrera, cuya única perspectiva era la cárcel o como alcalde en la Administración, llevado por unas circunstancias que no había podido prever, ni figuraron nunca en el programa de sus ideas.

Berrueto ha practicado el bien en todos sus aspectos, por conveniencia de unas ideas y sin motivaciones personales; tanto, que en el momento del juez instructor sobre delitos de la guerra civil, sólo pudo decir que no se le conocían cargos de responsabilidad criminal. Y en este juicio era bastante "generoso" para quienes veían a sus opositores, con algún relieve, asesinos en potencia.

Estamos seguros que desde su refugio de Aix-en-Provence, donde le arrojó la que él ha dado en llamar, "destracada" Guerra Civil, sentirá alguna satisfacción de que estas experiencias vividas "tan suyas" y a la vez "muy de todos", hayan alcanzado, al fin, llegar a ver la luz pública.

A modo de prólogo

Como todo lo que el hombre proyecta o realiza, este informe tiene también sus orígenes.

Trataremos de explicarnos aunque sea brevemente.

Pues es el caso que me hallaba preparando el viaje de regreso a Francia, en julio de 1976, después de la visita a unos familiares próximos, cuando nos acercamos por tercera vez al Museo de Santa Coloma de Gramanet. Si bien, en esta ocasión, fue para despedirme de su organizador y amigo, Juan Vicente.

Al traspasar el umbral de este Museo, el visitante siente la impresión de haber penetrado en un mundo ignoto, que se desvela paso a paso, conforme se avanza hacia el interior. La disposición de los materiales, aun manteniendo todo su rigor científico, no producen cansancio alguno, pues muestran una variedad tal, de temáticas y formas, que la iluminación de la estancia destaca hasta lo increíble; manteniéndose vivo el interés que logra despertar desde el principio.

Es maravillosa la voluntad humana, cuando es aplicada a fines generosos en el entrañable intento de abrir a nuestros semejantes, especialmente a los jóvenes y a los niños, las puertas de lo desconocido.

Y lo desconocido se hallaba, y se encuentra todavía, en la cumbre del Turó del Pollo; en el poblado ibérico de Puig Castellar.

He aquí, que poco antes de dar principio a nuestra Era, el Imperio Romano, en su despótico afán de dominar el mundo entonces conocido, y con el propósito de desarrollar mejor sus planes estratégicos, invadió nuestro país, destruyendo y arrasando humildes poblados indígenas.

Las gentes íberas habían construido sus hogares «allá arriba», iluminados por la esperanza de que en aquella cima nadie se atrevería a subir. ¡Pero la barbarie organizada llega a todas partes! Y allí les alcanzaron las legiones romanas; siendo incendiadas sus casas y dándose muerte a quienes desesperadamente intentaron defender su libertad. Los supervivientes fueron convertidos en esclavos.

vos y su destino fue el de labrar sus propias tierras que les habían sido arrebatadas.

El poblado ibérico de Puig Castellar ha sufrido, después de su descubrimiento y excavaciones primeras, largos periodos de olvido, en que sólo su existencia era conocida por un reducido número de personas. Casi puede decirse que hasta 1954, fue ignorado públicamente; fecha en que el Grupo de Arqueología de la Sección de Estudios del Centro Excursionista Puig Castellar, dio la voz de alarma ante el peligro de destrucción en que se hallaban las ruinas, a causa del abandono oficial y de la inconsciencia de algunas gentes. Con el propósito de preservar para el futuro unos restos de la historia antigua, se encomendaron la tarea de recuperar un material en evidente trance de desaparecer.

Poco a poco, y a fuerza de perseverancia y sudores, fueron sacando a la luz, restos de vajilla y utensilios diversos, que yacían sepultados bajo los escombros: mudos testigos de un pueblo sacrificado ignominiosamente.

Durante muchos años un grupo de hombres llevaron a cabo esta labor de conjunto, trabajando en silencio e incansablemente, sufriendose unos a otros, robándose horas de reposo después de realizadas las jornadas laborales. Para desarrollar una mayor eficacia en estos trabajos, se dividieron en equipos, que se iniciaban por el grupo de excavaciones, cuya labor consistía en remover la tierra con el azadón o el pico, para extraer cuidadosamente, capa a capa, los restos arqueológicos. Una vez reunidos los fragmentos pasaban al Taller de Reconstrucción donde, después de lavados, eran seleccionados los trozos por formas y grososres, para recobrar los vasos y ánforas su presencia originaria. Seguía la fase de catalogación para diseñar y estudiar el material destinado al archivo o a ser publicado, y finalmente, se realizaba en el Museo la labor de selección tipológica de las piezas, para ser expuestas al público de manera didáctica y comprensible.

Al observar la sucesión cronológica de las edades, desde la irrupción de la vida que se muestra en los restos de animales fosilizados, a la evolución de las especies hasta llegar al hombre; sus primeras industrias en su vida de cazador o de pastor nómada, que indican que la preocupación humana está centrada solamente en satisfacer sus necesidades elementales. Después, cuando el advenimiento de las culturas del Neolítico, el hombre se convierte en agricultor y su asentamiento determinará el sentido de la propiedad. A partir de este momento, empezarán los actos de explotación individual o colectiva. Los relatos de la historia se convertirán ya, en el pasado y el presente, en actos agresivos cuyos móviles serán siempre los mismos: subyugar para explotar, ya sea en forma violenta con el pretexto de guerras santas o de conquista, o pacificados los pueblos

serán inducidos al trabajo con el nombre de esclavos, siervos o trabajadores. Estas y otras consideraciones nos indujeron a reflexionar sobre la Historia, en el intento de esclarecer algunas partes muy allegadas a nosotros; siendo, en definitiva, lo que motivó la hilación de este relato, el cual, a pesar de los años transcurridos, es todavía de una actualidad palpitante.

Como dijimos, el último día que visitamos el Museo y en conversación con Ginés Ibáñez, que me acompañaba y del amigo Vicente, abordamos los problemas de la vida colomense; las anteriores vicisitudes, desbordando en el caudal de los recuerdos, allá por el año 1921, hasta el final de la desgraciada guerra civil.

Las inquietudes y las luchas de la clase trabajadora, en las que intervino de forma decisiva el sindicato de la CNT, el Ateneo Instructivo Colomense, la Casa del Pueblo, la conducta de los militantes libertarios, antes y después de la guerra, etc. Fue entonces cuando Vicente, atento a mis palabras, en las diversas facetas que no se sabían de la historia local, especialmente en los hechos de carácter social y que, según él, muchos estudiosos habían dado muestras de querer conocer, insistió en que tales sucesos no podían quedar como páginas en blanco en el libro de nuestra historia, o que con el tiempo llegasen a ser adulteradas o minimizadas.

Les recordé a ambos, de haberse escrito ya sobre estos temas, que fueron publicados en *Las Escuelas Racionalistas de Cataluña*, de Editorial Tusquets. Y como manifestaron que era muy breve y conciso, les prometí que se trabajaría de firme para confeccionar un informe más amplio. Y... aquí está.

Claro es que se hubiera deseado poseer los estatutos del Ateneo Instructivo Colomense, de la Casa del Pueblo y del Ateneo de Cultura Social de San Adrián. ¡Pero cualquiera sabe lo que habrá sido de ellos, en este retroceso de España hacia las tinieblas! A falta de documentos, el informe ha sido escrito de memoria. Se ha tenido que escribir un borrador, releerlo y corregirlo varias veces.

Así y todo, pueden admitirse posibles imperfecciones. Pero, si este trabajo llega a tener una utilidad para alguien, nos daremos plenamente por satisfechos.

(Terminado en Aix-en-Provence (Francia), el 13 de diciembre de 1976)

EMIGRANTE

Sucede a menudo que el transcurrir de la existencia es desviado de su cauce normal por un inesperado suceso al margen de lo previsto.

Un incidente, que nos parece en principio de mínima importancia, derrumba como de un soplo, el castillo ideal de todas las quimeras que ingenuamente construye el pensamiento humano; siempre sujeto a los avatares de la vida, en sí misma, pendiente de un hilo de débil consistencia.

Algo así me sucedió cuando llegué a Barcelona en los primeros días de marzo de 1919. ¡Cuántas ilusiones se derrumbaron al contacto con las realidades tan insospechadas como imprevisas!

Apenas si había terminado el servicio militar en Melilla, decidí emprender el viaje a la Ciudad Condal, trabajando lo indispensable para el viaje, más 15 pesetas que me entregó el que fue mi maestro, Julián Rajá, como ayuda a mis primeras necesidades. La intensidad de las luchas heroicas que allí se desarrollaban habían inclinado todo mi caudal de simpatías hacia sus promotores, despertando en mi alma joven deseos imperiosos de conocerlos y tomar parte en sus actividades, las cuales, a través de la distancia, me parecían tan saturadas de idealismo que exaltaban mi pensamiento desbordando mi fantasía.

Generalmente cuando se sienten ideales de justicia social, vemos a quienes luchan generosamente para remediar al hombre de las condiciones esclavizantes que nos impone la sociedad, como seres superiores, que la ingenuidad idealiza elevándolos preminentemente. Pero cuando penetramos en el interior de la vida humana, cuando la casualidad de los acontecimientos nos acerca a nuestros héroes, entonces comprendemos que son hombres como los demás, con sus defectos y sus virtudes, sus egosmos y sus rencores, ni más ni menos que el resto de los hombres.

Recién desembarcado en el muelle de Barcelona me reuní con un amigo de infancia, que halló cobijo en casa de mis padres, en la provincia de Murcia, cuando la Guardia Civil lo perseguía por sus

actividades contrarias al caciquismo; me condujo pues, a una tasca, sita en la calle del Arco del Teatro, asistiendo a la primera reunión que constituyó para mí, algo así, como el reverso de todo lo que había soñado. Recuerdo que entre los reunidos se hallaban Angel Sanblancat (con él después me unió una buena amistad), Ferrnando Priado, Alfonso Martínez Rizo y otros que escapan a mi memoria. Cuando salí de la reunión dije a mi amigo que no volvería más. Y así fue.

Aquellos hombres no eran lo que imaginaba. No eran santos ideales, sino seres humanos, hombres de carne y hueso como todos los demás. Hombres que en aquellos lejanos días vivían absorbidos por el fragor de las luchas sociales, muy intensas y dramáticas; de un dramatismo que se extendió, con su secuela de sangre y lágrimas, no solamente por la ciudad, sino también por toda la región catalana y otras provincias de la península.

Eran los trágicos días de la huelga general motivada por La Cadenense, el «lockout» de la patronal catalana con la puesta en marcha de todo el aparato represivo de que disponía el Estado. Las millas asesinas, con sus trágicos impactos, suprimían vidas de millares de obreros con la colaboración activa de la policía. Activa y personal, diríamos mejor.

Se comprenderá cuán difícil se presentaba la situación a quien había desembarcado en Barcelona, llevando por bagaje un cúmulo de ideales. En esta situación tan extremadamente peligrosa en que vivía sumida la ciudad, era imposible encontrar trabajo cuando miles de obreros se hallaban en huelga, o sometidos a los cierres de fábricas y talleres por la Patronal; con el consentimiento, acuerdo y consejo ordenatorio de las autoridades, siempre dispuestas a terminar con los sindicatos adheridos a la C.N.T.

Recorrí a pie todo el cinturón industrial de Barcelona y hallé cerradas todas las puertas. Alguien me dijo que en Badalona había una fábrica que admitía personal, y a Badalona nos dirigimos andando otro muchacho y yo. Ciertamente, la fábrica a donde se nos dirigí no era otra que la famosa Casa Cros, también cerrada y ocupada por la Guardia Civil. Un sargento de la benemérita nos abrió al encuentro para decirnos, que si queríamos trabajar podíamos entrar, que había dormitorios y comedores para los obreros. Comprendimos que trataban de enrolarnos como esquilones y nos negamos.

Bastante desalentados emprendimos el viaje de regreso a Barcelona. Desde luego, a pie, como habíamos ido. Unos kilómetros más o menos no constituían obstáculo para quienes estábamos acostumbrados a las largas marchas militares en tierras de África.

A estas dificultades vino a sumarse otra, que agravó considerablemente mi situación ya de por sí, complicada. Ello es que desde muy joven, y mucho antes de que fuese envia-

do a tierras del Rif para defender los intereses de la Compañía Franco-Española que explotaba las minas de aquella región, mantuve correspondencia con un muchacho de ideas republicanas, pero también inquieto luchador en las organizaciones obreras. Se llamaba Felipe Manero. Habíamos convenido en que si venía a Barcelona y lograba encontrarlo, se ocuparía de mi caso. ¡Bien se ocupó el pobre chico!

En compañía de otros amigos lo esperaba en la puerta del Café del Teatro Cómico del Paralelo, cuando nos llegó la noticia.

—Felipe Manero ha sido asesinado en la Plaza de España, en pleno día, por los pistoleros del Sindicato libre (1). ¡Qué tragedia! pensamos.

Comprendí cuán difícil se me presentaba la situación en Barcelona. Y a pesar de que un grupo de amigos me había hallado una modesta pensión en la calle de Clavegueras decidí marcharme, pues no me avenía a la vida de parásito. Así fue, que un día dije a la patrona que me interesaba llevar mi escaso equipaje a casa de unos familiares —que sólo existían en mi imaginación— y emprendí viaje hacia Camarasa.

Los trabajos de construcción de la presa se hallaban en plena actividad, después de haber sido sofocada con sangre la huelga que los trabajadores habían sostenido tan dignamente, por oponerse al trato esclavizante de una empresa extranjera, mantenida por las patriotas autoridades españolas.

Con mi reciente licencia del Ejército del Africa, no me fue difícil hallar colocación; dando la feliz casualidad que el capataz a cuya brigada se me destinó era de Balaguer y tan pronto como leyó mi nombre fue a buscarme, saludándonos con un abrazo: habíamos servido durante tres años en la misma compañía.

Camarasa era algo así como un inmenso campo de trabajos forzados, cercado totalmente por la Guardia Civil, presente permanentemente en todos los tajos y bajo la disciplina férrea de un capitán. En las canteras, se cargaban vagones de piedras que habían de servir para la fabricación del cemento; los obreros estaban colocados en fila india de a ocho y detrás de cada fila, una pareja de la Guardia Civil, fusil en mano.

Cabe añadir que la Compañía Canadiense trataba a los obreros españoles de forma inhumana. Antes de la huelga les pagaba con bonos válidos únicamente en sus establecimientos. Y si un obrero iba a otra tienda con el bono, la Compañía le descontaba el 12 % de su valor, todo ello con el beneplácito del capitán de la Guardia Civil.

No había escuelas para los niños, hijos de trabajadores. Para los mayores abundaban las casas de prostitución, donde muchachas de corta edad, casi niñas, por unas miserables monedas ofrecían su sexo a hombres generalmente embrutecidos por el alcohol, y que

después de satisfechos sus instintos las trataban a bofetadas. Todo ello dentro del orden impuesto por la poderosa Compañía.

Tarea difícil era hallar un periódico; tampoco un libro. Allí sólo se toleraba el vicio en proporciones escandalosas. Jugarse en las cantinas el salario correspondiente a una quincena de trabajo, era cosa corriente. Las condiciones infrahumanas en las que se trabajaba, ocasionaron durante el lapso de tiempo que permanecí allí, cinco accidentes mortales, sin que nadie se inmudara por ello. ¡Pobres de los obreros que hubiesen intentado abandonar el trabajo como protesta solidaria hacia las victimas!

Con el propósito de huir de este ambiente embrutecedor, me busqué una pensión particular en el pueblecito, apartándome así del escándalo de las cantinas, de las casas de juego y de prostitución. Los patronos de la casa donde me había hospedado era una familia aragonesa, cuyo hijo menor, de unos diez años, no podía ir a la escuela porque no la había. Por ello me ofrecí para maestro del niño, lo que dio por resultado una buena relación entre los padres, el chaval y yo. Pero...

Un cierto día, después de haber terminado la jornada de trabajo, como hacía frecuentemente, me fui a la orilla del río, cuyas aguas discurrían mansas y claras en un ambiente plácido y de quietud que invitaba a la reflexión y a la lectura.

Recuerdo que tenía entre mis manos *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez, cuando súbitamente apareció sobre el reflejo de las aguas, la silueta del capitán de la Guardia Civil.

—¿Qué haces aquí?, me inquirió.

—Estoy leyendo, señor capitán —respondí con innerecido respeto. —Mi capitán, se dice.

—No soy soldado, sino un obrero no sujeto a la disciplina militar.

—Bueno, ¿y qué es lo que lees?

—*Entre naranjos*, de Vicente Blasco Ibáñez.

—Con que de ese anarquista ¡eh! Está bien. El celoso capitán había observado que yo no frecuentaba los centros de vicio y me vigiló, sospechando de mí como elemento peligroso o «asesino sindicalista».

Comprendí que la situación se me presentaba inquietante en Camarasa. Y así lo comuniqué a mi capataz y amigo, quien ofreció intervenir acerca de mí en la Dirección. Pero las determinaciones del aguerrido capitán eran tan brutales como irrevocables.

Mis temores me fueron confirmados cuando unos días después, de vuelta del trabajo, mi patrona me recibió sollozante.

—José, tendrá que marcharse de Camarasa. Un guardia civil, amigo nuestro, nos ha comunicado que mañana vienen a detenerle para llevarle a la Cárcel Modelo de Barcelona.

En previsión de lo que se me avecinaba, ya había pedido la cuenta en las oficinas de lo que tenía ganado, dejando sólo unas monedas para no despertar recelos de fuga, e inmediatamente emprendí viaje en dirección a Francia, con un grupo de amigos y un tío mío —muerto hace ya muchos años en Santa Coloma— y pasamos los Pirineos a pie.

Unos meses después de haber cruzado la frontera me instalaba en Marsella, ciudad que me produjo una impresión penosa; dominada por todos los vicios y corrupciones morales consecuentes de la terminación de la guerra europea (1914-1918), Marsella era el receptáculo de todas las nacionalidades, en su diversidad de razas y lenguas.

El *Vieux Port* (Puerto Viejo), hoy modernizado con sus construcciones de nuevo estilo europeo, era un centro de degeneración. Las calles que convergen al Arco de Triunfo, sucias y malolientes, daban a la ciudad mediterránea un aspecto deprimente.

En las fábricas y en los talleres de reparación naval, trabajaban los obreros de las más diversas nacionalidades. Y la policía empleaba para todos, sino formas brutales, porque Francia necesitaba la mano de obra extranjera para reconstruirse del desastre de la guerra, sí muy severas. Muy raro el día que no había que personarse en la Prefectura para la revisión de la documentación de extranjero.

Obvio decir que semejante reglamentación era admitida con la repugnancia consecuente a mi concepto de la libertad, a mi sentido de la justicia. Tanto es así, que un día cuando al salir de la fábrica la policía nos esperaba en la puerta, para proceder a la revisión de la documentación personal de identidad, previa entrega de una citación para presentarse de nuevo a la Prefectura, entré de nuevo en la fábrica dirigiéndome a las oficinas para pedir la cuenta de los jornales trabajados. Inmediatamente me fui al Consulado para pedir el pasaporte, que entonces era entregado inmediatamente si el peticionario se pagaba el viaje, y como éste era mi caso, con él en mi poder, arreglé mi modesto equipaje y al día siguiente me presenté en Barcelona, mejor dicho en Badalona.

He hecho estas referencia como breve introducción al relato que va a seguir después de unas consideraciones de orden personal.

Dije «consideraciones de orden personal» y tenía que haber dicho «de presentación». Porque como este informe puede ser leído por personas ajenas a mis convicciones; aunque supongo que algo habrá de común entre el posible lector y yo, en el orden de apreciación de los problemas humanos. Oportuna me ha parecido la presentación, antes de penetrar con el estilete narrativo en el interior de lo que me ha sido posible conocer en Santa Coloma, durante los años que en ella residí.

He de agregar, sin embargo, que cuando se escribe, por muchos esfuerzos que el relatante realice, no es posible evadirse completamente de lo que, se quiera o no, contienen las huellas indelebles de su YO personal.

EL LUGAR DE ORIGEN

El hombre adquiere unos conceptos morales según el conjunto de circunstancias que se desarrollan en el círculo que se mueve. Influye también en él, la clase social a que ha pertenecido o pertenece; recibiendo el impacto de su infancia y juventud; lo cual queda profundamente grabado en su mente.

Lo que se ha visto en el hogar. La escuela que se ha frecuentado. El ambiente en cuyos medios se ha vivido. El maestro que se ha tenido en la escuela, si es que a la escuela se ha ido. El cuadro de miserias proletarias que se ha intentado modificar combatiéndolo con los limitados medios disponibles; en un ambiente de hostilidad imperante, hasta en las mismas clases menesterosas. El espectáculo deprimente que ofrecían los hombres que bajaban a las minas a trabajar hasta 600 metros de profundidad, siendo pagadas las jornadas de 12 horas con 250 o 3 pesetas, ¡pobres parias condenados a la silicosis prematura cuando apenas habían llegado a los 45 años de edad!

Los niños de apenas 6 años llevados por sus madres a los lavaderos de minerales, donde eran pagadas las jornadas de sol a sol con 60 céntimos, abonados con un vale que sólo tenía valor en la tienda del patrono.

La explotación de estos niños analfabetos y miseriosos, abandonados en su infancia a la explotación de semejantes logrerios, grabó en mi sensibilidad huellas imborrables para el transcurso del tiempo.

Hoy, cuando en algo se han modificado las condiciones de existencia de los obreros, en algunas, muy pocas por cierto, zonas del mundo, parece imposible que hayan existido en el suelo ibérico tan penosas condiciones del cotidiano vivir, en unos tiempos no tan remotos y que ellas fuesen toleradas, justificadas y aprobadas por las clases dirigentes que se decían ilustradas. Pues en verdad, a la juventud se nos presentaba la vida envuelta en el pesimismo y la desesperanza. La noria del tiempo continuaba dando vueltas en un círculo sin fin ni salida hacia nuevos horizontes. Un caciquismo incivil se encargaría de obstaculizar toda pretensión de cultura, todo

intento de que los obreros tuviesen acceso a los libros. Prueba de ello es que en Mazarrón, pueblo en el que nació y al que no he vuelto jamás, no conocí nunca una librería en una población de casi 23.000 habitantes.

Mucho tuvieron que luchar los más despiertos obreros para abrir dos cooperativas, «El Trabajo» y «La Esperanza», la primera de las cuales funcionaba aún, cuando salí para Barcelona el año 1919.

Ya mucho antes, estos mismos obreros fundaron allá por el año 1906 el centro obrero «El Porvenir». Publicaron un periódico, *El Faro del Progreso*. Abrieron dos escuelas laicas, cuyos maestros fueron Julián Raja Vivanco y Juan Martínez Izquierdo.

También la cooperativa «El Trabajo» creó una escuela laica algo más tarde, pero estuvo funcionando poco tiempo.

Los maestros Julián Raja y Juan Martínez fueron quienes mostraron a la juventud horizontes de progreso y libertad. A ambos acumulamos los juvenzuelos ansiosos de saber, deseosos de ampliar nuestros limitadísimos conocimientos en todas las ramas del saber. Y en la bien nutrida biblioteca del Centro Obrero, que contenía todos los libros de la Escuela Moderna (2), donde nos transcurrían las horas absortos en la lectura y discusión comentada de lo leído.

Un episodio que no olvidaré jamás ocurrió por aquellos días. Apenas tenía 14 años, cuando distribuíamos manifiestos a los mineros invitándoles a una reunión en el Centro Obrero; un guardia civil me atrapó por el pecho, con sus manazas, diciéndome con ira: ¡Eres un hijo de puta! Pero la grosería de semejante bruto no fue obstáculo para continuar distribuyendo manifiestos y que la asamblea anunciada se celebrase con éxito.

Debería ser por el año 1912 cuando, no recuerdo de quién salió la idea, de constituir un Centro de Estudios Sociales. Cursada la solicitud, y cuando esperábamos la respuesta oficial, nos llegó ésta, en la persona de un agente de policía enviado por el gobernador de Murcia.

Citados en el Ayuntamiento, el agente nos recibió de esta manera:

—¿Qué mierda queréis vosotros, mocosos?

—Pues, como decíamos en la solicitud, abrir un Centro de Estudios Sociales para apartarnos de las tabernas y que los hombres se eduquen al margen del ambiente de los vicios.

—Bueno, pues aquí mandamos nosotros. ¿Habéis comprendido?

Y así quedó la cosa.

Pero pocos meses después nos llegó un activista del Partido Republicano Radical, del que fue jefe un hombre tan nefasto como Alejandro Lerroux. E inesperadamente este señor nos resolvió parte del problema.

—Vosotros —nos dijo— organizáis una Juventud Republicana y yo me encargo de que os aprueben los estatutos. Después dentro del local hacéis lo que os dé la gana.

En efecto, una vez legalizada, la juventud buscamos un local apropiado para instalar la escuela y enseñar a leer a los chicos que trabajaban en los lavaderos de minerales. Por supuesto, esta labor era realizada gratuitamente.

Así y todo, fue considerada tan «perturbadora» por las autoridades locales, que todas las noches, cuando salíamos al terminarse las clases, la policía municipal nos esperaba para cachearnos.

Paralelamente logró instalarse una biblioteca, siendo casi todos los libros de la Editorial Atlante de Barcelona, que entonces editaba la colección «Los Pequeños Grandes Libros», con los cuales llenamos las estanterías. Naturalmente que de esta labor se sentían satisfechos nuestros mayores y disgustados el cacique y sus servidores incondicionales. Tan pobres mentalidades retardatarias al ritmo del progreso tenían aquellos hombres, que no pudiendo oponerse a las actividades de una juventud que emergía de entre las escorias de una sociedad absurda, optaron por organizar otro tipo de juventud formada por señoritos que nunca trabajaron, ni deseos tenían de evadirse del círculo de la vagancia permanente. Ellos se autodenominaron «La Peña Amiga». Nosotros les llamábamos «La Jarca Rifeña».

Eranos, pues, dos estratos sociales distintos, diferentes: ellos, la holganza; nosotros, el trabajo.

Como el Centro Obrero disponía de una sala amplia y espaciosa, en ella levantamos un modesto escenario, organizándose al efecto, un Cuadro Artístico. Aunque apenas conocíamos nada de teatro, se lograron representaciones bastante aceptables, que por ser obra de gente del pueblo, cada representación teatral se veía concurrida por un público obrero muy numeroso y entusiasta.

Para contrarrestar esta labor que tantas simpatías despertara entre la clase trabajadora, dada la posición abiertamente anticlerical de la juventud, la burguesía buscó la ayuda de SU Iglesia y ésta envió a Mazarrón un auténtico cura, Don Celestino Sangenis, el cual fue bautizado inmediatamente con el apócope de D. Celeste. Era Don Celeste el tipo de cura batallador, dispuesto a enfrentarse en defensa de la Fe Cristiana. Seguidamente de que tomara posesión de su parroquia, aprovechó la ocasión para «excomulgar a los infieles que se permitían dudar de la verdad cristiana». Después de tan «pladoso» sermón, Don Celeste se paseaba retador, sotana arremangada y bonete en mano, como si fuese el amo y señor del pueblo. Organizó sus grupos de Cristo Rey y declaró la guerra a todos los impíos.

La respuesta no se hizo esperar, llegó rápida y contundente.

¿Qué cómo?

Durante muchos años se publicó en Madrid un periódico muy activista llamado *El Motín* del que era director Don José Nakens (3). Todos los años, al llegar la época de Semana Santa, *El Motín* editaba unas láminas de 40 x 30 cm., representando los tormentos de la Inquisición. Esta colección de grabados fueron expuestos en nuestro Centro de Estudios Sociales.

El éxito fue formidable, pues tuvo más público la exposición de láminas que los sermones de Don Celeste. ¡Ah! Pero éste no arriaba las banderas de la Cruzada Cristiana así como así y en la próxima fiesta religiosa, los de Cristo Rey pararon su procesión en las mismas puertas del local juvenil y a toda voz, protegidos por la Guardia Civil, entonaron sus canciones litúrgicas. Desde el interior los jóvenes escépticos respondieron con *La Marsellesa*, cuya letra fue escrita por un minero, un tanto poeta, llamado José Adam, de apodo «El Mechero» y que era como sigue:

Hagamos de los conventos
colegios para estudiar.
Que germine el libre pensamiento
y los talentos puedan prosperar.
Caiga el Vaticano de sus pedestales
y haga nueva vida la Revolución.
Que encuentre el obrero el fruto de su trabajo
que esa es la riqueza de nuestra nación.

Al cacique buscad
Y haced justicia con él
Marchad, marchad
A defender
La Santa Libertad

Puede suponerse el impacto que produjo esta actitud en la población minera, que era comentada a grandes voces. Pero otra vez volvieron a las suyas las huestes de Don Celeste, las cuales colocaron durante la noche, en la misma puerta del local, un cartelón de grandes dimensiones con la frase de

¡VIVA CRISTO REY!!

La respuesta, a lo que fue considerado una provocación, fue hallada al día siguiente en todas las calles céntricas y plazas, donde aparecieron pasquines, pintados a mano, que decían

¡¡MAURA NO!! ¡¡VIVA FERRER!!

Todos los empleados municipales anduvieron activos el día siguiente para arrancar los papeles de las paredes. Pero un pintor

joven, y por cierto, no de familia obrera, que había simpatizado en estas actividades, halló una fórmula de pintura indeleble; y el día 24 de julio de 1914 apareció todo el pueblo lleno de pintadas con las mismas inscripciones. Y no solamente con el ¡Viva Ferrer! sino también con ¡Viva la Anarquía!, y otras inscripciones más que amañaron escritas en la fachada del Ayuntamiento, en la casa del Alcalde y en el cuartel de la Guardia Civil.

Como era de esperar, el día 25 de julio éramos detenidos por la Guardia Civil nueve jóvenes, pero apenas estuvimos encerrados en los sótanos del Ayuntamiento, cuando otro grupo volvía a pintar con la brocha semejantes inscripciones; siendo detenido también. En total éramos ya diecisiete los encerrados en el Ayuntamiento; pero como las ventanas que daban a la plaza estuviesen siempre cubiertas de flores por muchachas simpatizantes, las autoridades decidieron ponernos a disposición del Juzgado de Primera Instancia de Totana, pueblo que dista unos 35 Kms. de Mazarrón.

Pero antes de emprender la marcha se produjo una discusión entre el juez y nosotros; aquél pretendiendo que si queríamos ir en coche, tendríamos que pagar los gastos correspondientes. Nos negamos, aduciendo que por nuestra parte no teníamos necesidad alguna de ir a Totana y que por ello, no debíamos de pagar ni un céntimo. Después de la intervención de los padres, los guardias decidieron conducirnos a pie, atados de muñeca a muñeca con una cuerda.

En estas condiciones y con una temperatura agobiante, propia de principios de agosto, se nos condujo a Totana para ponernos a la disposición del Juez Instructor. Era éste, un señor andaluz, Don David Carnacho, que cuando interrogaba, miraba a los detenidos por encima de sus lentes.

Totana siempre tuvo fama de reaccionaria y el juez nos recibió con la «amabilidad» propia de su cargo en la sociedad que defendía. La cárcel había sido construida encima de una colina, por cuya causa y el calor sofocante, llegamos fatigados. Menos mal que nuestros guardias permitieron, antes de entrar, que descansásemos un momento. Casualmente me situé junto a la puerta de una casucha donde vi a una mujer, a quien se me ocurrió pedirle un poco de agua, que ante mi sorpresa, me respondió:

—Vete a los infiernos, demonio.

Conforme entramos en la cárcel y previas las formalidades de rigor, fuimos encerrados en celdas, en las cuales no había camas, ni nada donde acostarnos; ni para evacuar las necesidades fisiológicas. Todo el utensilio lo constituía un orinal que se nos permitía vaciar en el lugar correspondiente una vez por día.

Al preso se le entregaban diariamente 60 céntimos para su manu-

tención y aseo. Una mujer, llamada «la recadera», se ocupaba de facilitar los encargos equivalentes a la cantidad percibida.

Pero nuestra situación empeoró sensiblemente, porque siendo sábado el día que entramos, se nos invitó a oír la misa al día siguiente, domingo. Los guardianes nos dijeron que no teníamos que hacer esfuerzo alguno, solamente asomarnos a la baranda durante el oficio, pues se dejarían las puertas de las celdas, abiertas. Después podríamos pasear por el patio. Nos negamos en bloque y las puertas de las celdas fueron cerradas violentamente.

Se nos tuvo en estas condiciones unos quince días, al cabo de los cuales fuimos puestos en libertad provisional. Tan distinta era la forma de ser de un pueblo y otro que cuando regresamos a Mazarrón, se nos esperaba en la entrada del pueblo con banderas y música, siendo llevados en hombros.

Cuando las autoridades emplean medidas represivas contra sus adversarios en el campo de las ideas, no calculan serenamente las consecuencias de tales medidas; el impacto y la reacción que ocasionan a las gentes el ser presentados como forajidos unos hombres con los que se ha vivido en contacto permanente.

Durante nuestra estancia en la cárcel de Totana, encontramos allí un muchacho, casi un niño, detenido por un «delito» común. Como en Totana—nos decía—somos tantos los zagales que pasamos hambre, un día yo no me pude contener y al pasar junto a un puesto del mercado robé una poca de comida. Me cogieron los guardias y después de darme una paliza, me trajeron aquí.

Cuando le decíamos el porqué estábamos nosotros en la cárcel, no lo comprendía. Le explicábamos que en Mazarrón había un Centro Obrero y que allí habíamos instalado un teatro, con capacidad suficiente para todas las familias trabajadoras; tampoco lo entendía.

Le invitamos a que fuera a Mazarrón cuando organizásemos uno de los festivales; nosotros ya le pagaríamos los gastos de viaje de ida y vuelta y podría estar alojado en una de las casas con nuestras familias. Aceptó emocionado. Y en efecto, al presentarse la ocasión cumplimos lo prometido.

Cuando nos llegó «el Gorrión», que así se apodaba el muchacho, le llevamos al teatro donde se puso en escena una obra de un acto de Pedro Gori, *Aurora de Libertad*, la cual es una alegoría al Primero de Mayo. Cuando bajó el telón, la banda de música, compuesta totalmente por gente trabajadora, entonó La Marsellesa, coreada por el público. El pobre muchacho nos abrazó llorando y prometiendo que él procuraría aprender a leer y a escribir porque quería ser como nosotros.

Cuando no hace mucho leí que en 1937 funcionó en Totana una Escuela Racionalista, pensé si aquel muchacho habría recogido la

semilla que se sembró en aquellos días de agosto-septiembre de 1914. ¿Quién sabe?

Dos supervivientes de los Cantonales de Cartagena—de cuando la Primera República del 11 de febrero de 1873—los señores Rafael Carreño y Ricardo Xains, publicaron un semanario allá por el año 1913. Se tituló *El Duende Rojo* y los editores pusieron a nuestra disposición una de sus cuatro páginas. No hay que decir cómo la juventud arremetía contra el caciquismo, representante genuino de los patronos explotadores de niños, y con las oligarquías, tan tolerantes con los numerosos prostibulos y las habituales casas de juego, como intolerantes con la difusión de la cultura.

Digamos, como corolario a lo que dejamos expuesto, que cuando en junio de 1917 pude obtener el permiso de un mes en la mili para visitar a mis padres, entrísteidos por la reciente muerte de mi hermano, ya mayor, encontré un pueblo completamente diferente y cuya juventud había sido barrida por un terrible complejo de circunstancias. La Guerra Europea (1914-1918) había liquidado la infraestructura de explotación de las minas y los obreros habían declarado la huelga general para oponerse a los despidos masivos. A la juventud que emigraba siguieron los hombres maduros y a éstos, las familias enteras. La Compañía explotadora de las riquezas del subsuelo consideró que ya no existían filones rentables y liquidó sus negocios.

SANTA COLOMA DE GRAMANET

Así fue que llevando equipaje moral semejante, después de haber pasado por las pruebas de Camarasa y Francia, y unos meses en Badalona, y si la memoria se mantiene fiel, me instalé en Santa Coloma de Gramanet en los primeros meses del año 1920. De todas formas, aunque exista error de un mes más o menos en la fecha determinada, no resta valor al relato. ¡Unos meses más o menos, qué importancia tienen!

También la tiene muy relativa el número de habitantes que hubiese en aquellos años. Que fuesen 2.500 o 3.000 tampoco es de gran importancia, pues en la historia de la Humanidad ha acaecido muchas veces, que pueblos pequeños han dejado en ocasiones huellas más visibles que las grandes ciudades. Sin embargo, dejemos de lado estas disquisiciones, un tanto inoportunas, para entrar de lleno en el marco narrativo de lo que nos interesa relatar, si es que lo logramos con el éxito deseado.

Por aquellos años, Santa Coloma era un pueblecito tranquilo. El río Besós discurría manso en los días de buen tiempo, aunque cuando se enfurecía arrastraba tierras, árboles y animales corriente abajo, hacia el mar. En los días de calma sus aguas reflejaban su nitidez como una invitación a la serenidad reflexiva. Su población laboriosa, compuesta en proporciones considerables de campesinos que se pasaban largas jornadas encorvados sobre la tierra, se mantenía ajena a las luchas sociales que se desarrollaban en Barcelona, a pesar de su proximidad. Aunque mejor que ajena, podríamos decir indiferente, sin incurrir en error apreciativo. Tanto es así, que pudimos recoger la impresión, que el clamor de las luchas que ensangrentaron las calles de la Ciudad de los Condes, en las duras jornadas de los años 1909 y posteriores, no había logrado penetrar, si quiera fuese en proporciones mínimas, en la dura coraza de insensibilidad moral del campesinado colomense.

Sólo conocimos, en aquellos ya remotos años, como dos focos de atracción, dos centros en cuyos recintos los hombres hablaban de sus problemas; que los había indudablemente, como los hay en todas

las agrupaciones humanas, pues el hombre no puede ser ajeno a la influencia moral y ambiental, que ocasiona las luchas de otros hombres por un mejor vivir en la libertad y la dignidad. Como Barcelona estuvo siempre en la punta de combate por las libertades ciudadanas y la justicia social, nunca comprendimos la actitud de indiferencia de Santa Coloma, ante estos problemas que tanto modifican la estructura moral de los hombres y de los pueblos.

Santa Coloma se hallaba, sin embargo, dividida en dos sectores diferenciados bien visibles: de un lado, encima del café Xaconet y ocupando su ancha sala que igual servía para reuniones, que para festivales y proyección de películas (4), la Lliga Regionalista, que estaba constituida por los hombres que formaban las clásicas derechas reaccionarias. Indudablemente, no todos los payeses estaban adheridos a la Lliga por afinidades ideológicas, aún reconociendo que el campesino ha sido siempre algo «conservador», pues si estaban unidos a dicho partido no era por cálculos netamente egoístas, sino por una especie de instinto de supervivencia; pues allí encontrarían al abogado que los defendería cuando fuese necesario, en sus pleitos frecuentes con los amos de las tierras, que de una a otra generación habían fecundado y valorizado con su trabajo y sus sudores; todo ello a cambio de los votos en las elecciones. Y agregaremos a los razonamientos expuestos, que la Lliga Regionalista, que se decía catalanista, se había fijado como objetivo principalísimo, la destrucción por todos los medios, de los sindicatos de la C.N.T., sin importarle poco o nada que éstos estuviesen integrados por obreros catalanes o «murcianos».

Frente al Café Xaconet, en la parte que da a la calle de Anselmo Clavé, existía otra sociedad conocida por Unión Colomense y también denominada Can Rosendo. Consistía ésta en una ampl a sala con un mostrador para la venta de bebidas y en medio una mesa circular. Alrededor de esta mesa se reunían muchos días, después de terminada la jornada de trabajo, pero particularmente los sábados, hombres de tendencias progresistas y desde luego, opuestas a la Lliga; que todos sabían era la instigadora de asesinatos a sueldo, protegidos por la policía, integrados en los falsos Sindicatos Libres.

Este pistolerismo tolerado por las autoridades se mostraba singularmente activo en Barcelona, segando vidas de militantes de la C.N.T.; lo cual constituía un tema permanente, ya que todos los días la prensa daba cuenta en términos lacónicos, de la muerte de algún «terrible sindicalista» por el procedimiento expeditivo de la Ley de Fugas (5). Nadie ignoraba que aquella aplicación de la Ley de Fugas, obra maestra de los generales Martínez Anido y Arlegui, no eran otra cosa que crímenes perpetrados por la policía.

Era pues normal que alrededor de la mesa redonda, trabajado- res de las distintas industrias barcelonesas o badalonesas, fuesen

quienes se reunían los sábados, ya que en Santa Coloma apenas existía la industrialización. El tema de las conversaciones era siempre la situación de Barcelona, las luchas sociales intensas de los trabajadores, siempre alentados por el ejemplo de los militantes de la C.N.T., haciendo frente a las provocaciones de una patronal ávida de ganancias; dispuesta en todas las circunstancias, al empleo de medidas de extremado rigor, antes de acceder a las demandas de aumento de salarios. Hubo huelga que tuvo por única motivación la negativa de la patronal al aumento de 50 céntimos en el salario diario, calificando de bandidos a los delegados sindicales que se habían «atrevido» a presentar semejantes peticiones. No recordamos en Santa Coloma, que en su reducidísimo sector industrial, hubiese en aquellos días nadie con atrevimiento de pedir a los amos las más mínimas mejoras salariales.

Como no disponemos de documentación alguna, no nos es posible decir concretamente hasta cuándo estuvo funcionando el Centro en Can Rosendo. Tampoco, las motivaciones que influyeron en el ánimo de sus sostenedores, para decidirse a la preparación de un proyecto para la construcción de local propio; cuyo ambicioso propósito consistía en la instalación, en sus locales, de una cooperativa, escuela, sala de fiestas y conferencias y biblioteca. Tan amplios proyectos no alcanzaron nunca su total realización por falta de medios económicos, y aun cuando las obras estaban muy avanzadas hubieron de abandonarlas sus animadores. El edificio, situado en el paseo de Lorenzo Serra, fue ocupado más tarde por una fábrica de curtidos, dedicada a la fabricación de charol y conocida por Can Renom (6). Después de los fracasados intentos de construcción de local propio, se organizó el Ateneo Instructivo Colomense. La comisión que no había conseguido desarrollar el proyecto de edificación anterior se encargó de legalizar la entidad, alquilando un magnífico local entre la citada fábrica y el horno de Can Vives, en el mismo paseo de Lorenzo Serra. Aunque de forma imprecisa, en razón de los años transcurridos, podríamos afirmar que estos acontecimientos se sitúan por el año 1921-1922.

En los primeros tiempos y para atraer a la juventud, los animadores del Ateneo Instructivo Colomense, se dedicaron a la tarea de organizar bailes, en tanto que otros nos ocupamos de la organización del Sindicato Único de Trabajadores.

En honor a la verdad histórica, reafirmamos que los obreros colomenses no se atrevieron nunca a organizar un Sindicato local. Los que trabajaban en Barcelona o Badalona se inscribían en los sindicatos de esas dos ciudades. Quienes trabajaban en la localidad no supieron nunca evadirse del círculo de las viejas costumbres.

EL SINDICATO

Debería ser a fines de 1922 o principios de 1923 cuando un compañero barbero que residía en Santa Coloma y trabajaba en Barcelona, Enrique Pérez Graus, abandonó su profesión, y buscando trabajo, lo halló en Santa Coloma, en calidad de peón albañil. Algunos meses antes del golpe de estado del General Primo de Rivera (13 de septiembre de 1923), el citado compañero había presentado la solicitud de legalización del Sindicato Único de Trabajadores, formando parte de la Comisión Organizadora, algunos, que por trabajar en Barcelona, no teníamos que temer las represalias de los patronos colomenses. Enrique Pérez Graus fue su presidente y a mí me correspondió el cargo de secretario. El Sindicato fue instalado en la planta baja de un edificio situado en la carretera de La Roca, donde al parecer hay actualmente un fotógrafo. Cabrían en la sala unas 30 personas, pero nunca se llenó cuando se celebraban asambleas, por lo que se deduce el miedo que en Santa Coloma inspiraba la C.N.T., mientras que en San Andrés mismo, la organización confederal contaba con varios centenares de afiliados pertenecientes a la diversidad de sus industrias.

Siguiendo el hilo de este relato nos viene a la memoria un mitin de afirmación sindical, que se realizó entonces. Como dijimos anteriormente, en el local cabrían unas 30 personas bien acomodadas; Pues bien, enfrente existía entonces una especie de riera que fue ocupada por las fuerzas de los Mozos de Escuadra de guarnición en Santa Coloma y por reñeros de la Guardia Civil, enviados de Badalona, PARA MANTENER EL ORDEN, durante la celebración del acto.

Los oradores del mitin fueron José Chueca, que se hallaba en Santa Coloma, huyendo de la policía de Zaragoza, Rosario Dolcet, obrera tejedora de la barriada del Clot (7) y Juan Ortega, compañero bilbaíno que a la sazón era presidente del Sindicato del Ramo de la Construcción de Barcelona.

A propósito de este hecho, nos viene a la memoria una anécdota cual era la sicología de las clases «ilustradas», burguesía y clero.

Ello fue en el momento en que los compañeros colocaban los carteles anunciando el mitin, y al fijar uno en las proximidades del Ayuntamiento, pasó casualmente el párroco de Santa Coloma y, a tiempo que se quitaba y ponía el sombrero eclesialístico, exclamó:

—¡Dios mío, ya están aquí! ¡Ya están aquí!

Sin embargo, podemos agregar nosotros, que en aquellos tiempos los patronos contaban ya con una fuerza armada a su servicio, el Somatén; organización paramilitar que cada vez que en Barcelona se producían acontecimientos violentos, huelgas, protestas por alguna injusticia, si éstas repercutían en Santa Coloma, salían a la calle armados de mosquetones. Se trataba, y esto es bien lamentable, de gente del pueblo dispuesta a defender el orden establecido por todos los medios. «Porque así —argumentaban— defendemos el pan de nuestros hijos». Cabe tener presente que por entonces las comunicaciones entre Santa Coloma y Barcelona eran limitadísimas. Tan sólo unas tartanas arrastradas por caballos hacían el transporte de personal, entre la Plaza del Ayuntamiento y la Plaza del Comercio de San Andrés, lo que, en parte, explica la diferente sicología de los trabajadores de uno y otro lugar.

Para tratar de situar los acontecimientos que seguidamente relatemos, habremos de referir el pésimo estado en que se hallaban las entradas de Santa Coloma. El lugar conocido por la Riera de Can Gené, que cruzaba la carretera de San Adrián, quedaba intranstable los días de lluvia, y los trabajadores que nos desplazábamos a Barcelona, que éramos la mayoría, teníamos que descalzarnos para pasarla. Siguiendo la misma carretera hacia el Arrabal y junto a Santa Rosa, había una pequeña loma que dificultaba el tránsito de vehículos. Creemos que las malas condiciones de estas vías de acceso a la ciudad, influyeron en que la institución conocida como Mancomunitat de Catalunya, decidiese la realización de los trabajos consiguientes: el rebaje de los terrenos y la construcción de la alcantarilla. Aunque estos trabajos se pretendió que habían sido adjudicados por subasta, la opinión generalizada es que habían sido concedidos mediante influencias.

Ya el Ramo de la Construcción de Barcelona había conquistado la jornada de ocho horas desde fechas lejanas, próximas al año 1906. Cuando el contratista determinó dar principio a las obras, las condiciones para los obreros eran pues, las 8 horas de trabajo y los salarios correspondientes de 12 pesetas para los albañiles y 9 para los peones. Pero el avisado contratista, seguro de que en Barcelona no hallaría trabajadores que se sometiesen a sus proyectos, se desplazó a Aragón para buscar los peones que consideró necesarios para la realización de los trabajos. Como buen patrono, el contratista invirtió entonces los términos: en lugar de pagar a los peones 9 pesetas por 8 horas de trabajo, decidió pagarles 8 ptas. por 9 horas.

El abuso, que mejor podríamos llamar robo o estafa, debía haber sido corregido por las autoridades; pero éstas, como en casos parecidos, hicieron la «vista gorda». Fue el Sindicato de Trabajadores quien por medio de su presidente, Enrique Pérez Graus, se personó en las obras e informó a los trabajadores del engaño que se cometía en su detrimento. No hubo coacciones, ni nada parecido. Voluntariamente se personaron dos trabajadores en el local social, donde fueron orientados de cuáles eran sus derechos; decidiendo entonces los trabajadores presentar al contratista la pertinente reclamación. Esta fue rechazada originando la única respuesta que los trabajadores podían dar: la huelga.

Toda la gente reaccionaría de Santa Coloma puso el grito en el cielo. ¡Pero era posible! En Santa Coloma, un pueblo tan tranquilo, tan sumiso a las órdenes de los amos y a los consejos dados en los sermones por el párroco de la iglesia!

La reacción de los defensores del orden fue inmediata. Mozos de Escuadra y Somatenes salieron a la calle armados como para librar una batalla y Enrique Pérez, el presidente del Sindicato Único de Trabajadores, fue arrestado, acusado de «coacciones y atentado a la libertad de trabajos».

Todas las gestiones realizadas acerca de las autoridades locales para obtener su libertad resultaron inútiles; siendo en consecuencia trasladado a Barcelona.

Como en la actualidad, por el mes de septiembre, Santa Coloma celebraba su Festa Major. La Lliga y el Centro competían en la presentación de sus respectivos entoldados, contratando las orquestas que debían amenizar sus bailes. Para ello, brigadas de trabajadores se afanaban en levantar los entoldados, cuyo momento fue aprovechado, previa consulta con los trabajadores afectados, para declarar la huelga reclamando la libertad del detenido. En caso contrario no habría Festa Major.

Hoy aún recordamos aquel hermoso acto de los obreros del Ramo de la Construcción, cuyo rápido éxito fue la libertad de Enrique Pérez; quedó demostrado, una vez más, cuán eficaz es la solidaridad de los trabajadores cuando saben servirse de ella.

Durante el tiempo que estuvo abierto el Sindicato de Trabajadores de Santa Coloma, tuvo que enviar delegado a varios plenos, misión delicada que me fue confiada. Con esta representación asistí al celebrado en el local del Cine Meridiana, de la barriada del Clot.

Se discutió en este Pleno un asunto de orden interno de la organización catalana, siendo secretario del Comité Regional, Agustín Gilabert. Se trataba de acusaciones contra el que fue administrador de *Solidaridad Obrera*, Massoni (8); acusaciones que me parecieron exageradas por el apasionamiento que contenían, circunstancias que desgraciadamente se han repetido en el organismo confederal.

Algo más tarde, pocos días después del golpe de Estado del general Primo de Rivera (9), me correspondió asistir como delegado del Sindicato a la Asamblea Provincial que se celebró en Granollers. Tratabase de otro caso desagradable, que afectaba profundamente los fundamentos constitutivos de la ética orgánica. Y si se quiere, libertaria.

Se planteó en este comicio un pleito suscitado en el Puerto de Barcelona, por Desiderio Trillas y algún otro militante, que habían pretendido orientar la organización portuaria hacia tortuosos caminos que se dirigían a Moscú.

Recordamos de esta Asamblea Provincial, que se celebró en el Casino Municipal de Granollers, que la amplia sala estaba ocupada por fuerzas del ejército; y en la gran escalinata de acceso a la misma, grupos de soldados al mando de un oficial, a cuya derecha tenía un corneta, se mantenían en permanente expectativa. Presidió la Asamblea, Germinal Esglesas.

Como se comprenderá, la C.N.T. no se desenvolvía en aquellos lejanos tiempos en un círculo de facilidades. Lo demuestra el que, además de las precauciones señaladas, ya de por sí ridículos, a la llegada de las delegaciones a la estación de Granollers todos éramos cacheados minuciosamente. Por cierto, que recordamos perfectamente lo ocurrido a la que fue toda su vida activa militante del Movimiento Libertario Español, Libertad Ródenas. Era entonces Libertad, una mujer hermosa, rebosante de salud y de carácter jovial. Un oficial de la Guardia Civil pretendió cachearla, a lo que Libertad se opuso muy resueltamente diciendo:

—Este cuerpo, no lo toca más que mi compañero. Si tanta necesidad tiene de cachearme, mande a su esposa que lo haga.

El agente quedó un tanto perplejo y cambiando súbitamente el color de su rostro, contestó:

—Bueno, señora; pase.

Una de las medidas de primer orden que tomó la dictadura pramovirista fue la clausura de los sindicatos de la C.N.T. y la supresión de su prensa. En este contexto de circunstancias adversas, no se hizo esperar el turno al Sindicato Unico de Trabajadores de Santa Coloma de Gramanet.

Presintiéndolo así, la Junta se reunió con los pocos militantes que aún no se habían dispersado y acordó no cerrar el local hasta que las autoridades no comunicasen la orden de clausura. La cual no tardó mucho en llegar. Serían sobre las nueve de la noche cuando llegó la Guardia Civil, cuyo Jefe, presentando un documento, nos transmitió por orden gubernativa la clausura del Sindicato, haciendo a la Junta responsable de cualquier desacato a la autoridad.

No hubo insultos ni frases descompuestas; el jefe de dichas fuerzas limitóse al cumplimiento de su deber. Legalmente, la C.N.T. dejó

de existir en Santa Coloma de Gramanet a partir de ese día. Un período había sido cerrado para las libertades ciudadanas. ¿Cuándo se abriría otro período? Los elementos reaccionarios de Santa Coloma respiraron tranquilos.

Como hemos señalado al principio, la existencia de dos sectores distintos en los cuales se dividían los sectores colomenses era un fenómeno, no de privilegio de un sector humano determinado, sino que persistía en Santa Coloma en razón del arraigo de sus habitantes a formas ciudadanas de un sedentarismo agrícola, casi desaparecido y que contrastaba con las poblaciones circundantes, que se manifestaban más abiertamente.

Hemos dicho ya que las inquietudes que se ponían de manifiesto en Badalona, San Andrés y San Adrián de Besós, apenas repercutieron en Santa Coloma, cuando menos en aquellos días.

Para comprenderlo, basta tener presente lo referido con anterioridad: que en aquella época, Santa Coloma estaba casi incomunicada con las poblaciones cercanas, puesto que sólo existía como medio de transporte urbano las tartanas referidas y que, cuando más tarde la Compañía Rius puso entre Santa Coloma y San Adrián unos autobuses eléctricos, el precio del trayecto no era proporcional a los salarios de los trabajadores.

Se comprenderá, pues, cuán difícil se presentaba la asimilación de formas de actividad como las de San Andrés. También es explorable —y en ello nos esforzamos— el espíritu conservador, sin que ahirramos fuese reaccionario, de la payesía colomense. Generalmente, semejante espíritu cerrado estaba apoyado por el deseo de continuar, como sus antecesores, trabajando las tierras de sol a sol, como las habían trabajado sus padres y sus abuelos.

Las pocas industrias que existían, particularmente de tejidos, como era Can Baró, preferían admitir para su funcionamiento productivo, a las hijas de los campesinos, mano de obra tranquila y poco inclinada a las exigencias de las obreras de Barcelona que se declaraban en huelga.

Pero a medida que transcurrió el tiempo, Santa Coloma aumentó en el número de sus habitantes. La Dictadura construyó a orillas del río Besós los dos Grupos de Casas Baratas, que aún subsisten y que una vez terminados fueron ocupadas éstas por gentes venidas de Barcelona, justamente de las barriadas más miserables.

Por otra parte, La Maquinista Terrestre y Marítima, decidió ampliar su industria, anquilosada en los talleres de la Barceloneta, y construyó los talleres de San Andrés. Puestos éstos en actividad, muchos obreros hallaron vivienda en Santa Coloma; resultando, que de la construcción de las Casas Baratas (barriada Barón de Viver) y de los talleres de La Marítima, aumentó de manera inesperada el número de habitantes de Santa Coloma. Y como estos obreros nada

tenían que temer de los patronos locales, manifestaban abiertamente sus simpatías por el sindicalismo barcelonés afiliado a la C.N.T., siempre en lucha por el mejoramiento de las condiciones de existencia de los trabajadores.

Abrimos aquí un inciso para explicar como alguien de Santa Coloma presentó lo que llamaríamos «soplo» de mis actividades a la industria que trabajaba. Diremos, a este efecto, que al poco tiempo de mi regreso de Francia fui admitido en los talleres de la Casa Girón (Material para Ferrocarriles y Construcciones), sita en la calle del Taulat, de Pueblo Nuevo. Esta industria se había significado siempre por su aversión a que los sindicatos de la C.N.T. penetrasen en sus talleres. Esta dureza patronal había dado lugar a huelgas de muchos meses de duración, salpicadas de encuentros violentos entre huelguistas, esquivoles y fuerzas del orden.

Predominaba allí el llamado Sindicato Libre, cuyos «cuadros» eran formados por pistoleros al servicio de la patronal con la protección de la policía. Estos individuos se paseaban en pleno día por los talleres haciendo escandalosa ostentación de sus pistolas. Recordamos bien —que con toda impunidad— atentaron contra un carpintero llamado Codina, ocasionándole la muerte en pleno centro de Barcelona, sin que ni siquiera nadie se molestase en saber —pues bien lo sabían— quienes fueron los autores del atentado.

El día del asesinato de Salvador Seguí, los de Sindicato Libre anduvieron a tiros contra los trabajadores que se manifestaban indignados contra semejante crimen, aún en presencia de la Guardia Civil. Tan pronto como Primo de Rivera asaltó el Poder con su golpe de Estado, fue desmantelada la C.N.T. en aquellos talleres de tan triste recuerdo. Inmediatamente fuimos despedidos 500 trabajadores, entregándonos a todos un certificado con el nombre en tinta roja; algo así como un distintivo que advertía a los patronos que debían rechazarnos. No nos quedó otro recurso que acudir al Ramo de Construcción, donde muchos fuimos admitidos sin grandes reparos. Otros optaron por marcharse de Barcelona a otros pueblos. Era norma pues, que quienes podían se apartasen de la represión.

EL ATENEO INSTRUCTIVO COLOMENSE

Cerrado el parentesis anterior, insistiremos en que las condiciones ambientales creadas al producirse la «invasión» de las Casas Baratas, tan opuestas a la sicología de los ciudadanos colomenses, el grupo de hombres que había mantenido abierto y funcionando el Centro, situado frente al Café Xaconet, aproveché la oportunidad del aumento de población para organizar el Ateneo Instructivo Colomense, el cual como se ha dicho, fue instalado en el Paseo de Lorenzo Serra. Fueron artífices de este proyecto las personas de Esteban Casabayó, Ignacio Riera y Roigé (ya desaparecidos), con quienes me unió cierta amistad, a pesar de nuestra disparidad de criterios, consecuencia de una diferente posición económica y social. Por la voluntad y perseverancia de estos hombres se mantuvo el Ateneo durante varios años.

En un principio, y en atención a la situación político-social de Barcelona que imponía sus limitaciones, había que ser muy cauto en las actividades de la Junta a organizar bailes los domingos y días festivos. También había en el Ateneo una biblioteca en la que se encontraba una selección de libros muy interesantes, destacando entre ellos, los del geógrafo Eliseo Reclús.

Por el año 1924, a petición de mi primo José Berrueto Romera, que era socio del Ateneo, decidimos algunos compañeros, nuestro ingreso. Poco tiempo después crecía el ritmo de actividades de la entidad, ya que, en intervenciones nuestras en las asambleas, insistíamos en que el Ateneo hiciese honor a su nombre. Fue en una de estas asambleas, sin que por mi parte hubiese solicitud ni deseo manifiesto, donde fui nombrado secretario, y de acuerdo con el grupo de compañeros, más o menos simpatizantes con la C.N.T., fue designada una Comisión de Cultura. Dióse ésta como misión más perentoria la organización de ciclos de conferencias sobre temas culturales.

Era entonces alcalde de Santa Coloma el doctor Manuel Badia, ya fallecido, que no sé por qué motivos autorizó todas las conferencias que se solicitaron con mi nombre. Únicamente nos pedía que

le garantizásemos que no se perturbaría el orden y que todos los actos transcurriesen en la más completa normalidad. Así ocurrió siempre, demostrando la concurrencia excelentes cualidades de civismo.

Para mostrar la importancia que tuvo el Ateneo Instructivo en el aspecto cultural, citaremos algunos conferenciantes:

—Doña Angela Graupera, culta publicista, una de cuyas conferencias recordamos: «Pájaros y Flores», era indudablemente un portento de poesía lírica.

—Antonio Martínez Novella, teósofo que insistía siempre en que había que elevar el nivel cultural de los trabajadores, y que aprovechaba las conferencias para vender folletos que escribía sobre tan nebulosa «ciencia».

—Angel Samblancat i Vilanova (10), que habitaba en San Andrés y vino varias veces al Ateneo, deleitando al auditorio con su verbo y la variedad de sus vastos conocimientos.

—Antonio Rovira i Virgili, ilustre historiador catalán, cuya extensión de conocimientos y profundidad de la historia de Catalunya le han dado merecido prestigio.

—Jordi Arquer, que vino al Ateneo a petición de unos muchachos un tanto despistados y cuya conferencia no dejó huella en el auditorio. Era un líder del Bloc Obrer i Camperol.

—Félix Durán i Cañameras, abogado muy moderado y militante de la sección del catalanismo, un tanto incoloro, pero que se manifestó contra la Dictadura.

—Alberto Carsi Lacasa, geólogo e hidrólogo catalán que se exilió a Francia en 1939, autor del libro escolar y de divulgación, *La Riqueza Minera de Cataluña*.

—Ángel Pestaña Niñez, destacado sindicalista de la C.N.T. Cuando fuimos a invitarle le expusimos claramente que hablaría ante un auditorio heterogéneo. Comprendió perfectamente lo que queríamos de él y así informado dio una magnífica conferencia. Como ya se ha dicho, el Ateneo estaba en el Paseo de Lorenzo Serra y se escogió la hora oportuna que coincidiese con la salida de los obreros de los talleres de La Marítima de San Andrés. El acto fue el más concurrido de todos los celebrados, mereciendo numerosos comentarios, que era lo que buscaba la Comisión de Cultura del Ateneo.

Expresamente se había establecido la costumbre de reunirse en la Secretaría, la Comisión de Cultura, la Junta del Ateneo y los socios interesados, después de cada conferencia a fin de enjuiciar al orador y estudiar el impacto que el conferenciante había producido en el público.

En una de estas reuniones, y a propuesta del periodista Samblancat, que colaboraba en *El Diluvio*, fui designado para corresponsal del periódico en Santa Coloma. Hasta entonces lo había sido

Jaime Roca (11), pero éste no se sentía con ánimos para hacer frente a los acontecimientos que se avecinaban.

Aprovechamos esta oportunidad publicitaria para dar relieve a los actos del Ateneo, enviando reseñas lo más amplias posible; a algunas de las cuales les fueron dedicadas páginas preferentes como la de Rovira i Virgili que fue en primera página. ¿Tendremos necesidad de aclarar que *Solidaridad Obrera* no se publicaba entonces por imposición de la Dictadura?

En los últimos meses de dicho régimen, fue aprovechada la coyuntura para hacer, con la prudencia que las circunstancias imponían, labor favorable para los grupos que se afanaban en la reconquista de las libertades.

En tales circunstancias, se constituyó en el Ateneo un llamado Cuadro Sindical, con la intención de reorganizar el Sindicato Unico de Trabajadores de Santa Coloma de Gramanet. Nos hallábamos entonces, en la agonía de la dictadura del general Primo de Rivera y se presagiaba que pronto se produciría en España un cambio de política, que habría que aprovechar para dar de nuevo vida a la C.N.T. Pero no fue posible hacerlo desde el Ateneo, pues éste, agobiada su Junta Directiva por un presupuesto de gastos superior a sus ingresos, se disolvió, cerrando sus puertas en unos momentos tan interesantes como lo fueron los de la caída del Dictador y la formación del Gobierno presidido por el general Dámaso Berenguer, después del ensayo del gobierno relámpago del Almirante Aznar (1930-1931).

En este período de semilibertad fueron presentados los Estatutos para la constitución de la Casa del Pueblo. Y mientras las autoridades (Gobierno Civil) los aprobaba, se formó un Comité Pro-Presos, del que formaron parte elementos de las izquierdas; pues Primo de Rivera había obligado al exilio a hombres como Maciá y Unamuno y muchísimos libertarios que llenaban las cárceles, tanto de Barcelona como de Madrid.

El Comité Pro-Presos organizó y celebró mítines multitudinarios, llenando el público en todos los actos que se celebraron, la amplia sala del Cine Capitol. Hemos de considerar, con cierta razón, que si los elementos de izquierda política, de matiz más o menos catalanista, formaban parte del Comité Pro-Presos, el nervio del mismo lo constituyeron los libertarios. Los anuncios de estos mítines, como las reseñas de los discursos, fueron publicadas en las páginas de *El Diluvio*.

Una vez más me correspondió a mi la presidencia de estos actos, por cuyo motivo recuerdo que intervinieron, entre otros, Francisco Isgleas, Juan Peiró y Tomás Cano Ruiz. Citaré el mitin en el que tomó parte Cano Ruiz, como ejemplo de las restringidas libertades que otorgó el Gobierno Berenguer. Hablaba este compañero por se-

gunda vez en Santa Coloma en un mitin pro-presos y por los republicanos habló otro orador, Juan Caparrós Escudero, que pertenecía al Partido Radical. Ello no fue considerado por las autoridades como un mitin incoloro, puesto que oradores y presidenta fuimos procesados, más como medida coactiva que represiva. Era, sin embargo, una advertencia.

Cuando la constitución de la Casa del Pueblo, ocupaba entonces el cargo de secretario del Ayuntamiento el señor Salazar, que había pertenecido a la C.N.T., posiblemente por conveniencias personales. Y como el alcalde, el Sr. Sanchiz era patrono de una fábrica de cola que había frente al Molinet, temíamos que las autoridades locales informasen mal a las de Barcelona y los estatutos fuesen a la papelera. Máxime cuando el señor Salazar, después de leerlos, se dirigió a mí secamente:

—Pero esto que pretenden Vds. ¡es una sociedad anarquista! La expresión nos demostraba cuál era la mentalidad del hombre que teníamos como Secretario del Ayuntamiento de Santa Coloma.

Más tarde, supimos que este señor había militado en los Sindicatos Libres, durante el período trágico de Martínez Anido, gobernador de Barcelona. Aprobados los Estatutos, hubo necesidad de encontrar un local adecuado para lo que se pretendía; es decir, funcionamiento de la entidad y apertura de una escuela. La ocasión se presentó propicia cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la República.

LA REPUBLICA

Siguiendo la cronología de este relato, que nos esforzamos en presentar lo más objetivamente posible, el día de la proclamación de la República, yo había terminado la jornada de trabajo a las dos de la tarde; cuando llegué a San Adrián, y antes de subir al autobús en dirección a Santa Coloma, me acerqué al quiosco de periódicos próximo a la parada y como conocía el dueño, al verme, se apresuró a decir:

—Acaba de ser proclamada la República en Eibar.

Tan pronto llegué a casa tomé un bocadillo y me dirigí hacia Barcelona pensando —como así fue— que el pueblo barcelonés estaría ya en la calle proclamando la República. Como no había autobús disponible en aquella hora marché a pie hacia San Adrián, encontrándome con José Bobé, viejo socialista que murió con el deseo de llegar a concejal. Era dueño de un automóvil, sirviéndose de él para ganarse la vida como taxista.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A Barcelona —respondí. Parece que hay movimiento para la proclamación de la República.

Y Bobé añadió:

—Traigo una bandera republicana en el coche y podemos llamar a algunos para que nos ayuden a colocarla en la torre del Ayuntamiento.

—¿Cómo llamar a algunos? ¡La ponemos nosotros dos!

Y sin pensarlo más nos dirigimos hacia el Ayuntamiento.

Sentados en la entrada se hallaban el alcalde, el secretario y varios concejales, de cuyas primeras autoridades ya hemos dado los nombres cuando la presentación de los estatutos de la Casa del Pueblo. También estaban los Mozos de Escuadra que permanentemente prestaban servicio en este centro oficial. Hay que aclarar que ni Bobé ni yo llevábamos armas, tan siquiera un cortaplumas.

Decididos nos dirigimos al alcalde, increpándole.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

El primer mandatario local, algo sorprendido, contestó señalando a los demás:

—Soy el alcalde, los concejales y el Sr. Salazar, secretario del Ayuntamiento.

Sin darles tiempo a reaccionar, añadió:

—Pues, bueno; como se ha proclamado la República, todos a la calle. ¡Vayanse!

Se levantaron todos y se marcharon sin replicar.

Ser corresponsal de *El Diluvio* me había facilitado ciertas relaciones, un tanto convencionales, con algunos funcionarios del Ayuntamiento, sobre todo con el conserje, a quien agradaba que figurase su nombre en el periódico, cada vez que intervenía en un accidente oficiando de enfermero. A él le pedimos que nos abriese la puerta de la torre del reloj para izar la bandera republicana. Obediente, el hombre, cumplió la orden.

Así fue proclamada la República en Santa Coloma, el día 14 de abril de 1931, unas horas antes de que ondease la bandera en la Plaza de San Jaime.

Digamos también que los Mozos de Escuadra se nos cuadraron al tiempo que decía su jefe:

—Nosotros siempre estamos al lado de los poderes constituidos. Como anécdota curiosa de este sencillo, pero histórico acontecimiento, hay que señalar que cuando los «camaradas» comunistas se dirigían con una bandera hacia la plaza del Ayuntamiento en manifestación aparatosa, la enseña republicana ondeaba ya hacia horas en la torre del reloj. Como les ocurrió siempre, cuando se ha tratado de hacer frente a circunstancias graves, la C.N.T. había tomado la delantera.

Para finalizar este episodio, diré que cuando unos días después unos amigos, republicanos sinceros, me preguntaron si no estaba satisfecho ante el desarrollo de los acontecimientos, le respondí que no, que presenta algo que me daba más pesar que alegría. Aquella República, pensaba, no era la que el pueblo había soñado y deseado. Acontecimientos posteriores, cuyo relato no encaja en este momento, demostraron cuán justificado era nuestro pesimismo.

Pero volvamos a lo nuestro, es decir, a los asuntos de la C.N.T.

Ya en los últimos días de gobierno del general Dámaso Berenguer, habían sido aprobados los estatutos para la Casa del Pueblo. La comisión organizadora se dio a la laboriosa y difícil tarea de hallar un local adecuado para el funcionamiento de la entidad. La cosa no era fácil por cuanto se pretendía que tuviese capacidad necesaria para instalar una escuela y el sindicato.

Mientras se desarrollaban estas laboriosas gestiones, se produjeron los acontecimientos, ya relatados, de la proclamación de la República. Y como lo más urgente, era que el Sindicato Único de Trabajadores, clausurado por la Dictadura del general Primo de Rivera, surgiese de nuevo, los militantes se dedicaron a esta labor. Se

halló un local provisional en el sitio conocido por La Gasolina; por existir allí una pequeña gasolinera, en la esquina de la carretera de San Andrés y la Avenida de Santa Coloma. En los sótanos fue instalada la Secretaría, siempre atestada de trabajadores de ambos sexos. Un fenómeno se había producido: en la primera etapa del Sindicato, las mujeres que trabajaban en la entonces fábrica de tejidos de Can Baró, cuando forzosamente habían de pasar por la puerta del Sindicato para dirigirse a la fábrica, lo hacían apresurando el paso y sin mirar al interior; demostrando cómo habían amedrentado los patronos a los trabajadores, hasta el extremo de que algunos hombres también procedían de manera similar.

Con el nuevo reconocimiento del Sindicato, la situación fue distinta. Tanto, que el local estaba permanentemente lleno de trabajadores pidiendo el carnet confederal; de tal forma, que la labor «administrativa» de extender carnets llegó a ser tan agobiante que los compañeros Julián Floristán y Antonio Paredes Candela —fallecido hace años en el exilio— como también un compañero del Sindicato de Campesinos llamado Peix, trabajaban incansablemente.

Y como caso curioso, los trabajadores (hombres y mujeres) de la fábrica de tejidos de Can Baró, que inicialmente sentían una especie de temor hacia la C.N.T., fueron después quienes efectuaron la demanda de sus carnets de una forma natural.

A pesar de que eran amplios los sótanos de la Gasolinera, siempre estaban abarrotados de trabajadores, lo que demuestra el prestigio que gozaba la C.N.T.

Agregaremos a lo expuesto que en todas las épocas vividas por la organización confederal, y las ha vivido bien trágicas, fue el dinamismo de sus militantes más activos y consecuentes el motor impulsor de su actividad.

En todas las circunstancias, como en todas las épocas, la iniciativa ha partido de un reducido número de militantes, y a veces de uno solo. Estos, o éste, han influido en los más temerosos, en los menos decididos o poco dispuestos a «comprometerse» en actividades que no gustan al cacique del pueblo, de la ciudad o del barrio o al patrono que se considera amo de las máquinas y de los brazos que las ponen en movimiento productivo, de artículos preparados para el consumo y la comercialización.

Distinguéndose de entre los timoratos, el militante confederal y libertario siempre ofreció su sacrificio personal en beneficio de la colectividad proletaria. Y diremos más, sin temor a exagerar, que siempre fue la abnegación de los anarcosindicalistas quienes se distinguieron en el sacrificio de su propio bienestar en la defensa de sus compañeros de clase, de los explotados por unas élites burguesas que se creyeron siempre superiores a sus obreros. Caló hondo en el pueblo el hecho de que el que producía con sus sudores y sus

sacrificios los artículos y objetos de que se abarrotaban los mercados, no tuviera la oportunidad de disfrutarlos como merecían, por la imposición de las leyes injustas que sirven para el desarrollo de la economía capitalista.

Y es porque la C.N.T. captó estas desigualdades e interpretó en su justa medida las dificultades de la vida proletaria, que cuando pasados los frecuentes períodos de forzada clandestinidad, los sindicatos abrían sus puertas, los trabajadores acudían en masa a SUS SINDICATOS, A LOS SINDICATOS DE LA C.N.T.

Así aconteció en Santa Coloma en este período, por cierto muy breve, de funcionamiento normal del Sindicato Único de Trabajadores de la C.N.T.

El grupo de militantes más activos no se daba reposo en la organización de asambleas informativas y conferencias, orientadoras de la misión del Sindicato y sus deberes.

El conferenciante que más asiduamente vino a Santa Coloma fue el compañero Arturo Parera (12). Este militante era un orador de fácil y elocuente dicción y sabía mantener pendiente al auditorio, que premiaba con nutridas ovaciones al final de cada una de sus intervenciones.

Naturalmente que la burguesía incapaz de comprender el sacrificio que los militantes confederales se imponían con sus actividades generosas, después de haber cumplido su jornada de trabajo, se dedicaba a la obra subterránea del desprestigio. Citaremos una anécdota que servirá de ejemplo para aseverar lo que decimos al respecto.

Habíamos celebrado una de aquellas reuniones informativas en cuyo curso, todos los que intervinieron se esforzaron en hacer comprender a los trabajadores que les escuchaban, las causas de las desigualdades de la sociedad capitalista; las luchas del proletariado español para mejorar sus condiciones de existencia: hogar decente, alimento adecuado para los suyos, escuela para sus hijos, etc.

En la fábrica donde trabajaba, tenía destinado el turno aquella semana, de las dos de la tarde a las diez de la noche, y aguardaba sentado en uno de los bancos que había en la plaza del Ayuntamiento el autobús que salía a la una y media de la tarde, teniendo en la mano la servilleta en que estaba atada la merienda. Sin esperar su presencia se me acercó un individuo, que yo conocía como somatista y me preguntó con aire displicente:

—¿Qué, de paseo?

—Pues, sí —le dije— un paseo de 8 horas en la fábrica.

—¿Pero, es que Vd. trabaja? —agregó con ironía mal disimulada.

A lo cual le respondí agríamente:

—¿Pues de qué quiere Vd. que viva si no es de mi trabajo?

—Yo, pensaba... como le veo siempre en el Sindicato...

Este diálogo, aunque de menor dimensión, es algo parecido al del

célebre abrigo de Durruti. Este, cuando estuvimos presos en la cárcel de Valencia —ya hablaremos de ello más adelante— nos explicaba, que trabajando en Bruselas de ajustador mecánico, se compró un abrigo apropiado a la bajísima temperatura invernal de la capital de Bélgica.

La policía, siempre dispuesta al desprestigio de los militantes libertarios, hizo circular el rumor de que Durruti se había comprado un abrigo con el producto de un atraco. Y cada vez que interrogaba a un compañero detenido, le lanzaba malévolamente:

—¿Has visto tú el abrigo de Durruti? ¡Vaya abrigo que tiene el tío!

A propósito de Durruti, quizá sea curioso saber que durante la represión ejercida desde los medios policiales catalanistas de Dencás-Badía, contra la C.N.T., Buenaventura Durruti estuvo oculto una buena temporada en Santa Coloma, en casa del compañero José Marqués de la calle Baleares, número 46.

LA CASA DEL PUEBLO

Terminamos la parte de nuestro relato, para continuarlo por un sendero paralelo : el de las actividades constructivas de la Casa del Pueblo.

Andaba la Comisión a la búsqueda de local, cuando fue informada de que en la Avenida de Santa Coloma quedaba libre una casa donde estaba instalado un café. La suerte quiso que logran alquilarlo. ¡Qué júbilo!

El edificio se componía de dos plantas y varias salas. Abajo una, muy espaciosa, para el Sindicato. Arriba dos —creemos recordar— para instalar la escuela. Para aquella escuela que tanto ambicionábamos. Anhelos que quedaron cumplidos por el resultado más positivo que ninguno pudo imaginar en un principio. Concretamente: el día 14 de abril era proclamada la República y el día 1 de diciembre del mismo año, la Casa del Pueblo abrió su Escuela Racionalista.

Dicho así, parece que la obra fuese fácil y hacadera. Sin embargo, se comprenderá que para llegar a tan feliz, como halagüeño resultado, se tuvieron que allanar y vencer grandes y numerosos obstáculos.

Para colocarnos a la altura de las circunstancias, trataremos de describir su proceso.

A los trabajadores, por el hecho de no disponer de medios materiales, les era sumamente difícil en la sociedad capitalista realizar obra alguna de carácter educativo, cuyos principios están cimentados sobre una base económica. Y al abrir la escuela era indispensable disponer del equipo necesario, cuya adquisición sólo se obtiene con dinero. Y más aún, partiendo de unos programas que la Comisión de la Escuela quería introducir, basándose en las experiencias de la pedagoga italiana María Montessori, y de Francisco Ferrer en su Escuela Moderna; pretendía pues, que el material escolar fuese lo más moderno posible.

Después de numerosas gestiones en diversos establecimientos de Barcelona, la casa Seix & Barral, que entonces estaba establecida en la calle de Pontente, nos entregó un catálogo con modelos de mesas

y precios. Estudiado por la Comisión, se llegó al convencimiento de que jamás podríamos disponer del dinero suficiente para adquirir el material necesario.

Así estaba planteado el problema cuando el compañero Julián Floristán, que era carpintero, comunicó que él y su patrón, Juan Gavaldá, establecido con un pequeño taller en el Fondo—muy diferente al que hemos visto en mayo de 1976—estaban dispuestos a construir el mobiliario, con la condición de que se les pagase la madera y los demás accesorios. Pero con ello el problema no quedaba aún resuelto.

Mas cuando a los hombres no les mueven impulsos egoístas, todos los obstáculos son allanados. Reunidos los militantes interesados en la solución del asunto y hecho un presupuesto de la cantidad que debía pagarse a los carpinteros, se acordó que cada uno prestase la mitad de su semana, que entonces representaba unas 60 pesetas. De esta manera, al parecer tan sencilla, se resolvió el problema. Justo es dejar constancia escrita, de que el proyecto de abrir una Escuela Racionalista en Santa Coloma, había despertado amplia simpatía en todo el campo confederal y libertario y a otros sectores no influenciados por el oficialismo republicano imperante.

Los compañeros carpinteros, albañiles y pintores (13), trabajan en abierta competencia para dejar el local en condiciones tan envidiables que todos nos sentíamos satisfechos y entusiasmados ante la perspectiva de que la escuela de los trabajadores sería la mejor de la localidad. Pero no todos los habitantes de la población participaban de aquellos cálidos deseos; entre ellos las autoridades republicanas, que ese mismo pueblo había votado sólo hacia unos meses. Así nos lo demostraron en este caso.

Después de tantos obstáculos superados, de instalado el material escolar en la amplia sala y de haber hallado un maestro que nos fue facilitado por el Sindicato de Profesiones Liberales de la C.N.T., se fijó la fecha para la apertura de la escuela, que fue el primer lunes del mes de diciembre del año 1931, cuando la República empezaba a afanzarse como régimen democrático. ¡Qué decepción sufrimos de parte de las autoridades llamadas republicanas!

Hemos de decir que en aquellos años, el único documento de identidad válido era la Cédula Personal, que era competencia del Ayuntamiento de cada pueblo o ciudad, y constituía, en parte, los ingresos municipales. En los medios confederados existió siempre un justificado recelo por la posesión de este documento. Cada autorización que se demandaba para la celebración de actos, aunque fuese en locales cerrados, tenían que ir acompañada de la fórmula: «Fulano de Tal, de tantos años de edad, habitante en tal calle, número tal. Con cédula personal número tal, de fecha tal, Solicita autorización para celebrar, etc., etc.».

Es por este motivo, y no por otros, que tuve que presentar al Ayuntamiento el oficio solicitando una asamblea, a la que asistirían los padres de los alumnos, para tratar de la apertura de una escuela, según constaba en los estatutos de la Casa del Pueblo.

Parecía que no habría dificultades, tratándose de una entidad legalmente constituida y además por el hecho de abrir una escuela en Santa Coloma, que disponía de escasos centros de enseñanza para la población infantil.

Habían sido convocados además de los padres de los alumnos, los militantes interesados en la labor educativa que se proponía realizar, el profesor y una representación del citado Sindicato de Profesiones Liberales... cuando recibimos un oficio del Ayuntamiento notificándonos que no se autorizaba la celebración de la asamblea. Puesto que la sala se había llenado de personas interesadas por la enseñanza y por la misma asistencia del profesor Puig Elias, presidente del Sindicato de Profesiones Liberales y toda la Junta del mismo, guardamos silencio sobre la negativa.

Fue discutido por los reunidos lo relativo al funcionamiento normativo de la escuela. Puig Elias, con su reconocida competencia expuso ante la asamblea la importancia de la enseñanza racionalista y presentó al que había de ser el maestro de nuestros hijos, compañero Máximo Llorca. Entonces, ante la sorpresa general, puse sobre la mesa el oficio denegatorio de celebrar la reunión, añadiendo estas palabras.

—Los componentes del Ayuntamiento han considerado que no debíamos celebrar la asamblea porque no necesitan escuelas para sus niños, porque ya las tienen; pero para que nuestros hijos puedan recibir una educación sana y sin dogmáticos prejuicios si que la necesitamos, por esto hemos celebrado la reunión.

En resumen, después de este incidente, el lunes próximo del mes de diciembre de 1931, nuestro maestro Máximo Llorca, daba las primeras lecciones a unos 40 niños de ambos sexos, en aquella escuela creada por los militantes confederales y libertarios y dotada de un material más moderno que las mismas escuelas oficiales de Santa Coloma (14); que por cierto eran pocas en aquellos años: una para niños situada en la calle Mayor, regentada por el Sr. Salvatella y otra para niñas instalada en los bajos del Ayuntamiento.

Sin embargo, a pesar de la carencia de escuelas en relación a la población infantil de Santa Coloma, el Ayuntamiento republicano consideró que no había necesidad de que los obreros se «sacrificasen» abriendo una escuela.

También era de esperar que las autoridades municipales reaccionasen frente al acto de desacato, al celebrar una reunión no autorizada en local cerrado.

Las consecuencias fueron, que pocos días después era citado en la Alcaldía, ya que había sido el solicitante de la reunión denegada.

Acudí a la hora y fecha fijada, hallándome frente a frente con el Secretario del Ayuntamiento, Sr. Felipe Salvador, que después de la identificación exigida, entablóse entre nosotros este diálogo:

—¿Usted había solicitado autorización para una asamblea que debía celebrarse en la Casa del Pueblo?

—Sí, señor —respondí.

—¿Y por qué la han celebrado no habiendo sido autorizada?

—Por la necesidad de ponernos de acuerdo con el maestro, los padres de los alumnos y la comisión administrativa de la escuela. El hecho de que Vds. no hayan autorizado celebrar una reunión que tenía por objeto abrir una escuela, demuestra que consideran que en Santa Coloma no deben utilizarse otros centros de enseñanza que los malos y escasos que existen. Contrariamente, en la Casa del Pueblo hemos considerado y demostrado que los trabajadores somos capaces de todos los sacrificios, para que nuestros hijos puedan disponer de la escuela que necesitaban, donde aprendan, al margen de todas las intollerancias, procedan de donde procedan.

El Secretario fijó en mí su mirada penetrante y agregó.

—¿Y si ahora mando detenerlo?

—Puede hacerlo, puesto que estoy en la secretaría del Ayuntamiento.

Me despidió casi cortésmente. Le tendí la mano que él aceptó y salí libre.

He relatado este episodio, del que fui involuntariamente protagonista, para dejar nuevamente constancia, de que en el período de la República Democrática de Trabajadores —como rezaba en el artículo legislativo— abrir una escuela racionalista era considerado por las autoridades algo así como un acto subversivo.

Ya dispuesta la Casa del Pueblo en la Avenida de Santa Coloma esquina Francisco Moragas (donde hoy ocupa la Caixa d'Estalvis de Barcelona), local que nos pareció que reunía las condiciones deseadas; instalándose en el piso, la escuela y en la planta baja el sindicato, quedando una parte dedicada por el dueño a café y sala de baile.

El Sindicato organizaba y celebraba conferencias casi todos los sábados y domingos. Actos de a menudo no fueron permitidos, porque las autoridades preferían que los obreros pasasen los días de fiesta en la taberna que en el Sindicato. Incluso en el período en que el Orden Público estuvo a cargo del dño Dencás-Badia, la policía disolvió algunos actos después de haber sido autorizados: desde luego, con la malévola intención de proceder a la detención de algunos de los asistentes y sembrar el pánico entre los obreros que acudían con deseos de elevar su escasa cultura.

Las juntas de la Casa del Pueblo, del Sindicato y la Comisión de la Escuela, con el deseo coincidente de instalarse en el local que parecía idóneo para el desarrollo de las actividades propias, chocaron después con una dificultad que no habían previsto: los retretes no tenían capacidad para el número de alumnos de la escuela.

Añadimos, como un inciso al relato, que escribimos estos recuerdos muchísimos años después de haber ocurrido y al faltar notas escritas, relatamos los mismos como los vimos y recordamos; sin embargo, comprendemos que la posibilidad de presentar fechas, aunque sólo aproximadas, el relato adquiriría un valor más documental. Confiamos, pues, en la comprensión de los lectores para no negarle autenticidad. Compréndase, que cuarenta años son muchos para la vida de un hombre para recordar unos detalles, cuya importancia nunca pensamos entonces que pudiesen ser de utilidad.

Frente a las dificultades insalvables e inapropiadas del local, en cuanto nos fue posible pensamos en otro edificio, un caserón diríamos mejor, donde se instaló la Casa del Pueblo, en el que permaneció hasta el final de la Guerra Civil. Aún recordamos con qué alegría redactamos con el maestro Máximo Llorca, el contrato de alquiler.

La casa situada en la calle Masfontollar, donde hoy está la Academia Manent, reunía toda la capacidad para instalar, en la parte alta, tres clases y conserjería, con las habitaciones necesarias. Y en la parte baja, la Junta de la Casa del Pueblo, con su espaciosa Secretaría y el Sindicato. En el gran patio, donde hubo las caballerizas, los albañiles, carpinteros, pintores y electricistas, se esforzaron en instalar una Sala de Fiestas con escenario. Explicado así, a grandes rasgos, parece una empresa fácil, pero que en realidad no lo fue.

Como en la escuela el número de alumnos aumentaba muy por encima de nuestros cálculos, hubo necesidad de pedir al Sindicato de Profesiones Liberales, una profesora que se ocupase de los párvulos. Suerte hubo en la demanda, pues fue enviada una muchacha joven, Soledad Albañes, hija del culto militante José Albañes (muerto en el exilio). Soledad tendría apenas 18 años cuando obtuvo el título de maestra, lo que dice mucho de su talento. Como procedía de Barcelona, vestía bien y era bonita —como siempre lo es la juventud—. Las pobres gentes de Santa Coloma, influenciadas por los dictámenes del cura, la seguían con sus miradas de asombro hasta que entraba en la escuela.

Soledad realizó una labor muy eficaz, hasta que por los imperativos de la distancia entre Santa Coloma y Barcelona, hubo de quedarse en la Ciudad Condal. Fue reemplazada por Josefa Belda, que también hizo una labor educativa muy a gusto de todos.

Hacer frente a los gastos correspondientes al sostenimiento de la escuela era, se comprenderá bien, un problema difícil. Sin embargo, los profesores fueron pagados con regularidad todas las sema-

nas. Para estudiar estos problemas, cada sábado se reunía la Junta con los militantes más activos, la Comisión de Escuela y los dos encargados de la recaudación de las cuotas de los alumnos, labor que era considerada como ingrata y que realizaban los compañeros José Marqués Caballero y otro que se apellidaba Roca. En estas reuniones se hacía el recuento de los ingresos—los alumnos pagaban una peseta semanal— e inmediatamente era hallada la solución: faltaba tanto, somos tantos: a cada uno le corresponde tanto. No queremos olvidarnos de señalar que uno de los más asiduos concurrentes a estas reuniones, era el viejo libertario Saavedra. Se nos presenta a la memoria con su barba blanca y con frecuencia exclamando: ¡Qué labor hacéis!

Durante varios años fue presidente de la Casa del Pueblo, el compañero Gregorio Jover que se instaló de incógnito en Santa Coloma con el nombre de Pascual Gómez, y todos los viejos y jóvenes compañeros que vinieron a residir en Santa Coloma, se inscribieron inmediatamente como socios; ayudando al sostenimiento de la escuela y a la labor cultural que realizaba. Con el compañero Jover, me correspondió compartir la presidencia de la Casa del Pueblo, de una forma casi alterna.

Entre tanto, a iniciativa de Antonio Paredes Candela, se organizó el cuadro artístico, del que el mismo fue entusiasta y dinámico sostenedor. Muchos domingos se representaban funciones teatrales a las que asistían los familiares de los alumnos, y cuyos beneficios del espectáculo iban a la escuela. Es natural que entre los niños se estableciera un nexo de fraternal amistad, dadas las circunstancias, pues hasta en las mañanas de los domingos se reunían en el patio para dedicarse a sus juegos favoritos.

Paralelamente, los domingos que no había representación teatral se celebraban conferencias; en el invierno en el interior de la escuela y en el verano en el patio. En tiempo de invierno, fueron conferenciantes con carácter cultural, D. Federico Climent Terrer, ayudante de Comas y Solá en el Observatorio Astronómico del Tibidabo, y D. Alberto Carsi, geólogo, que era cuñado de Vicente Blasco Ibáñez.

En el verano se trasladaban las sillas al patio y se trataban temas, más bien de tipo social; entre los conferenciantes, por citar algunos, figuraron, J. Juan Doménech, Ricardo Sanz y María Durán.

Parecerá que, en virtud de esta labor educativa, la Casa del Pueblo gozaría de cierto respeto y tolerancia por parte de las autoridades. Pero sucedía todo lo contrario: como los ensayos del Cuadro Artístico se efectuaban de noche, por la sencilla razón que sus componentes eran trabajadores y durante el día cada uno de ellos ocupaba su puesto en la fábrica, el taller o la obra, las irrupciones nocturnas de la policía eran frecuentes a la busca de fantasmas. Sobre todo a partir de la fecha en que Cataluña tuvo su Estatuto y Decás

fue Consejero de Gobernación, la represión era descarada. Citaremos un ejemplo.

Durante uno de estos períodos represivos que las gentes de Estat Català imponían a la C.N.T., a imitación de los tiempos de Martínez Anido y Arlegui, en su dislocado proyecto de implantar en Cataluña el sindicalismo verticalista, de carácter fascistoide y cerrados los locales de los sindicatos de San Andrés y Badalona, sus militantes acudían a las conferencias de la Casa del Pueblo en Santa Coloma, siendo cada vez más numeroso el auditorio. Ante este crecimiento, que nadie hubo logrado en aquellos tiempos, no satisfechos los megáfonos defensores del orden gubernamental con los registros nocturnos, planearon minuciosamente para realizarla después, una de las operaciones más ridículas que pudieron imaginar sus cerebros.

Nos explicaremos, lamentando una vez más, no disponer de la documentación escrita para aseverar nuestro relato.

Era director de *Solidaridad Obrera* el compañero Manuel Villar (15), de origen argentino, o con anterior residencia de muchos años en Buenos Aires, por cuyo motivo conocía muy bien el movimiento obrero de aquel país.

Manuel Villar daba su segunda conferencia sobre el tema del Movimiento Obrero Argentino. Se comprenderá que el tema no tenía nada de subversivo, sino de documentación. ¡Ah! Pero la policía disponía de los «escamots» como fuerza paramilitar, como la burguesía monárquica también disponía del Somatén; no podía tolerar, pues, que se ilustrase a un auditorio formado por trabajadores, sobre acontecimientos de un país tan lejano como la Argentina.

El caso concreto fue que en plena conferencia, la Casa del Pueblo fue cercada militarmente por importantes fuerzas de Gurdiás de Asalto; aquellos agueridos y muy alabados defensores de la República creados por Galarza, aproximaron al local dos autobuses—entonces para la línea de San Andrés, Badalona y Santa Coloma, que los habla con imperial o piso superior—y ¡halal! todos cuantos les vino en gana fueron llevados a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona.

La operación, realizada con la estrategia de un ejército que pretende salvar la patria en peligro, fue muy digna de aquellos que tanto mal hicieron a los trabajadores desde sus puestos de mando.

Inútil fue que Villar, como conferenciante y yo en calidad de presidente del acto, nos hiciéramos responsables. Nada. Nada; todos habíamos incurrido en el grave delito de querer saber lo que ocurría en Argentina.

Puestos en libertad unos días después, la Casa del Pueblo dirigió un manifiesto a la población colomense, explicando el patinazo oficial que tan molestas consecuencias había ocasionado, en el afán de entorpecer cualquier manifestación de cultura obrerista.

He aquí el texto del folleto :

CASA DEL PUEBLO A LA OPINION PUBLICA:

Para nosotros la opinión pública es el supremo juez a cuyo fallo hemos sometido siempre nuestros actos. Según nuestro criterio forman la opinión pública los ciudadanos estudiosos, los hombres que se preocupan de los problemas que hoy absorben la atención del mundo del trabajo y del pensamiento.

Siendo como somos deterministas partimos de la base de que el hombre no es bueno o malo por su filiación política, sino por el medio ambiente en que se desenvuelve; y en esto fundamentamos y razonamos nuestro criterio de que la opinión pública está formada por los hombres buenos, sin distinción de matices políticos.

Consideramos que la estúpida división política social que, contrariando a las leyes naturales, ha hecho con los hombres la sociedad actual no debe ser obstáculo para que éstos, aparte de sus ideas, que siempre son respetables cuando se sustentan honradamente, se traten, en sus relaciones, como *hombres* en la suprema expresión de la palabra. ¿Se ha obrado así con nosotros por parte de un sector determinado de la política local? No, rotundamente, no.

La labor de la Casa del Pueblo

Estimando que una sociedad de hombres cultos, buenos y libres no puede estar compuesta por ignorantes, malvados y esclavos, aspiramos a elevar su nivel cultural, su nobleza de sentimientos y sus ansias de libertad. Y esto no son palabras que salen a flor de labios sin ese sentido de responsabilidad que le da el valor de los hechos.

Los que han visitado la Exposición de trabajos escolares celebrada en la escuela de esta entidad durante los últimos días, se habrán podido dar cuenta del enorme sacrificio que un puñado de hombres, todos modestos trabajadores, estamos realizando. Han tenido ocasión de comprobar que labor es la que la Casa del Pueblo desarrolla sin apoyo de nadie. Habrán visto cómo dedicamos todos nuestros esfuerzos a la mayor amplitud de la escuela, cuya labor es nuestro más preciado timbre de gloria. Y después de haber visto todo esto podrán decirnos si hay razón para que unos señores de cerebro completamente obtuso y de una cerrazón mental que espanta, incapaces de hacer algo constructivo en favor del común de los ciudadanos, se hayan propuesto nuestra destrucción. Es decir la destrucción de la Casa del Pueblo, que es quizás, lo decimos sin jactancia y sin orgullo, la única entidad de Sta. Coloma que tiene personalidad propia.

¿Por qué nos odian? No se lo preguntéis, porque no lo saben. ¿Por qué quieren destruirnos? Nada les digáis, porque también lo ignoran.

El trato que recibimos

La Casa del Pueblo funciona y ha funcionado siempre cumpliendo todos los requisitos que marca la ley. No se ha apartado nunca del camino de la legalidad, y, sin embargo, nuestro local se ha visto repetidamente visitado por la fuerza pública que ha efectuado registros infructuosos. Y así a precario vivimos, dependiendo nuestra libertad del capricho de cualquier desgraciado metido al bajo y degradante oficio de confidente, último escalón de la degradación humana.

Pero toda esta serie de visitas, en las que seguramente se esperaba hallar algo que sirva de pretexto para la clausura de nuestra entidad, han tenido su final apoteósico —final por ahora— en los hechos ocurridos en nuestro local en la tarde del domingo día 12 del corriente.

El jueves, día 9, esta Junta presenta al Ayuntamiento una instancia solicitando permiso para celebrar una conferencia. Durante dos días aparece el anuncio de la misma en el periódico Solidaridad Obrera detallando lugar, día, hora, tema y orador. El permiso *no es denegado*, lo que es interpretado por nosotros como signo de autorización, caso corriente en todos los actos públicos; pero no ocurre así, y al finalizar el orador el desarrollo del tema se presenta la Policía y detiene a todos los concurrentes.

Inútil es que esta Junta, que nunca ha perdido la serenidad ni el control de sus actos, intente hacer comprender la legalidad de la conferencia. Los agentes llevan orden de detener y detienen.

Pero tras de todo esto que relatamos *grosso modo* se ocultaba una absurda maniobra. Al mismo tiempo la Prensa publicaba la noticia mendaz de que "*la Policía había sorprendido una reunión clandestina de elementos de la F.A.I. en el patio de una casa de las afueras de Sta. Coloma*", los que ansían nuestra desaparición escribían a la pro-pietaria del local comunicándola que la casa estaba abandonada y todos los socios detenidos.

¿Se comprende la intervención de los hechos que quedan relatados y que tuvieron la única virtud de acrecentar nuestros entusiasmos y alarmar inútilmente a este pueblo noble y sencillo?

Palabras finales

No ha sido escrito lo que antecede en espera de que se nos dé un trato de favor. Lo ha sido porque sentíamos una imperiosa necesidad de dirigirnos al pueblo, y, también, la de decir a esos enemigos nuestros que no tienen el valor de dar la cara, que mientras ellos predicaban el odio, nosotros predicamos el amor; que en tanto que ellos propagan el rencor, nosotros propagamos la fraternidad; que mientras ellos laboran por desunir a los hombres, nosotros trabajamos para unirlos, por encima de las razas, de las lenguas y de las fronteras; que mientras ellos embrutecen la juventud, nosotros tratamos de elevar su nivel cultural y moral. Nosotros tenemos como guía de nuestras actividades, las escuelas; vosotros el vicio. Los dos extremos forman un ángulo tan abierto que es imposible unir sus lados.

En paz os dejamos que sigáis vuestro camino. Dejados en paz para seguir el nuestro.

Y ahora, para terminar, esta afirmación clara, rotunda, categórica: *Perdéis el tiempo inútilmente si pensáis destruir la Casa del Pueblo.*

Sta. Coloma de Gramanet, agosto 1934

LA JUNTA

Sin embargo, aquí no acabó la cosa, pues siguió otra estúpida maniobra.

Para tratar la situación, marcha y desarrollo de las escuelas racialistas, celebróse una reunión de militantes interesados de las escuelas sítas en San Andrés, Badalona y Santa Coloma. Como está-

bamos en la estación estival, creyóse oportuno reunirse al aire libre y celebróse la reunión cerca del Cementerio Viejo, a la sombra de un gigantesco algarrobo que entonces había allí. Como se comprenderá era un simple y normal cambio de impresiones, pero no fue interpretado así. Por lo visto, alguien advirtió a la policía de Barcelona de la reunión del algarrobo, como si del árbol de Guernica se tratara y de las posibilidades subversivas del encuentro. Terminada la reunión, los compañeros de Badalona marcharon por el Fondo hacia la ciudad; los de San Andrés para su barriada, y los de Santa Coloma, calle Prat de la Riba abajo, cada uno a su domicilio. Casi a la puerta del Bar Armengol nos esperaba la policía con los Mozos de Escuadra. Estos nos señalaron a Julián Floristán y a mí y nos condujeron a Jefatura.

Sin que nadie se molestase en pedirnos declaración, de la Jefatura pasamos a la Cárcel Modelo y de la misma manera, quince días después se nos puso en libertad.

PARENTESISIS

Es terrible cuando la policía enfoca su mirada inquisitiva en la persona de un militante obrero; porque siguiendo sus normas represivas al ser detenido por vez primera, y consecuentemente fichado como elemento peligroso para el orden establecido, sobre todo si el detenido continúa actuando, a una detención se enlaza otra con dañosa frecuencia, formando una cadena cuyos eslabones son forjados por la policía misma, en los comunicados a la Prensa y notas a la Radio — hoy a la Televisión —, todo ello formando parte de un premeditado plan de desprestigio del detenido; que injuriado, lo presenta a las «gentes de bien» como un forajido merecedor de las persecuciones de que es objeto. Así desprestigiado, en la fábrica u otro sitio de producción, esas mismas gentes encontrarán justificado cuando es despedido del trabajo. Que el hogar del obrero sufra las consecuencias de esas persecuciones, poco importa. El fin justifica los medios.

Mi caso personal no fue, ni más ni menos, que el de millares de militantes de la C.N.T. y constituyó una gota de agua en el océano de las injusticias.

Si en el año 1924 me cupo en suerte ser «seleccionado» de la Casa Girón, idéntica suerte me tocó en el mes de enero de 1932, cuando la República apenas había dejado el biberón, siendo nuevamente catalogado y despedido de la Fábrica de azul de Ultramar, conocida entonces por Casa Nubiola.

En el primer caso, alguien de Santa Coloma llevó a la dirección la confianza de mis actividades contrarias a la política represiva de los generales Martínez Anido y Arlegui, especializados en la aplicación de las medidas más brutales, contra los militantes de la C.N.T. Militares que la burguesía catalana había puesto en la cúspide represiva, para que destruyesen las asociaciones que los trabajadores habían constituido para su defensa. Que en aquella época negra de la Monarquía se utilizasen procedimientos tan bárbaros como la Ley de Fugas y otros mucho más salvajes (16), era propio del régimen reaccionario imperante; pero que se utilizasen fórmulas parecidas en una República que quería ser liberal, era el colmo.

Hay que aclarar que la burguesía catalana, nunca fue diferente de la andaluza, gallega o castellana. Cuando en el año 1924, propuso el gobierno monárquico al general Martínez Anido para gobernador de Barcelona, se había propuesto alcanzar un objetivo inmediato: la destrucción de la C.N.T.

Como medio principal creó una central sindical antiobrera, que se llamó Sindicato Libre, que en complicidad con la policía utilizó toda una escoria de hombres sin escrúpulos, que se prestaron por dinero a la confidencia y al alevoso asesinato de destacadas figuras sindicalistas, a fin de desorientar y desorganizar la resistencia sindical.

Proclamada la República y concedido el Estatuto de Cataluña, votado por las Cortes, los planes de la burguesía catalana fueron recogidos como herencia preciosa por los nuevos gobernantes que se llamaban, como un insulto a quien los votó, republicanos.

Si la burguesía de la Liga Regionalista, conservadora y reaccionaria, proyectó la destrucción de la C.N.T. y recurrió para el logro de sus objetivos a los procedimientos más detestables, los republicanos fueron dignos herederos de sus antecesores; sobre todo Estat Català que bajo la dirección del sinistro Dencàs, hizo honor a sus predecesores.

Así como los ríos son desviados de su cauce normal, por la acumulación de materiales de origen torrencial depositados en su lecho, la vida humana es también, a menudo, apartada de su curso por circunstancias imprevisitas; sobre todo si el hombre se halla carente de medios que le ofrezcan una sólida posición económica. La desigualdad social nacida de la explotación del fuerte sobre el débil y perpetuada a través de los siglos, produce en los dominados una sensación humillante que se traduce frecuentemente en rebeldía. En el moderno sistema capitalista, al obrero insurgente contra tan aberrante estado de injusticia social, le son aplicados todos los recursos coercitivos de que dispone la sociedad opresora. En la fábrica, taller u oficina, el nombre del trabajador insumiso será marcado con tinta roja, como distintivo de ser un elemento perturbador del orden establecido; un sujeto peligroso para el normal desenvolvimiento de los negocios, pues «negocio» llaman unos pocos, el acumular riquezas con el esfuerzo de muchos.

El estado capitalista, llámese monárquico, republicano o socialista, reacciona siempre de la misma forma hacia los que pretenden una sociedad más justa. Por ello fueron tan numerosos los militantes de la C.N.T. que sufrieron las consecuencias de un trato y condiciones inhumanas, ensañándose con ellos para atemorizar a los demás.

Por cuanto he relatado y a pesar de la forma en que intervine en la proclamación de la República en Santa Coloma, he manifestado

que no sentía mucho entusiasmo por el histórico acontecimiento. Había algo en mi fuero interno que me incitaba a desconfiar de un régimen, que de forma tan feliz, como fue la emisión de un voto, el pueblo pudiese decidir su voluntad. El hecho ya relatado cuando el Municipio republicano, negó la autorización solicitada para abrir la Escuela de la Casa del Pueblo, vino a confirmar mis dudas.

Unos meses más tarde, apenas pasado un año, se cumplieron mis presentimientos. Veamos cómo.

Desde hacía unos años trabajaba en una industria instalada en San Martín, conocida por Casa Nubiola. No estaría la dirección tan descontenta de mi trabajo cuando se me propuso para ocupar el cargo de contramaestre. No quise aceptar porque supuse que pretendían alguna maniobra coercitiva en materia social o religiosa.

Como suponía, esta negativa, insólita para ellos, tuvo días después sus repercusiones. Porque, en efecto, fui avisado por el portero de la fábrica que aquella semana se reuniría la «familia Nubiola» para tratar mi caso. Considero oportuno aclarar que esta familia era de profundas convicciones religiosas y hasta, se decía, muy vinculada con la Compañía de Jesús, uno de cuyos hijos vestía el hábito.

Era sábado aquel día, y después de la ducha me disponía a cobrar mi semanal, cuando me comunicaron que pasase por el despacho para recibir un recado. Nunca hice tiempo al salir del trabajo, pues no olvidaba que toda la familia me esperaban sentados alrededor de la mesa para comer.

Entré en el despacho y saludando con respeto aguardé un instante, de pie.

Alguien de la familia Nubiola me ofreció una silla, diciendo:

—Siéntese.

Aceptando el asiento, respondí con un:

—Muchas gracias.

—¿Se fumaría un cigarro puro? —agregaron, señalando una caja que había sobre la mesa.

—Muchas gracias —repetí—, no fumo.

—¿Una copita de coñac?

—No, no; tampoco bebo alcohol.

—¡Caramba! ¿Es Vd. abstemio? ¡Un verdadero ejemplo!

—Verá, soy abstemio por dos razones. Porque el tabaco y el alcohol los considero nocivos para la salud y además, porque el salario lo entrego siempre íntegro a mi esposa para el sostenimiento de nuestro hogar, que buena falta nos hace.

Empezaba a encontrar incómoda la situación y presentía que iba a discurrir el diálogo por otros cauces, que recapacitando, no consideré convenientes y decidí cortar de esta manera.

—Escuche, cuando entro en la fábrica tengo el deber de cumplir

exactamente las notas escritas que se me dejan sobre la mesa. Creo que lo hago así.

—En efecto —me respondió el que parecía representar el grupo familiar.

—Creo, que cuando salgo de la empresa soy una persona con todos los derechos y deberes consecuentes a la ciudadanía que nos ofrecen las leyes. Si en verdad les interesa mi conducta, me quedo. En caso contrario, recojo la ropa de trabajo y me marcho, pues se está haciendo tarde para llegar a casa.

Adivinaron en mí, probablemente, algunos temores; por lo que trataron de tranquilizarme, asegurándome que no debía temer nada. En efecto, ante la sorpresa mía, me aumentaron el sueldo.

Habían transcurrido los primeros días de 1932; apenas si hacía un año que se había proclamado la República, cuando una mañana, recién terminada mi jornada de trabajo en el turno de noche, se presentó la Guardia Civil con orden de cerrar la fábrica. Y así fue hecho.

Cabe señalar que en la fábrica no había ocurrido absolutamente nada, no había conflicto laboral alguno entre la dirección y los obreros. Únicamente sucedía que la totalidad de los trabajadores y empleados en dicha industria, se habían adherido al Sindicato de Productos Químicos de la C.N.T. y a la familia Nubiola le hubiese agraddo que SUS obreros se hubiesen afiliado a los sindicatos católicos. Estábamos «gozando» de la República; por ello, la Consejería de Trabajo de la Generalidad de Cataluña, optó por el cierre de la fábrica para obrar de acuerdo con Dencás, consejero de Gobernación, y suplantarse a los obreros afiliados a un sindicato de la C.N.T., por otros pertenecientes a la F.O.C., creados de nuevo por Estat Català. La Federación Obrera Catalana (17), había reclutado sus efectivos en los residuos de los que fueron Sindicatos Libres. ¡Brillante y hermoso ejemplo, éste que ofrecían los dirigentes del catalanismo incipiente al proletariado de Cataluña!

La totalidad del personal respondió a la arbitrariedad con una huelga que duró unos días. Pasados los cuales, se reintegraron al trabajo, menos los seleccionados que quedaron despedidos. Como siempre, fuimos sólo los militantes de la C.N.T.; tal como se pretendía para el desmantelamiento de la organización. En total, cuatro o cinco, entre los que figurábamos Miguel Aguilar (18) y yo mismo.

De igual forma ocurrió cuando se efectuó el despido de la Casa Girona; alguien de Santa Coloma había informado a la Casa Nubiola de nuestras actividades no gratas; como no lo fueron nunca a la burguesía, que los obreros se preocupasen de superar sus conocimientos y ampliar su cultura.

Pero he aquí que el conflicto de la Casa Nubiola cambió la ruta de mi vida de manera imprevista.

EL ATENEO DE CULTURA SOCIAL DE SAN ADRIAN DE BESOS

Con el maestro de la Escuela de la Casa del Pueblo, Máximo Llorca, a la sazón secretario de la Sección de Maestros del Sindicato de Profesiones Liberales y debido a que yo era uno de los militantes más interesados en sostener la escuela, nos unió casi una íntima amistad. Preocupado también por la situación que el conflicto laboral había creado en mi hogar, me propuso hacerme cargo de la escuela de San Adrián, que unos jóvenes habían fundado en el Ateneo de Cultura Social y que se proponían abrir próximamente. Acepté jubilosamente, puesto que desde mi edad escolar había sentido para ello una cierta inclinación, sustituyendo algunas veces al maestro cuando se ausentaba de la clase por motivos personales. Ya se había realizado un ensayo semejante en el Ateneo Instructivo Colomense, pero fracasó. Por ello, el hecho de intentarlo de nuevo en el Ateneo de Cultura Social de San Adrián de Besós, me llenaba de temor y esperanza.

El Ateneo de Cultura Social había alquilado una salita en la calle principal de San Adrián (que se llamaba entonces, Fermín Galán), muy cerca del Mercado. Se matricularon unos 14 niños, entre los 8 y los 10 años, con quienes empezamos. Transcurrido un mes y a pesar de que casi en frente teníamos un magnífico grupo escolar, el de los Hermanos Maristas, los niños inscritos constituían un número superior a la capacidad del aula. Un desagradable incidente estuvo a punto de concluir definitivamente con la experiencia.

Parece ser que entre unos empleados de la fábrica Nubiola, cuyo conflicto he relatado, se produjo una pelea; hubo disparos, resultando un muerto y un herido. Precisamente estaba dando lecciones, fuera de horario, a unos muchachos que trabajaban, cuando fui advertido de lo ocurrido por un compañero del que sólo recuerdo se llamaba Pere. Como suponía, todo y hallándome muy alejado del sitio donde se produjeron los hechos, fui detenido por la policía como sospechoso de haber intervenido en el sangriento suceso.

Sin embargo, una circunstancia favorable vino a mi ayuda, de modo que me permitió evadir las mallas de la policía y de la llama-

de Juattola: a la misma hora en que se produjo la reyerta, me hallaba en la plaza del Ayuntamiento de Santa Coloma esperando el autobús. En el mismo subió el Secretario —con el que tuve la entrevista al no ser autorizada la asamblea de apertura para la escuela de la Casa del Pueblo—. Coincidimos en el mismo asiento y hablamos durante el trayecto de las ocupaciones de cada uno; explicándole yo que me quedaban aún dos horas de trabajo y que seguramente no regresaría hasta el último coche de las diez de la noche. Cuando después de unos días, comunicado en los calabozos de la Jefatura de Policía, otros en el Palacio de Justicia y algunos más en la Cárcel, el juez, que ya sabía las verificaciones de la policía, decidió mi puesta en libertad.

Era de esperar y de temer que esta sería contrariedad repercutiría en el prestigio de la Escuela y como consecuencia sobre el maestro. Pero aconteció todo lo contrario, porque unos meses después la Comisión de Escuela del Ateneo, acuciada por la creciente demanda de plazas, vióse en la necesidad de buscar otro local más amplio. Sin embargo, antes de dejar este relato ilustraremos una vez más cómo actuaban las autoridades que usufructuaban el Poder.

El periodista Paco Madrid, se había distinguido por entonces en sus ataques a las Escuelas Racionalistas. Muy imaginativamente «descubría» que en nuestros centros de enseñanza, había talleres reservados a la fabricación de bombas. En cambio, nunca se ocupó de relatar qué tipo de enseñanza, a menudo con castigos corporales y humillaciones, recibían los niños de las escuelas religiosas.

Ocupado el hombre en realizar investigaciones, recibimos su visita. Pretendió presentarse como Inspector de Primera Enseñanza, pero se descubrió al momento su verdadera identidad. Desemascaramado, salió corriendo sin despedirse.

Todos los intentos de fomentar un desprestigio para la escuela y el maestro fueron vanos, ya que como hemos dicho, la Comisión de Escuela y la Junta del Ateneo, frente a las demandas de ingreso de alumnos tuvo que buscar otro local con mayor capacidad. Este fue mucho mayor, cerca de donde estaba entonces el Campo de Fútbol del Badalona, en el límite de San Adrián.

Se trataba de una sala con grandes ventanales hacia el exterior, disponiendo de un escenario en el que los niños podrían desarrollar sus facultades artísticas; como así fue, representando pequeñas obras de teatro. En la parte alta había habitaciones para el conserje y su familia.

En este nuevo local se presentó la primera exposición de trabajos escolares, con gran contento de todos. Es decir, de todos no, porque la reacción imperaba en plena República; especialmente del clero, que mantenía una actitud cerrada contra el despertar del pensamiento.

En razón de este imperio, los frailes maristas de San Adrián, y algunos maestros titulares, habían influenciado negativamente en las esferas gubernativas, para crear dificultades a la Escuela que tantas simpatías había despertado entre los obreros de San Adrián.

En consecuencia, una noche, cuando daba lecciones a unos muchachos de 14 a 16 años, que ya trabajaban en las industrias próximas, irrumpieron en la sala dos parejas de la Guardia Civil, al mando de un oficial, que procedían de la guarnición de Badalona. Y en un alarde autoritario, el oficial ordenó:

—¡Todo el mundo en pie!

Reaccioné y les dije a los muchachos.

—Sentaos.

—¡Yo mando que de pie! —ordenó.

—De pie, nosotros, señor oficial. Los alumnos obedecen al maestro.

—Bueno; vamos a ver, ¿qué hacen «esos» ahí?

—«Esos», son la Comisión Administrativa de la Escuela, que se reúnen todas las semanas para estudiar la situación económica.

Sentados junto a la mesa se hallaban los compañeros Santiago Farrás, Flores y Mico, que formaban dicha Comisión.

Esta situación y los diálogos que siguen, le parecerán al lector rayanos en los límites de lo absurdo; pero hay que situarnos en la época, tener en cuenta el ínfimo grado de preparación cultural que se les exigía a los guardias de entonces y la ofuscación que sobre nosotros pesaba, por los conceptos imbuidos sobre los anarquistas. Esta palabra era sinónimo de desorden, violencia, destrucción y las gentes que profesaban estas ideas eran capaces de todas las maldades concebibles. Ello les hacía ver lo blanco, negro; percibiendo solamente un lado de las cosas según un criterio preconcebido que residía en las profundidades del subconsciente. Sólo de esta forma pueden comprenderse muchas de las actitudes que la policía tomaba para con nosotros.

Pero, sigamos adelante en nuestro relato.

Sobre el escritorio había el libro de Emilio Zola *La bestia Humana*. Uno de los guardias le echó una ojeada de soslayo.

—Con que *La Anarquía Humana*, ¿eh?

—No, señor guardia —dije con sorna—, LA BESTIA HUMANA. Anteriormente en el local había existido una tienda de comestibles y cuando los dueños marcharon, dejaron los letreros anunciando las mercancías. Y otra vez el guardia «histro», inquirió:

—¿Y ese letrero que hay en la entrada, que dice ESCUELA RACIONALISTA?

—No, señor, no; usted ha leído mal, allí dice: ACEITES Y JABONES.

Pero como los servidores del orden iban dispuestos a cumplir con lo mandado, reducir a cuatro elementos peligrosos para la sociedad, fuimos conducidos en el tranvía al cuartel de la Guardia Civil de Badalona. Como era una hora en la que muchos trabajadores regresaban a sus hogares, nos miraban recelosos y algunos nos conocieron. Llegados al cuartelillo se procedió al interrogatorio con los mismos formalismos que si se hubiese tratado de malhechores.

El interrogatorio de Farrás y Micó, fue ruinario. Algo más pintoresco fue el de Flores. Erra éste muy joven—durante la guerra civil murió en el frente—y además de facciones muy correctas. El oficial, en cambio, era un hombre de grandes bigotes, pómulos pronunciados y nariz muy achatada, casi un chimpancé. Encarándose con Flores, le preguntó.

—¿Es Vd. ácrata?

—Ignoro lo que me pregunta —le respondió Flores.

—¿QUE SI ES VD. ACRATA? —le gritó el guardia.

Flores, que no estaba muy introducido en nuestro movimiento contestó de nuevo.

—Vuelvo a decirle que ignoro lo que me pregunta.

—No, Vd. no es ácrata, porque su físico no lo es. Los ácratas tienen los pómulos así, salidos, los ojos saltones, la nariz achatada. Justamente su propio retrato. El oficial había oído campanas y no sabía de dónde, pues este criterio correspondía a la teoría de Lombroso (19). Inmediatamente agregó:

—Bueno, márchese.

Y prosiguió gritando:

—¡Que venga el maestro!

El guardia que nos vigilaba dijo a los demás.

—A vosotros no os pasará nada, pero al maestro, ése tiene para rato.

Entré en la pequeña habitación, de cuyas paredes colgaban unos vergajos de diferentes tamaños.

—¿Sabe Vd. lo que son esos objetos que cuelgan en las paredes?

—Mc parece que sí —le respondí.

—¿Sabe Vd. para qué sirven?

—Me lo supongo. Aunque creo que Vd. debe saberlo mejor que yo.

—Bueno —cortó dirigiéndose a un cabo que esperaba en la mesa frente a la máquina de escribir. —Anote las declaraciones de este individuo.

Después de que hubo respondido algunas preguntas, añadió recargando las palabras, con evidente mala intención.

—Y dice, coma, que en la escuela había niños y niñas de ambos sexos.

El cabo, interrumpiéndose, le miró algo perplejo.

—¿Pongo sesos o sexos?

—Es igual —le respondió el superior.

Terminado tan sustancial como insólito interrogatorio fuimos conducidos a Barcelona; pero como la ciudad se hallaba bajo la jurisdicción militar, se nos puso a disposición de un teniente auditor.

Lo curioso del caso fue que el oficial auditor, después de interrogarnos y leído el atestado, se dirigió, moviendo la cabeza indignado, al sargento que actuaba de escribiente.

—¿Pero es que no hay piquete que ejecute a un señor que nos presenta semejante atestado?

Como estábamos en vísperas de la Merced, Patrona de los Cautivos, el oficial que se encargó de nuestro caso nos dio su palabra que al día siguiente iría a la cárcel y nos pondría en libertad. Y así lo hizo.

El golpe revolucionario dado contra nuestra escuela fracasó; puesto que un poco después la Comisión y la Junta del Ateneo, ante la creciente demanda de ingreso de niños, vióse obligada nuevamente a buscar local más espacioso; hallándolo en la entonces Plaza de Maciá. Allí se incorporó la inteligente maestra Matilde Escuder, compañera de Félix Carrasquer. Matilde ayudó mucho al desarrollo de la escuela, pero declarada la Guerra Civil, creyó más conveniente orientar sus actividades por otros cauces y se marchó. Decisión propia de su temperamento juvenil, y cuya marcha todos lamentamos.

A medida que son redactados estos recuerdos acuden nuevos datos y fechas a la memoria, que van cotejando el escrito. Así pues, recuerdo el porqué fuimos entregados a las autoridades militares cuando la Guardia Civil de Badalona invadió *manu militare*, la escuela del Ateneo de Cultura Social de San Adrián de Besós. La fecha de estas detenciones está relacionada con la fracasada intentona de Estat Català, en octubre de 1934.

LA CARCEL

No vamos a detenernos en un relato detallado, ahora inoportuno, de lo ocurrido el 6 de octubre (20); puesto que no nos incumbían demasiado las diferencias que se ventilaban entre los gobiernos de la Generalidad y el de Madrid, ya que ganase quien ganase, la C.N.T. sería como siempre la gran perseguida. Estaban muy presentes en nosotros todas las afrentas y atropellos de los «escamots» de Badia, muy similares a los de los generales Martínez Anido y Arlegui contra nuestros más significados militantes, como en el caso de Rodolfo Pérez Escudero, del Sindicato de la Construcción, al que dejaron materialmente deshecho de una paliza, e incluso, al mismo *Marianet* (Mariano Rodríguez Vázquez), que se le pretendía aplicar la antigua Ley de Fugas, pero que no se llevó a ejecución el proyecto por la formal oposición del Presidente Companys. Todos quienes vivieron aquellos acontecimientos que cubrieron de ridículo a sus protagonistas, recordarán cómo Dencás, consejero del reciente Gobierno Autónomo de Cataluña, se paseaba por las ramblas de Barcelona, en coche descubierto y vistiendo un llamante uniforme nacionalista.

Por lo que afecta a Santa Coloma, relataremos, aunque sea a grandes rasgos, cómo se desarrolló en esta localidad tan «gloriosa gesta».

La militancia de la Casa del Pueblo seguía con cierta curiosidad, no exenta de inquietud, lo que el Estat Català preparaba, teniendo por dirigentes a hombres como Dencás, consejero de Gobernación; Badia, director jefe de la Policía; y Ayguadé, que oficiaba de eminenca gris.

Sabíamos que la noche anterior a la fecha del «golpe» habían sido entradas en el Ayuntamiento numerosas cajas conteniendo armamento y sospechábamos que éste podría ser empleado contra nosotros. Por tal motivo se ejerció una estrecha vigilancia sobre sus idas y venidas.

Sobre medianoche, en plena plaza del Ayuntamiento, algunos militantes de la Casa del Pueblo, les abordamos muy resueltamente para decirles:

—Si creéis que somos revolucionarios, entregadnos parte de esas armas y hagamos juntos la revolución. —Pero claro, la visión suya y la nuestra de los acontecimientos eran muy distintas.

Súbitamente se oyó un disparo y nos encontramos rodeados por un grupo armado en actitud tan nerviosa, que nos obligó a recomendarles que bajasen los cañones de sus armas por precaución de que se les disparasen a impulsos del miedo.

Con la vigilancia de unos y otros en el Ayuntamiento y los alrededores, transcurrió toda la noche. Al amanecer uno de los revoltosos nos dijo.

—Todo se ha perdido. Nos han engañado.

Pero no se había perdido todo, pues bien de mañana fuimos avisados por el concejal del Partido Federal, Ruperto Martínez, que las cajas de las armas habían sido abandonadas en el Ayuntamiento. La noticia no fue echada, como quien dice, en saco roto. Hacía las diez de la mañana algunos jóvenes de la Casa del Pueblo, penetraron en el interior del Ayuntamiento. En la gran sala se hallaban las cajas que el mismo alguacil les entregó; pero como la plaza estuviera llena de curiosos que comentaban en tono jocosos, la huida por las cloacas de Barcelona de los dirigentes del fallido intento, hacía sólo unas horas; un grupo de muchachas, desde la entrada del Ayuntamiento gritó: ¡¡LA F.A.I., A LAS ARMAS!!

En unos segundos la plaza quedó vacía. Las armas fueron trasladadas a unas viñas y, por la noche se efectuó su transporte a Barcelona. Puede afirmarse, con toda seguridad, que esas armas fueron unas de las que se opusieron en el 18 de julio de 1936, a la sublevación fascista.

A partir de la fecha en que sucedieron los acontecimientos de octubre, se acentuó la represión contra los militantes de la C.N.T. y la F.A.I. La casa donde habité, en la vieja calle del Lavadero, fue visitada frecuentemente por la policía, que buscaba lo que nunca hubo en mi hogar: armas. Lo que sí encontré una madrugada —cuando mi casa fue invadida por un pelotón de Guardias de Asalto— fue un documento, que a los ojos de los servidores del orden constituyó una prueba de mi peligrosidad, de acuerdo con la contextura moral del jefe de policía: se trataba del carnet del Centro Obrero de Mazarrón, del año 1910; por cuyo motivo, y ante la presencia de mis hijos de corta edad, mi esposa, mi madre y mi hermana, fui arrancado de mi hogar para ser conducido a Jefatura y de allí a la cárcel.

En honor a la verdad, estoy obligado a decir que en esta ocasión no fui maltratado de obra; pero sí vi echar desde los pasillos de los calabozos de la Jefatura de Policía, hasta el fondo de los mismos, a compañeros que no habían hecho sino trabajar toda su vida.

Los años 1934-1935 fueron de intensa represión contra los militantes del movimiento confederal y libertario. Entre las numerosas persecuciones efectuadas me correspondió la «suerte» de ser uno de tantos. Las detenciones se sucedían con tan sospechosa frecuencia, que en una de ellas, al ingresar en la cárcel fui llamado a la Dirección, para interrogarme.

—Sólo hace unos 15 días que salió Vd. de la cárcel y otra vez está Vd. aquí ¿qué ocurre?

—Pues, por los mismos motivos que estuve detenido la vez anterior lo estoy ahora. Y estas motivaciones pueden ser extendidas a todos los que estamos en la cárcel por pertenecer a la C.N.T. y a la F.A.I. Esta falta de delito, no ha sido obstáculo para que la policía haya hecho insertar en *La Vanguardia*, una nota completamente falsa, cargando sobre mí, robos, atracos y atentados que no he realizado jamás.

Hay que tener presente que la Cárcel Modelo de Barcelona se hallaba tan atestada de presos, que fueron habilitadas todas las grandes salas destinadas a talleres del Correccional, para almacenar los presos sociales del vapor «MANUEL ARNUS», cuyas húmedas bodegas habían ocasionado estragos en los más débiles y en los ancianos.

En estas condiciones llegaron al fatídico día 1 de junio de 1935. Bien de madrugada, se presentaron los oficiales llevando unas hojas de color verdoso. A medida que iban gritando los nombres, salíamos de la sala llevando cada uno su miserable ajuar: una manta y no pocos piojos, que allí se recogían en abundancia.

Conforme salíamos a los pasillos, antes de llegar al patio de la entrada, se nos iba esposando de dos en dos, haciéndonos subir a los autobuses que en número considerable iban llegando. Llenos todos los vehículos, el oficial que mandaba tan extraordinaria expedición se dirigió a sus subordinados en términos que querían ser ordenatorios.

—Aquí no hay contemplaciones. El primero que intente gritar o moverse, un tiro en la nuca.

Como movidos por un resorte, se oyó una carcajada salida de centenares de gargantas.

Un reloj cercano dio las campanadas: eran las cuatro de la madrugada. La expedición formada por unos 300 militantes, se puso en marcha hacia un destino desconocido. Conforme la conducción avanzaba por las calles hacia la carretera de Valencia, observamos las medidas de seguridad que el gobierno había tomado: en todos los cruces se veían piquetes de guardias civiles armados de ametraladoras. Sin embargo, para cada dos presos convenientemente esposados, habían dos parejas de guardias armados. Cuando se hizo de día —creo que estábamos en Castellón—, grupos de muchachas pretendieron acercarse a los vehículos llevando algo de comida.

Al llegar el convoy a Valencia, su comandante dio orden de que se dirigiera al penal de San Miguel de los Reyes. A su llegada, salió un señor de barba blanca y encarándose con el jefe de la conducción, dijo:

—Sin orden del Ministro de Justicia, aquí no entra ningún preso que no esté condenado.

Con natural regocijo oíamos la discusión que duró largo rato.

Por fin se resolvió el atasco conduciéndonos a la Cárcel de Valencia; donde, desde el primer momento, advertimos un trato muy diferente al de la Cárcel Modelo de Barcelona.

Cuando, al día siguiente, nos encontrábamos en el patio, comentamos esta anécdota ocurrida durante el trayecto.

Como los guardias, por motivos de seguridad, nos habían apretado las esposas de tal modo que a algunos presos les brotó sangre de las muñecas, un compañero catalán se dirigió al cabo exclamando.

—*Això em fa mal.* —Y le mostró las muñecas ensangrentadas.

El guardia, que debería ser gallego a juzgar por su acento, se dirigió al compañero que se quejaba, preguntándole:

—¿Qué es lo que dice?

Y *Marianet*, que iba en el asiento de enfrente, dijo, dirigiéndose al cabo:

—Todos no estamos obligados a conocer perfectamente el idioma de Cervantes.

¡Qué había dicho *Marianet*!

El cabo se volvió furioso preguntando:

—¿Quién es ese Cervantes? ¿Dónde está ese Cervantes?

Entre los 300 militantes que nos encontramos en la cárcel de Valencia, recordamos los nombres de muchos de ellos; bastantes, ya desaparecidos, devorados por la guerra civil: Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Aurelio Fernández, Manuel Muñoz, Mariano Rodríguez Vázquez y tantos otros. Sólo conocimos a dos comunistas que estaban en la oposición al partido: Jordi Arquer y Julián Gorkín.

En la cárcel nos enteramos de que en la parte inferior del boletín de expedición, en cada nombre, figuraba la advertencia siguiente: «No se ponga en libertad sin orden del Sr. Ministro de Gobernación». El ministro era Portela y Valladares (21).

Cuando hivano estos recuerdos, me viene a la memoria que durante la dolorosa estancia en las cárceles de Valencia, Barcelona y el penal de Burgos, con centenares de militantes de la C.N.T.-F.A.I., muchos de ellos enfermos, la Falange actuaba libremente preparando el golpe. Los insistentes rumores carcelarios de una posible deportación a Río de Oro, nos tenían los nervios en permanente estado de tensión. Un accidente desgraciado, que costó la vida a dos presos, contribuyó a poner los ánimos al rojo vivo.

Unos compañeros que habían acudido al médico de la cárcel con síntomas de estreñimiento, siéndoles recetadas unas purgas. Al día siguiente se presentaron en la farmacia y el ordenanza, en ausencia del oficial encargado de la misma, al buscar el medicamento se equivocó de botella y les dio un ácido corrosivo. Los dos que bebieron el líquido administrado, fallecieron víctimas de intensos dolores; otros tuvieron tiempo de escupir el ácido antes de tragarlo, sufriendo, sin embargo, graves quemaduras en la boca.

La noticia se extendió por Valencia como reguero de pólvora; siendo aún exagerada, con el aditamento de que los presos habían sido envenenados. Justamente ese día se hallaban en Valencia las compañeras de Durruti, Ascaso, Aurelio Fernández y la mía. Lo que vino a sembrar la alarma fue, la decisión de la Dirección de suspender aquel día las comunicaciones.

Si agregamos a este estado de cosas, que los más exaltados querían pegar fuego a la cárcel; que las autoridades habían colocado ametralladoras en todas las garitas de los ángulos del patio, y que los oficiales, visiblemente angustiados, nos instaban a que no se cometiese semejante locura; se comprenderá con ello, cuán cerca estábamos de la tragedia. Con Tomás Castellote, Antonio Ortiz y algunos que no recuerdo, insistimos a Durruti y Ascaso para que con su prestigio y autoridad moral influenciasen para evitar el drama.

El director aceptó una entrevista con los dos compañeros citados, asegurándonos que lo ocurrido había sido un accidente desgraciado y que el oficial responsable del descuido, recibiría una corrección de acuerdo con la falta.

Como circulaban rumores, bastante tiempo antes que se produjese, de un posible alzamiento militar-falangista, era considerado por todos nosotros como extremadamente peligrosa nuestra condición de presos. Nuestros temores se consiguieron hacer llegar al gobernador de Valencia, el cual dio su palabra de honor y bajo su total responsabilidad, que al menor indicio de golpe de estado, daría las órdenes oportunas para que se abriesen las puertas de la cárcel.

Después de unos meses de detención, sin que las familias fuesen avisadas de nuestro traslado, se nos puso en libertad por grupos, sirviéndose para ello, de un viejo barco, «EL CABAÑAL», que transportaba mercancías de Valencia a Barcelona. De Valencia nos llevamos todos, el recuerdo de la solidaridad de los compañeros campesinos valencianos, que diáramente nos obsequiaban con los ricos frutos de la huerta.

A la salida de la cárcel de Valencia me incorporé a la Escuela y supe, emocionado, que los compañeros se habían preocupado por mi familia con una ayuda constante. Y también supe, que la Escuela del Ateneo de Cultura Social de San Adrián de Besós, estuvo conside-

rada por los trabajadores como algo tan suyo, que cuando la Comisión organizaba festivales a beneficio de su obra, en el local del Cine Goya, fue siempre insuficiente para dar cabida al público que deseaba entrar.

EL 19 DE JULIO

Con la pesada carga de los recuerdos narrados, se aproximaba la trágica fecha de la sublevación militar-fascista: el 18 de julio de 1936.

No vamos a relatar los históricos acontecimientos a dimensión nacional —tampoco es ese nuestro objetivo— limitándonos a la intervención de la milicia de la Casa del Pueblo, desde el momento mismo en que circularon los primeros rumores de la sublevación. Como sucede en circunstancias graves, cada militante optó por realizar gestiones individuales de información, puesto que no era el momento de divagar, sino el de tomar las resoluciones oportunas que imponían los acontecimientos.

Mis recuerdos personales de aquellas horas decisivas, vienen en tropel a mi memoria. Salía de la escuela cuando empezaba a circular el rumor, impreciso aún, de la sublevación del general Franco en Marruecos. Produjo el rumor gran emoción, a pesar de verse ésta por todos los militantes de los partidos y organizaciones, pero nadie tanto y tan particularmente como para los de la C.N.T. y la F.A.I.

Sin haber comido apenas, me trasladé al Sindicato de Profesiones Liberales de Barcelona, instalado en la Plaza de Medinaceli. Sólo se encontraba en el local Alfonso Martínez Rizo, el cual se hallaba a menudo bajo la influencia del alcohol. Se extrañó de que todos los que llegaban se marchasen inmediatamente, induciéndole a sospechar que algo tenso ocurría.

El Comité Regional de la C.N.T. estaba instalado en el Pasaje del Reloj y allá me dirigí, acuciado por el presentimiento de que eran verdad los rumores de la sublevación. Llegué en el preciso momento que el secretario regional Mariano Rodríguez Vázquez (*Marianet*) se hallaba en conferencia telefónica con Madrid. Como hacia pocos meses que habíamos estado conviviendo en la cárcel de Valencia, se dirigió a mí, mientras abarcaba con su mirada a los numerosos compañeros que habían llegado de los pueblos y comarcas catalanas para obtener noticias, diciendo con su voz fuerte:

—Los fascistas, apoyados por los militares, se han sublevado. Ha llegado el momento de hacer frente a la situación con todas las consecuencias. Tendremos que jugar nos la vida en defensa de la libertad. En estas horas graves en que cae sobre todos el peso de la tragedia, que cada militante cumpla con su deber. Salud, compañeros.

Al salir teníamos la clara impresión de haber sido advertidos, de que íbamos a protagonizar una de las mayores crisis de nuestra historia.

Las primeras horas, puede decirse que fueron de un gran desconcierto; cada uno de los militantes de Santa Coloma tomó por decisión propia una iniciativa, resultando: que mientras unos estábamos en el Comité Regional de la C.N.T., otros, como Antonio Paredes y Desiderio González, se dirigieron al Gobierno Civil. Sin embargo, eso sí, con la decidida voluntad de hacer frente a la situación, cargando con la responsabilidad.

No era el momento propicio para las vacilaciones. Con toda urgencia, fue celebrada una reunión de militantes en la Casa del Pueblo y después de un estudio de la situación creada por el alzamiento, se acordó unánimemente, plantear el problema a todos los sectores que pudieran incluirse en la defensa contra la agresión reaccionaria.

Con este mandato nos dirigimos a Esquerria Republicana de Catalunya y reuniéndonos con los responsables del partido, fue planteada la intensa gravedad del momento con todos los detalles que se conocían.

Celestino Boada, en nombre de la Unión de Rabassaires, se manifestó inmediatamente dispuesto a intervenir contra los sublevados.

El concejal Navarro, de Esquerria Republicana de Catalunya, se adhirió al propósito de la constitución de un comité, que tendría por objetivo canalizar y materializar los elementos de lucha que la situación reclamaba imperativamente. Sin embargo, un miembro del Consejo de Esquerria Republicana, manifestó que él no quería dar a su esposa el disgusto de una ausencia prolongada. Con el sentir unánime se le contestó:

—Todos nosotros tenemos también esposa e hijos; pero lo que aquí se ventila es algo muy superior a los asuntos personales y familiares. Se trata de luchar por unas libertades y, si es preciso, con nuestra vida defender la de nuestras esposas y nuestros hijos.

Consultado el Centro Republicano Federal, nombró también un delegado para el organismo que representaría a todos los antifascistas de Santa Coloma.

La Casa del Pueblo convocó inmediatamente una reunión que fue ampliada a todos los militantes de Santa Coloma, incluyendo a los de las Casas Baratas, cuyos dos grupos pertenecían entonces y también durante la guerra, al municipio de Santa Coloma. Después

de un amplio debate, y puestos todos los antecedentes de la situación y gestiones realizadas, acerca de las partes que habían respondido para hacer frente a la gravedad del momento, fueron designados como representantes de la Organización colomense, los compañeros siguientes: Desiderio González, Antonio Paredes Candela, Miguel Ayuso y José Bernuero.

Con la premura que las circunstancias imponían, se reunieron todos los delegados del antifascismo de Santa Coloma y se procedió a su instalación en el Ayuntamiento, dejando cesantes a los concejales salidos de las elecciones recientes.

Sin duda esta decisión revolucionaria, lesionó intereses de partido y ambiciones personales, pero había que moverse rápidamente y sin dilaciones, porque los militares iban a poner en juego todos sus efectivos.

Para los militantes libertarios se desarrollarían situaciones imprevisibles y a menudo contradictorias con nuestras ideas; pero estudiada la realidad se llegó a la conclusión de que estábamos obligados a hacer frente a la misma, impregnando las actividades con el dinamismo que nos era propio.

El secretario del Ayuntamiento era considerado como hombre de confianza por Esquerria Republicana, Unión de Rabassaires y Centro Federal, por lo que se acordó que continuara en sus funciones, así como también los empleados que se manifestasen dispuestos a seguir prestando sus servicios a la nueva situación. Los Mozos de Escudra se agruparon también al lado de las fuerzas de izquierda.

Había que formar el nuevo equipo que administraría Santa Coloma en una situación que preveíamos de penuria, ocasionada por una guerra impuesta por el fascismo.

Pero ¿qué sabíamos nosotros de disposiciones municipales y otros legalismos? Sin embargo, allí estábamos. La primera determinación fue saber el estado de las finanzas del municipio. Comprobamos que en la caja no había un céntimo. ¡Vaya problema!

Seguidamente se distribuyeron los puestos a ocupar en el Comité Antifascista. No se formó ningún Comité Revolucionario, ni existió jamas. Por cierto, que hallándome ausente para realizar unas gestiones, se me atribuyó, nada menos que el cargo de Salud Pública. Cuando regresé, me esforcé en hacer comprender de que yo no era un Marat de la Revolución Francesa; se convino, al final, de que sería Sanidad e Higiene el nombramiento en cuestión. La Casa del Pueblo tuvo representantes en las siguientes secretarías del municipio: Abastecimientos, Defensa, Cultura, Sanidad e Higiene.

Antes de consolidar estas funciones administrativas, hubo que hacer frente del peligro que representaba la proximidad de los cuarteles de San Andrés; desde cuyas garitas era barrida por las ame-

tralladoras, la carretera y el puente del río Besós, disparadas por falangistas procedentes de Madrid.

Inquietos los muchachos de las Juventudes Libertarias de Santa Coloma, solicitaron un camión con el propósito de entrar en tromba en los cuarteles. Trabajo costó disuadirles de que aquello era una locura suicida, pues serían diezmados o aniquilados después de cruzar el puente. Insistían aun cuando fueron informados, que de común acuerdo, los grupos de San Andrés y Santa Coloma vigilaban los cuarteles para dar el asalto en el momento oportuno. Este momento llegó después que la aviación republicana hubo volado sobre los cuarteles. Por la noche, muchos jefes y oficiales empezaron la evacuación vestidos con monos azules; siendo detenidos al salir y a medida que se rendían eran entregados a las autoridades de Barcelona. Los falangistas madrileños también fueron detenidos y llevados a Santa Coloma, provisionalmente. (Para mayor información véase el libro *Paradigma de una Revolución*, de Abel Paz.)

Apenas hubo amanecido, cuando los grupos de San Andrés y Santa Coloma, en acción convergente, asaltaron los cuarteles, éstos habían sido, ya en gran parte, abandonados por la oficialidad; por cuyo motivo, los soldados, pronto hicieron causa común con el pueblo. Mejor dicho, con los grupos más audaces que penetraron en todas las dependencias. Los compañeros de San Andrés cargaron fusiles en camiones estacionados, sin caer en la cuenta de que no tenían cerrojo; menos mal de que éstos fueron hallados en sólidas cajas de madera. Uno de los soldados dijo conocer a los delegados de Falange venidos de Madrid, por lo cual se trasladó a Santa Coloma, reconociéndoles sin titubeos. Se trataba de dos hermanos, uno ingeniero y el otro, estudiante, que mandamos a Barcelona.

Aliviados de la pesadilla que constituía la amenaza de los cuarteles, había llegado el momento que debíamos ocuparnos de los servicios municipales, así como de estructurar la organización sindical, fortalecida al calor de la lucha. Ello, sin olvidar, claro está, el joramento de la Escuela de la Casa del Pueblo.

Para comprender más fácilmente la labor desarrollada en aquellos días, iremos relatando los acontecimientos desglosados en las diversas actividades.

En las primeras reuniones del Comité Antifascista fue estudiada la situación creada, conviniéndose en la necesidad de ocuparnos seriamente del problema de abastecimientos en los comercios y el Mercado. Frente a toda idea que pudiera desviarnos del objetivo, teníamos el deber de intervenir en la administración de la *cosa pública*, de hacer todo lo posible para que el pueblo pudiese comer.

En consecuencia, se hizo un recuento de la cantidad de sacas de harina de que disponía cada horno o panadería, así como del consumo diario de cada panadero. Se unían al depósito almacenado,

otras cantidades de harina que facilitaba la Generalitat, agregadas en forma proporcional para un reparto equitativo. Ayudó mucho a la realización de esta labor de justicia social, la naciente Colectividad de Panaderos, al frente de la cual estuvieron desde el principio, dos compañeros ya desaparecidos: Ignacio Riera y Francisco Berga. Las medidas tomadas inicialmente para controlar las reservas de harina, permitieron el abastecimiento de pan en Santa Coloma hasta los últimos días de la guerra.

Otro problema al que hubo que hacer frente con energía, fue la terminación de los asaltos a las tiendas de comestibles. Las multitudes confundían muchas veces LA revolución, con SU revolución. Es difícil hacerlas comprender, que las existencias de artículos de primera necesidad son bienes comunes y que si hubiesen que darse prioridades, debían ser los niños, los enfermos y los inválidos quienes las tuvieran.

Trabajo costó poner diques al desborde de pasiones y al «primero yo y después ya veremos». Es el egoísmo personal que se desmadra en los momentos más difíciles. Por encima de las dificultades que surgieron en aquellas horas sombrías, se exigía imperativamente de todos, serenidad de espíritu para organizar y regularizar la vida en sus más diversas necesidades.

Uno de los principales acuerdos del Comité Antifascista, fue en la medida de sus posibilidades, el evitar QUE EN SANTA COLOMA SE VERTIESE SANGRE. Podemos afirmar, que los pocos hechos ocurridos, raros en relación a la magnitud de los acontecimientos, fueron al margen de la voluntad del Comité. Pero vivíamos envueltos en un ambiente de tragedia, del que estallaban las pasiones contenidas. Los hombres que ocupaban las funciones administrativas, eran muchas veces impotentes para contener el desborde de los instintos, espoleados por la atmósfera cargada de la guerra, utilizándose innecesariamente unas armas para arrebatarse vidas.

Se requirió, de quienes pensaban que la revolución consistía en llevar sobre el hombro un fusil y dispararlo de tanto en tanto, que los entregasen para enviarlos al frente de lucha. Como no fue cumplimentada la demanda más que de un modo parcial, tuvo que ser insistentemente repetida, con el apoyo de los diferentes sectores antifascistas.

En tanto, Santa Coloma empezaba a ofrecer como contribución a la lucha antifascista, buena parte de sus militantes confederales, en una sangría que duraría toda la guerra. De nuestra organización salieron hombres como Gregorio Jover y Cortés, que vivía en el Fondo y que formó la Columna Ascaso, siendo después comandante de la 28 División Confederada y Teniente Coronel del 10º Cuerpo de Ejército. Exiliado, murió en Méjico.

Antonio Ortiz Ramírez, obrero de profesión ebanista, residente

en la Avenida Santa Rosa, que fue primero Comandante de la Columna que llevó su nombre y después, Jefe de la 25 División del Ejército Popular. Ha vivido exiliado en Venezuela.

Manuel Martínez, que vivía en el Fondo y trabajaba en Can Sala, fue Comisario de las fuerzas confederales del sector de Léera, pasando después a Jefe de la 117 Brigada, de la 25 División. Murió en la toma de la Ermita de Santa Quitéria.

En fin, de Santa Coloma salieron las fuerzas de la 1.ª y 2.ª expedición de voluntarios que se incorporaron mayoritariamente en la Columna Ortiz, que operó en el frente de Caspe, colaborando a tomar dicha población de los facciosos.

Siguiendo el relato local, diremos que otra de las situaciones a resolver, fue la de atender el tropel de personas que acudían al Ayuntamiento exponiendo reclamaciones, no ya difíciles, sino imposibles de ser solucionadas por la falta de medios. Sin embargo, aún dentro del cúmulo de estrecheces en que nos movíamos, pudimos dar de comer a los necesitados, que eran muchísimos, instalando un comedor popular en la sala del Cine Capitol.

Hay que añadir, que anterior al año 1936, Santa Coloma no disponía de estafeta de Correos; dependiendo de Badalona este indispensable servicio público. Fue, desde el principio de la guerra que empezó a funcionar.

Tampoco existía Consultorio Médico, ni Hospital; tan necesarios en aquellas circunstancias, ya que Barcelona dificultaba la admisión de enfermos procedentes de otras poblaciones. Hospital y Consultorio Médico fueron creados durante la guerra. Diremos cómo: Fue escogido el edificio de Can Roig i Torras, situado entre la Ciudadela Alta y la entonces calle del Mercado, denominada actualmente Rafael Casanova; dicha torre reunía unas condiciones muy aceptables como para instalar esos servicios de Sanidad, y como sabíamos que sólo era ocupada unos meses al año por su dueña, ésta fue llamada al Ayuntamiento donde se le planteó el asunto en estos términos: si cedía la torre para los servicios proyectados, podía llevarse todos los objetos de valor. Aunque fuese justificada su oposición, que comprendíamos perfectamente, la necesidad no dejaba otra alternativa, accediendo al fin a firmar el documento de cesión del edificio.

Allí fue instalado el Hospital y el Consultorio Médico, que fue dotado del material quirúrgico necesario para las curas de urgencia. Dídac Mlejimmolle fue encargado de la administración del Hospital. Otra suya fueron los motivos pintados en las habitaciones dedicadas a los niños. ¡Qué excelente hombre fue siempre Dídac y con qué honradez cumplió sus deberes!

Después de instalado el Hospital surgió otra dificultad: la torre sólo disponía de una puerta por la calle Ciudadela Alta, muy incómoda para los enfermos. La parte que da a la calle Rafael Casanova

estaba cerrada por un grueso muro. Por ahí se proyectó abrir una entrada para la ambulancia de la Cruz Roja. Pero según criterio del Secretario del Ayuntamiento, un artículo de la Ley Municipal prohibía que se realizasen tales obras. Prescindiendo de este dictamen, la brigada municipal provista de picos y palas resolvió el problema. El taller de cerrajería construyó las puertas de hierro que existen aún y por allí se abrió el camino, con un poco de pendiente para dar acceso a la torre. Pocos días después, en conversación con el doctor Manuel Badía y Dídac, se convino en solicitar al señor Ráfols que hiciese cesión a la Cruz Roja de una nueva ambulancia. El caso se solucionó de la forma siguiente.

Sería hacia los últimos meses del año 1937, cuando atormentados por el fragor de las cruentas luchas que se desarrollaban en los frentes de guerra, estudiamos la situación en que se hallaban los servicios sanitarios en Santa Coloma, con el doctor Manuel Badía y coincidimos en que era anormal que en aquellos momentos, la Cruz Roja no dispusiera de una ambulancia para atender una emergencia, es decir, los casos más urgentes.

Si la Cruz Roja, como institución, no podía disponer de la cantidad necesaria para la adquisición de la ambulancia, el Municipio tampoco. No recuerdo de quién salió la idea, feliz por sus resultados, de consultar al rico propietario Juan Ráfols, para exponerle el caso; indicándole que nadie como él podía distinguirse haciendo a la Cruz Roja el humanitario donativo: nada menos que una ambulancia para la Cruz Roja.

Justo es declarar que el encargado de tan altruista misión fue el doctor Manuel Badía, en razón de la similitud de sentimientos religiosos que profesaban ambos. Lo que es exacto es que la gestión dio tan buenos resultados, que unos meses después la Cruz Roja de Santa Coloma tuvo a disposición una ambulancia, que a todos nos pareció magnífica. En resumen, que un día, conducida por un miembro de la Cruz Roja, se nos presentó en la puerta del Ayuntamiento, la tan esperada como deseada ambulancia. ¡Qué alegría para todos! Al señor Ráfols le brillaban los ojos de satisfacción, y también al Sr. Badía.

Como se hicieran fotografías de la ambulancia, ambos señores me invitaron porfiadamente a argumentar que me pusiese junto a ellos, pero me negué rotundamente, argumentando que los méritos de la adquisición sólo a ellos dos correspondía.

Como anecdota a este breve relato, justo es consignar que el Sr. Ráfols me regaló, en méritos a mi intervención —decía— una *Historia Sagrada* en varios tomos, lujosamente encuadernados, que conservé más por la delicadeza que había tenido que por el interés que tuviese la obra para mí. De manera que cuando las gentes desaprensivas o fascistoideas, debieron forzar la puerta para asaltar la

casa en busca de las «fabulosas riquezas que nos habíamos incautado», aparte de los modestos muebles que disponíamos, hallaron solamente «de valor», como una paradoja de la vida, en la casa de un anarquista: una HISTORIA SAGRADA.

CONTINUA LA GUERRA CIVIL

Sería a finales del año 1936, cuando la Generalitat acordó estructurar los municipios, a base de representantes de los Comités Antifascistas. Fui propuesto por Máximo Llorca y Antonio Paredes para que aceptase el puesto de alcalde; la respuesta mía fue resueltamente negativa, argumentando que, a mi juicio la C.N.T. debía evitar, en lo posible, el desgaste de sus militantes en funciones tan comprometidas, en una población como Santa Coloma, en pleno desarrollo. No muy convencidos accedieron a mi renuncia.

Constituyóse pues el Ayuntamiento, pasando a ser concejales los miembros del Comité Antifascista, correspondiendo seis a la C.N.T. y por unanimidad, fue designado para alcalde, Celestino Boada, representante de los *rabassaires*, hombre probo si los hay y los hubo, de una honradez intachable y de sentimientos humanos valorizados por su conducta. Los llamados «nacionales» lo detuvieron y encarcelaron en la Modelo de Barcelona, siendo ejecutado con un sadismo muy suyo; puesto que lo sacaron tres veces para ser fusilado y lo devolvieron dos veces a la cárcel; después de haber sido testigo de cómo eran fusilados los «rojos» por los representantes de la *kultur* y la entonces aliada, iglesia católica (22).

La C.N.T. estuvo representada o fue titular de los departamentos municipales siguientes: Abastos, el más difícil, Antonio Paredes; Defensa, entonces muy necesaria, Desiderio González; Cultura, para el incremento de las escuelas, Miguel Ayuso y Cándido García; y Gobernación, Higiene y Sanidad, José Berrueto (23).

Así dejamos constituida la Administración, ocupándose ya cada uno de las funciones. Tiene actualmente un carácter anecdótico, el conocer que durante los primeros tiempos de la sublevación militar, a falta de otros medios de difusión, se estableció la costumbre de informar al pueblo, masivamente, reunido en la plaza del Ayuntamiento. Ello podía ser sobre el curso de las operaciones de guerra; de cómo el pueblo de Barcelona había respondido a la sublevación y el proletariado se había incautado de las industrias, y los trans-

portes abandonados por sus directores o propietarios y puestos en marcha productiva.

Volviendo al tema de la enseñanza, relataremos cómo se resolvió el problema de la Escuela de la Casa del Pueblo. Era evidente que el alzamiento fascista había precipitado, en la zona republicana, la desecada reestructuración de la sociedad; por cuya causa, y debido a las múltiples facetas de la revolución, los anarcosindicalistas no podían ocuparse de la Escuela con la atención necesaria. El decreto del 27 de julio de 1936 que promulgó Ventura i Gassol, Consejero de Enseñanza de la Generalitat de Cataluña, con la creación del C.E.N.U. (Consejo de la Escuela Nueva Unificada), vino a resolver de manera oportuna tan aguda cuestión.

El resultado fue que la Comisión de Escuela se incautó de la llamada Torre de Can Riús, próxima al Ayuntamiento. Después de los trabajos necesarios, tales como la instalación de waters y lavabos para las diferentes aulas según las edades de los niños, se ponía en marcha la Escuela con todos los honores propios a la función de enseñanza que iba a realizar. Esta vez la obra de NUESTRA ESCUELA superó a la de la Casa del Pueblo, que aunque en su momento el esfuerzo de los militantes convirtió en la mejor de Santa Coloma—sin desmerecer la excelente labor pedagógica que realizaron el matrimonio Sres. Manent—puesto que en la torre de Can Riús los niños disponían de todos los elementos necesarios, salas espaciosas y bien aireadas y el lugar de recreo indispensable: un jardín para los juegos y un estanque con peces de colores que los niños admiraban y respetaban.

Casi inmediata a la entrega que Italia y Alemania hicieron al general Franco de sus aparatos de aviación, los pilotos «nacionales» pudieron practicar su técnica precisa en matar seres inocentes, como fue el caso del bombardeo del mercado de Granollers y de la cava de la Torre de Can Riús; que en otros tiempos sirviera para la conservación de los vinos frescos y que fue utilizada para refugio de los niños, en las frecuentes incursiones aéreas con el fin de «castigar» y sembrar el pánico y la desesperación en la retaguardia «roja».

La organización confederal y libertaria (C.N.T.-F.A.I.) ocupó y incautó el Casal, situado en la esquina del paseo de Lorenzo Serra y la Avenida de Santa Coloma. Inmediatamente se reconstruyeron los sindicatos, organizándose los que no existían antes de la guerra. Así, pues, se reorganizó el Sindicato del Ramo de la Construcción, que procedió a la colectivización de la industria, siendo los más activos compañeros, Rico y Toscano.

Con los empleados de la Clínica Mental y los del Sanatorio—que por una de esas ingenuidades propias del momento, se le llamó de Maximo Gorki (24)—, se organizó el Sindicato de Sanidad e Higiene. Agrupándose también los trabajadores del Ramo de la Piel. Los fun-

cionarios municipales ingresaron voluntariamente en la C.N.T. y a ejemplo de Barcelona, organizaron el Sindicato correspondiente. Las mujeres y los hombres ocupados en las fábricas de tejidos figuraron en el Sindicato Fabril y Textil. Papel, cartón y similares tuvo su sindicato propio. Y los trabajadores jornaleros del campo, convirtieron la sección del Sindicato de Trabajadores en Sindicato de Campesinos. A consecuencia del aumento de escuelas que tuvo lugar en plena guerra, se constituyó el Sindicato de Maestros, del cual fui secretario.

Reunidas todas las juntas de los Sindicatos organizados o reorganizados, se nombró la Federación Local de cuyo comité actué también como secretario.

La Organización Confederal—me refiero a la de Santa Coloma—que ya había estado presente en todos los plenos celebrados antes de la guerra, singularmente en el celebrado en Badalona, en una fecha indeterminada del año 1931, al que asistí juntamente con Andrés Peláez, estuvo representada en todas las reuniones de tipo regional que tuvieron lugar en la casa C.N.T.-F.A.I. de Barcelona, durante la guerra. También estuvo representada en el Pleno Nacional Económico celebrado en Valencia en el año 1938, cuyas sesiones tuvieron lugar, algunos días, bajo el estruendo de los bombardeos, sin que jamás fuese suspendida ninguna de las reuniones. En este pleno tuve que asistir como delegado, acompañado de Roberto Alfonso, que trabajaba en la Clínica Mental en calidad de administrador.

Todos los sábados, hacia las ocho de la tarde, se reunían en la sala de la Biblioteca del local de Sindicatos, los militantes, las juntas sindicales, la federación local y los representantes del Municipio. En estas sesiones habían de estudiarse todos los problemas de orden sindical, colectivista y municipal, teniendo que ajustar la actuación de cada uno de los asistentes a las orientaciones que allí surgían, establecidas por el acuerdo.

Paralelamente a los sindicatos y con absoluta independencia actuaron las Juventudes Libertarias, que organizaron la Biblioteca, dieron charlas de orientación cultural y cursos de enseñanza gratuita a otros jóvenes, que ya por su edad no podían asistir a la escuela; también realizaban excursiones y giras camppestres, que tenían algunas veces carácter comarcal, reuniéndose entonces una enorme cantidad de gente joven. Las J.I.L. editaron un periódico impreso que dieron por nombre AURORA LIBRE. Recuerdo que se me pidió colaboración escrita y les envié un artículo titulado *La propaganda por la conducta*, en cuyo contexto argumentaba que los militantes hacen la labor más eficaz, si la conducta se ajusta a las palabras. El holocausto constante de jóvenes en el frente se llevó buena parte

de los redactores del periódico, el cual tuvo que suspenderse después del segundo número.

A la aparición de Solidaridad Internacional Antifascista (S.I.A.) en Santa Coloma, organismo que realizaba la recogida de paguertes para ser llevados al frente, paralelamente, los comunistas ofrecieron también su versión con el Socorro Rojo Internacional.

Pero la labor más meritoria y también más revolucionaria y constructiva, la realizó el Sindicato de Campesinos. De tiempo este sector del proletariado colomense, había tenido su correspondiente sección en el Sindicato Unico de Trabajadores; sección integrada únicamente por jornaleros que muy pensosamente ganaban apenas para mal vivir. Desde mucho antes de la proclamación de la República, quien más se destacó por su constancia y seriedad fue el compañero Peix. Era Peix, un obrero excelente, conocedor de las labores agrícolas y su falta de instrucción la suplía con una voluntad inagotable.

Producido el alzamiento fascista no era cuestión de dejar abandonados a nuestros compañeros campesinos. Así fue planteada con toda claridad a la Unión de Rabassaires, que si bien en Santa Coloma no parecía oportuno proceder a dislocadas expropiaciones, tampoco considerábamos lícito que los trabajadores del campo, no aprovecharasen la ocasión de redimirse del salario eventual; a cuyas consecuencias irritantes, por injustas, en el orden social y humano, habían estado sometidos siempre.

Los que conocen, siquiera sea superficialmente, la psicología del *rabassaire* saben cuán diferente es el campo catalán del resto de España. El payés-rabassaire es, en términos generales, un esclavo de la tierra que cultiva sometido a contrato con el propietario; esta especie de proletario-patrón, trabaja desde el amanecer hasta bien entrada la noche, teniendo como único descanso la hora de la misa del domingo, a la que concurre más por costumbre que por devoción.

La C.N.T. estaba obligada a reconocer, teniéndolo muy en cuenta, que la Unión de Rabassaires se puso desde el principio al lado del pueblo contra la sublevación fascista. Y que su presidente, Celestino Boada, había sido designado alcalde con los votos de la organización libertaria. Pero considerábase reñido con las circunstancias, que nuestros compañeros los trabajadores de la tierra, continuasen siendo los eternos jornaleros.

En tales condiciones, reunidos con la Unión de Rabassaires, se convino en entregar al Sindicato de Campesinos de la C.N.T., unos campos incultos situados a orillas del Besós, frente al Molinet, en el sitio que conocíamos por Las Carolinas.

Los mismos compañeros campesinos nos indicaron que en Santa Coloma vivía un tal Vicente Barberá (25), que creían muy capacitado para orientar y dirigir la proyectada colectividad agrícola. Fue

consultado por la organización y con su asentamiento se le encargó de supervisar los terrenos propuestos e informar del resultado, allá se fueron nuestros compañeros llenos de gozo y animados por el deseo de poner manos a la obra. Con tanto fervor trabajaron, que pocos meses después los terrenos yermos habían sido transformados en un vergel.

Ya el Sindicato de Campesinos se había convertido en Colectividad Agrícola, donde cada uno trabajaba en bien de la comunidad. Se habían terminado los jornaleros eventuales y como consecuencia la explotación del hombre por otro hombre, injusticia aberrante que se ha perpetuado al correr de los siglos. Ahora ellos, los campesinos administraban la producción, dirigían la técnica del laboreo de las tierras y la selección de las semillas.

Ignoramos lo que habrá sido del animoso compañero Peix, un hombre tan honrado y tan responsable. Cuando estuvimos en Santa Coloma, en mayo y junio de 1976, supimos por su esposa que Vicente Barberá había fallecido en la cárcel de Totana (Murcia). Commune e indigna pensar, cuánto debió sufrir hasta llegar a aquella cárcel situada sobre un montículo, con las celdas vacías, sin camas, lavabos ni retretes. Desde estas páginas dedicamos nuestro recuerdo emocionado al compañero Barberá, uno de tantos que sufrieron torturas hasta la llegada de la muerte liberadora, por el hecho de haber trabajado para redimir a sus semejantes de la tiranía del salario.

El trabajo colectivo sin la mirada inquisitiva del patrono o el capataz, con frecuencia más déspota que el mismo amo, produjeron resultados alentadores y hasta sorprendentes. Tanto fue así, que a los pocos meses de cultivo de unas tierras improductivas, el Sindicato de Campesinos de la C.N.T. aportaba más mercancías al *Mercat* que la suma de todos los *rabassaires*, pues la mayoría de éstos prefería vender sus productos por el sistema lucrativo de «detrás de la puerta», que llevarlos al *Mercat* para que pudiesen ser adquiridos a precios razonables.

Afirmamos, en honor a nuestros compañeros campesinos, que fueron ellos quienes salvaron la ruinosa situación económica de la caja del Municipio en plena guerra civil. Y fue posible hacer éste, llamémosle milagro, porque de acuerdo con Vicente Barberá se convino en imponer una sobretasa de cinco céntimos por kilo de mercancía. Se razonaba, que en aquellas circunstancias de penuria, igual se venderían las patatas a 35 céntimos que a 40. La iniciativa dio tan excelentes resultados, que pocos meses después fue posible aumentar los sueldos a los empleados municipales, muy mal pagados en aquellos momentos.

GESTION MUNICIPAL

Durante las semanas que Celestino Boada estuvo ausente por su viaje a Rusia, como delegado de la Unión de Rabassaires, fui designado para ocupar su puesto como alcalde provisional; lo que me sirvió de experiencia para comprender la gran responsabilidad de quien había estado ocupando el cargo. Doblemente, para quienes en circunstancias tales, confederales y libertarios, ocupábamos cargos de administración pública, era algo nuevo y además insólito. Este razonamiento me inducía a repetir constantemente a los compañeros, que tuviesen presente, que en razón de nuestras ideas todos los ojos de Santa Coloma estarían fijos en nosotros, y que debíamos ser fieles a nuestras prédicas.

Unos meses después del regreso de Rusia de Celestino Boada, fue movilizada su quinta y tuvo que partir. Reunida la Federación Local de la C.N.T., se me propuso nuevamente para que aceptase la alcaldía. Me resistí cuanto me fue posible, pero ante la presión de los compañeros tuve que aceptar, no porque fuese convencido, sino porque fui vencido.

Para mí el cargo de alcalde me resultaba extremadamente pesado. Las escuelas habían sido abiertas, con el doble propósito de la enseñanza y de apartar a los niños de la influencia corruptiva de la calle. Aproximadamente a mediados de agosto de 1936 me había incorporado a mi trabajo de maestro en la escuela de Pla de Besós (denominación laica de San Adrián durante la guerra), siempre continué haciendo a pie el trayecto de Santa Coloma a San Adrián y viceversa, de manera que apenas disponía de tiempo para comer.

Cuando llegaba a Santa Coloma, era forzado el atender a las numerosas personas que solicitaban de unos servicios municipales, que por falta de medios en la anómala situación creada por la guerra, eran imposible de otorgar. Cabe decir que las reclamaciones no eran siempre expuestas razonablemente, sino con harta frecuencia, en tonos intempestivos. Citaremos un ejemplo de entre los muchos que dificultaron la gestión municipal: Impulsados por la corriente

revolucionaria que había precipitado la sublevación franquista, varios municipios procedieron a la municipalización de la vivienda.

Personalmente opiné que semejante medida aplicada a Santa Coloma podía ser ruinosa, o por lo mismo, imposible de aplicar debido al deplorable estado de la economía del municipio. Expuse y defendí esta tesis en reuniones de militantes de la C.N.T.-F.A.I. y después, ante todos los representantes del antifascismo que integraban el Consejo Municipal; sin embargo, se llevó a cabo. A los pocos días de haberse tomado esta medida, los propietarios de las viviendas debieron sentirse satisfechos de nuestros apuros, pues como nadie pagaba los alquileres, el Municipio cargaba con una tremenda responsabilidad. Tampoco el Municipio percibió dinero alguno, pero en cambio llovían las reclamaciones sobre el estado de las viviendas; todos pedían que se les pusiesen los cristales de las ventanas que hacía tiempo no existían, que se reparasen las cañerías conductoras de agua, que se pintasen las habitaciones y las fachadas. Y cuando se les respondía, que si no satisfacían los alquileres, el Municipio no podía pagar a los empleados de la brigada, la respuesta era el escándalo y hasta el insulto. Fue necesario armarse de una gran paciencia para hacer comprender, sobre todo a las mujeres, que la revolución que se pretendía hacer requería la colaboración y la ayuda de todos. Y como a partir de 1937 la aviación italo-alemana intensificó los bombardeos, todos pedían que se construyesen refugios. En el casco de Santa Coloma fue relativamente fácil la perforación de galerías, sobre todo en las proximidades de las escuelas; pero en las Casas Baratas, asentadas sobre un suelo de arena y gravas dejadas por el río, después de realizado un estudio por el arquitecto Sr. Alemán, se llegó a la conclusión de que únicamente frente al Molinet, casi debajo del Sanatorio, el terreno era suficientemente sólido para poder perforarse una galería. A causa del alejamiento de la barriada al lugar escogido, surgió una bronca de proporciones considerables lanzándose improperios contra «los ladrones del Ayuntamiento». Sospechando que tales manifestaciones de protesta podrían estar incitadas por la «quinta columna», fueron convocados delegados de los dos grupos de Casas Baratas a los que se insistió en hacerles comprender lo infundado de sus violentas reacciones, máxime si se tiene presente que el Municipio se había ocupado, sin discriminación alguna, de la limpieza, sanidad e higiene de todas las barriadas, sin tener en cuenta su posición geográfica. Nada se obtuvo, pues a medida que las delegaciones exponían la situación, eran deautorizadas por el vecindario furioso y encolerizado. ¡La muchedumbre no razonaba, se movía a impulsos de los instintos!

Pero la tormenta estalló cuando el Municipio, con el asentimiento de todos los sectores representativos acordó, una vez al mes, poner en circulación un sello pro-refugios por valor de cinco pesetas. De

esta manera, se creyó ingenuamente que el vecindario contribuiría a sufragar las cargas municipales y a la construcción de refugios. Pero los fascistas encubiertos, aprovecharon el descontento y la irreflexión de las multitudes para provocar una escandalosa manifestación en la plaza del Ayuntamiento.

Ignoro quien comunicó al Gobierno Civil de Barcelona lo que sucedía en Santa Coloma, y como es corriente en estos casos, se ofreció al Ayuntamiento el envío de una compañía de Guardias de Asalto, con el propósito de restablecer el orden. Unánimemente fue rechazada la oferta por el Consistorio, manifestando a las autoridades provinciales que el Ayuntamiento, contando con la solidaridad de todos los sectores que lo componían, se consideraba capaz de resolver el conflicto y dominar la situación pacíficamente. En estas condiciones se exigió la presencia en Barcelona del alcalde y el secretario. Y como frente al gobernador manifestamos el mismo sentido negativo al empleo de la fuerza, regresamos ambos a Santa Coloma animados por esta decidida resolución. La plaza del Ayuntamiento, continuaba invadida cuando descendimos del auto. Se apartaron las mujeres para dejarnos paso y lanzaron algunos insultos, propios del imperante estado de ánimo, al secretario Sr. Felipe Salvador, que no merecía ni mucho menos, pues era un hombre muy honesto. En cuanto a mí no oí ninguna palabra ofensiva.

Cuando penetramos en la Secretaría hallamos, como era natural, contrariados y preocupados a todos por el cariz violento de la algarada y sus posibles consecuencias.

Quienes habían intentado dirigir la palabra a la muchedumbre encolerizada habían sido rechazados a gritos y denuestos.

Se me propuso que les hablase desde el balcón, que tantas veces había sido utilizado como tribuna, pero me negué al igual que lo habían hecho los otros.

—Bueno, pues en estas condiciones, ¿qué podemos hacer? —dijo alguien.

Pues cerrar todas las ventanas y puertas y dejar a las mujeres que griten hasta que se cansen. —Apunté yo mismo.

Pero inmediatamente, sospechando que se explotaba el desconcerto con fines partidistas y azuzaba a las mujeres, salí con Antonio Paredes y hallamos a dos «ciudadanos» afiliados al Partido Radical de Lerroux, entre unas mujeres, dedicados a una solapada e innoble labor. En términos enérgicos fueron invitadas a que se marchasen y dejasen sin intromisiones manifestarse a las mujeres. Al fin, cansadas de proférer gritos insultantes fueron retirándose. De manera que al poco tiempo la plaza había quedado despejada, como si nada hubiese ocurrido.

En los momentos que tan grave dramatismo había ocasionado la guerra, se imponía con necesidad indiscutible la obligación de vigilar

que la retaguardia no cooperase inconscientemente con los enemigos infiltrados, que utilizaban la libertad para actividades subterráneas y fomentar sus conflictos mezquinos.

La verdad es que todos los sectores del Comité Antifascista y del Municipio, estaban alarmados. En consecuencia también en la C.N.T.; pero los militantes de ésta se sentían dispuestos a hallar una solución compatible con nuestros principios, es decir, al margen de toda intervención de fuerza.

Con estas premisas, se reunió a los militantes anarcosindicalistas en la Federación Local, que propusieron convocar a todo el pueblo a una asamblea en el Cine Capitol; para exponer, con toda claridad, que el acuerdo en litigio, de distribuir un sello mensual de cinco pesetas había sido obra nuestra, asumiendo con ello toda la responsabilidad de las consecuencias que pudiesen surgir.

El Cine Capitol resultó pequeño para dar cabida al público deseoso de saber qué solución daba la C.N.T. al conflicto, sin el recurso de la fuerza ni el empleo de medidas draconianas para mantener el orden. Presidió la asamblea el compañero Ernesto Herrero (26), buen orador y excelente militante libertario, el cual expuso con palabras sencillas y llanas las motivaciones de la convocatoria de la asamblea. No se mordió la lengua el compañero Herrero para afejar la conducta de quienes inducían a las mujeres a tales manifestaciones.

Inmediatamente cedió la palabra al Secretario de la Federación Local. Expuso la génesis del conflicto con toda la franqueza, apostrofando vehementemente a quienes se manifestaban dando gritos, diciéndoles, además, que en las Casas Baratas habían fracasado todos los intentos de que estuviesen representados los dos grupos en las labores municipales, por la imposibilidad de hallar unos delegados responsables. Entonces, cuando se les proponía que pagasen cinco pesetas mensuales para atender a sus necesidades de higiene y defensa contra los bombardeos, se manifestaban tumultuosamente. De modo, que mientras sus esposos y sus hijos luchaban en los frentes de batalla para defender la libertad de todos, ellos, en la retaguardia, servían los planes de la «quinta columna».

Paralelamente a esta asamblea y desde el momento de su celebración, el compañero Desiderio González, en calidad de Consejero de Defensa, avisó a los grupos de la misma que estuviesen preparados para cualquier eventualidad.

Pero las masas son así, prefieren el lenguaje claro y la conducta recta, al subterfugio artificioso; al día siguiente las mujeres más exaltadas, las que más vociferaban lanzando improperios, eran las primeras en pagar, en las taquillas preparadas al efecto, el sello de cinco pesetas.

Habíamos aprendido durante la guerra civil —que dicho sea de

paso, perdimos todos— que el valor de los municipios reside en que, quienes lo componen, actúen impulsados por el deseo de hacer bien a sus semejantes. Aunque el relato de este informe esté dedicado preferentemente a la actuación tan criticada y falseada, pero a la vez tan honesta, de la contribución tan revolucionaria del movimiento libertario en la guerra, declaramos de todas formas, que la obra social y pedagógica realizada correspondió, en mérito, a todos los sectores antifascistas que colaboraron honradamente en la lucha por la libertad.

Hemos comentado ya en otro momento, cómo se hallaba la situación económica en el municipio en julio de 1936 y añadiremos ahora, que la guerra cerró herméticamente las espitas de los ingresos. En consecuencia, se presentaba en extremo difícil, el estudio y la confección de un presupuesto de gastos e ingresos. Aun más, a medida que los frentes de guerra de Andalucía y el Norte eran perdidos para la República, la situación se agravaba con la afluencia de refugiados de todas las edades, especialmente mujeres, enfermos y niños. Un deber de solidaridad humana, sin jamás preguntar a nadie cómo pensaba, ni cuáles eran sus ideas políticas y sociales, impela a la organización de los servicios municipales para atender, encauzar y colocar convenientemente a los refugiados. Como el compañero Tomás Pérez era el responsable de los cuarteles de San Andrés, barriada en la que actuaba eficazmente, fue posible colocar en trabajos propios de la preparación de cartuchería a las mujeres útiles, cuyos hombres luchaban en el frente.

En la planta baja del edificio que ocupaban los Sindicatos de la C.N.T. se instaló un comedero, que era atendido en su abastecimiento por Antonio Paredes, responsable de ese sector municipal.

Siguiendo en la colocación de hitos en la obra social, en un contexto de honda tragedia, se obtuvo de los cuáqueros (27), que Santa Coloma y San Adrián fuesen considerados como parte integrante de Barcelona, a fin de que los niños recibiesen las raciones de pan suplementarias, que la mencionada secta distribuía, a razón de 250 gramos por cada niño, tres veces por semana.

Era entonces director del MERCAT, Dídac Mieljimolle y conociendo su honestidad, se le reservó el puesto de Asistencia Social, y a Antonio Paredes el de abastecerlo. No ignorábamos que entre los beneficiarios de este servicio, habría algunos que abusarían, impedidos por la escasez de comestibles o por egotismos personales; pero era inevitable. De todos modos, para obtener las raciones de leche condensada, azúcar, harina y aceite, hacía falta la presentación de la receta de un médico, y desde luego, abonando su importe.

Como Juan Comorera era Consejero de Abastos de la Generalitat y sus disciplinados agentes, reclutados en el P.S.U.C., no les parecía bien que los militantes libertarios llevasen a cabo semejante obra

social; nos fue requisada alguna que otra vez, la camioneta que abastecía el Sanatorio, la Clínica Mental, el Hospital o el Mercat. Costándonos activas gestiones y acres discusiones para que nos fuese devuelta.

Durante cuarenta años se había difundido que los hombres del lado «rojo» éramos todos bandidos y asesinos, sin que, en este disfrute unilateral nadie hubiese podido proclamar la verdad de los hechos. Agregaré unos casos que hacen referencia a Santa Coloma, de los que obligadamente fui testigo y que desmienten la propaganda franquista.

Desde los primeros días de la sublevación, el Comité de Defensa Confederat se instaló en la Torre Sagarra (conocida hoy por Torre Balldovina), encargándose Desiderio González de la organización y responsabilidad de las llamadas Milicias Antifascistas; siendo misión obligada de éstas, la recogida de armas para enviarlas al frente. Naturalmente, también les correspondió la vigilancia de quienes eran sospechosos, y no sin justa razón, de servir la causa de los sublevados. De esta forma, un día detuvieron a un hombre joven, fornido y rebotante de salud. Se trataba de un fraile que iba a Mataró en «misión de servicio».

Avisadas las autoridades de Barcelona, éstas requirieron la entrega del detenido para las verificaciones de rigor. Y cuando al día siguiente le fue notificada la reclamación, a pesar de no haber sido maltratado en forma alguna, exclamó:

—Sé lo que me espera. He jugado y he perdido; pero si hubiésemos ganado, de todos ustedes no dejamos ni un tanto así—dijo, al tiempo que con la mano derecha señalaba una diminuta parte del dedo índice de la izquierda.

Pasaron unos meses, muy pocos, y al entrar un día en el despacho de la Alcaldía, el secretario me llamó aparte para decirme en voz baja:

—Los muchachos de las Juventudes han detenido al cura de la calle Prat de la Riba. En este momento está en la Sala de Sesiones esperando su decisión.

Ignoraba que en la citada calle habitara un cura, por lo que es obvio decir que no lo conocía. Al penetrar en la sala me hallé frente a un anciano de una edad aproximada a los 65 años, vestido con una bata para mejor disimular su identidad de eclesiástico.

—*Mateu-me! Mateu-me!*—decía, al tiempo que se retorcia los dedos de las manos.

Después de unas consultas con los demás compañeros, se me encomendó que me hiciese cargo del detenido. Se le preparó cena de la Fonda Coronel, pero no comió. Se le sirvieron unas copitas de coñac, que bebió algo más tranquilo. Y entonces entablé conversación con él para infundirle confianza; pero apenas si lo lograba, aunque su

aspecto pareciese más sosegado. En su presencia, y para evitir todo recelo, dije al conserje, señor Cervera:

—Es usted responsable, personalmente, de la vida de este señor. La llave del calabozo me la llevo y aquí no entra absolutamente nadie. Quede bien entendido.

Aquel día era sábado, y a la mañana siguiente encargóse al chófer Salvador que tuviese preparado el auto a primera hora, en la puerta del Ayuntamiento.

Trabajo costó convencer al detenido de las intenciones pacíficas que me animaban. En manera alguna se decidía a subir al coche, y ya sentados ambos en el asiento trasero, sólo se sintió conñado y tranquilo, cuando el auto bifurcó hacia la carretera del Sanatorio. Allí quedó prestando servicios de enfermero hasta quien sabe cuando. Tampoco me interesó saberlo.

Aunque el franco-falangismo colomense, siguiendo fielmente el ritmo de música difamadora de sus cofrades de la Castilla Imperial, nos llamó «rojos asesinos», estaban bien errados. Esta propaganda hizo tantos adeptos en Santa Coloma, que cuando estuvimos por vez primera desde enero de 1939, en los meses de mayo y junio de 1976, algunos que conocimos siendo muy jóvenes, rehúan nuestro contacto temerosos, ¡pobres gentes!, de que fuesen tildados de «rojismo».

¡Cuántas veces se nos ha llamado ladrones! Sin embargo, bueno será explicar hasta qué medida alcanzaban nuestros escrúpulos.

Durante la guerra, cada municipio pagaba para los milicianos de su localidad que se hallaban en el frente, el sueldo mensual, que en la retaguardia cobraban las esposas de los casados. A mediados del año 1938, en plena batalla del Ebro, la Generalitat solicitó nuevamente fondos para proseguir la lucha. Del pago de las Milicias había sobrante en el Ayuntamiento, la entonces respetable cantidad de 150.000 pesetas. Sólo el secretario y el alcalde conocíamos la existencia de ese dinero, en monedas de cinco pesetas guardadas en dos saquitos de lona. En mutuo acuerdo, decidimos la entrega inmediata del dinero a la Generalitat.

Citaremos otro ejemplo:

El primer mes que ejercí las funciones de alcalde, el secretario me presentó la nómina para firmar y percibir la cantidad correspondiente a los gastos de representación. Firmada la nómina, y sin poner mucho cuidado en la cantidad a percibir, la devolví rogándole que en lo sucesivo la pasase todos los meses al Montepío de los empleados municipales.

Unos meses después nos hallábamos todos en el campo de concentración de Bram, sin que ninguno dispusiese lo necesario para escribir a sus familiares esparcidos en el territorio francés.

LOS SUCESOS DE MAYO

Nos queda algo aún por añadir a lo relacionado con los hechos de mayo de 1937.

Lo relatado hasta ahora ha sido partiendo de un contexto histórico irrefutable y con el propósito de dejar constancia de cómo la militancia confederal se comportó en aquellas circunstancias. Basará decir, que continuando su trayectoria histórica de oposición a la injusticia social, enfocó sus actividades por encima de los partidismos mezquinos. No todos los sectores comprometidos en la lucha por la libertad del pueblo español, actuaron con idéntica conducta. De manera singular, el Partido Comunista que estuvo ausente los primeros días de enfrentamiento con los militares sublevados, una vez vencidos éstos en Barcelona, se empleó a una labor proselitista desposeída de los escrúpulos más elementales; extendiendo carnets a conocidos elementos reaccionarios con el solo objeto de hinchar sus filas. Tampoco es un secreto para nadie que Stalin había encargado a SU consulado ruso en Barcelona, como objetivo principalísimo, el destruir al Movimiento Libertario de Cataluña, a lo que se opuso el consúl Wladimir Antonov Ovsenko, razonando que la amigulación del Movimiento Libertario era tanto como anular la Cataluña obrera (28).

Toda la estrategia del Partido Comunista estuvo fundamentada, y posiblemente lo está aún en lo que se refiere a España, en aquella orden de aplastar, como ya lo había hecho en Rusia, el Movimiento representado en nuestro país por la C.N.T. - F.A.I. y J.I.L.

Estas fueron las raíces de la tragedia de mayo de 1937 (29). Es decir, cuando apenas había transcurrido un año en que el Presidente Companys había declarado públicamente que el Poder pertenecía a los libertarios, por haber derrotado a los sublevados en su intento de imponernos un régimen fascista...

Pero centremos el relato de las repercusiones que estos acontecimientos tuvieron en Santa Coloma.

Se oían perfectamente desde nuestra localidad los disparos de los fusiles y el traqueteo de las ametralladoras, que se producían en

las calles y barridas de Barcelona; lo que ocasionaba la inquietud consiguiente en los militantes sinceros del antifranquismo colomense. Por esta causa iba todos los días con Antonio Paredes, después de cumplir nuestras ocupaciones, al Comité Regional para recibir información. Más de una vez, a la salida de la Regional, habíamos sufrido agresiones de disparos desde la Jefatura de Policía.

De esta forma manteníamos a la militancia al corriente de los sucesos, cada vez más intranquila por el cariz que tomaban los hechos en la ciudad. En una de estas reuniones, alguien señaló que en Santa Coloma había elementos del Partido, dispuestos a que los acontecimientos de Barcelona se extendieran a nuestra población. También lo había constatado así el Sr. Felipe Salvador, secretario del Ayuntamiento. Coincidentes los criterios expuestos, se imponía con urgencia un contacto de todo el antifranquismo colomense para que quedase bien precisada la posición de cada uno.

Como la situación no era propicia a divagaciones, la Federación Local decidió las indispensables medidas de rigor. En consecuencia, todas las entradas del local, así como las ventanas y balcones, fueron puestas en estado de defensa.

Tomadas estas medidas de seguridad, el Ayuntamiento publicó un Bando, firmado por el secretario y el alcalde, en el que se decía al pueblo:

«El Ayuntamiento, con el ejemplo que ofrece, pide a la población que conserve su calma y serenidad, haciendo todo lo posible para que los acontecimientos de Barcelona no extiendan sus dolorosas repercusiones a Santa Coloma.»

Después de colocado el Bando nos reunimos todos los sectores del Comité Antifascista. Huelga decir que otra vez me correspondió la delicada misión de presidir el acto. Como conocía perfectamente quienes pretendían extender la violencia en Santa Coloma, me dirigí directamente a ellos para decirles.

—De los sucesos de Barcelona nos alcanza el eco en Santa Coloma, situación bien triste y preocupante, de cuyos efectos se alegrarán los enemigos de la República. Hemos consultado a todos los sectores del antifascismo y llegado a la conclusión de que hay también en esta localidad algunos irresponsables que, posiblemente, siguiendo consignas recibidas, desean que los enfrentamientos que tanto deploramos, se extiendan hasta nosotros con sus desastrosas consecuencias. Creemos que por estar todos reunidos en esta sala, debemos ser claros. Y si los que, por motivos que se nos escapan, tuviesen alguna iniciativa en este sentido, que tengan la suficiente franqueza para exponerlo. Sin embargo —proseguimos—, como lo que está sucediendo en Barcelona y otros pueblos de Cataluña, no es más que un episodio de la lucha de cierto sector bien conocido

contra la C.N.T. - F.A.I., a fuer de sinceros declaramos: que los militantes libertarios hemos tomado las medidas oportunas, y que, para penetrar en nuestros locales, no será posible hacerlo sin dejar alguna víctima en la acera.

Todos callaron. Ni un murmullo de desaprobación se oyó en la sala. Y en silencio la gente fue retirándose de la reunión.

Sin embargo, como la Radio continuase su labor de confusiónismo en sus emisiones —y como el alcalde tenía la responsabilidad del orden público— de acuerdo con los militantes y también con el secretario del Ayuntamiento, se tomaron estas precauciones:

Desconectar la radio, cuyos altavoces continuaban difundiendo las consignas del P.S.U.C. desde la Generalitat.

Conectar todos los teléfonos interiores al despacho de la Alcaldía, para que nadie pudiese transmitir a Barcelona informaciones tendenciosas.

Y nos encerramos sin salir de la Alcaldía, si no era para necesidades urgentes, hasta que los ánimos se hubiesen serenado, siquiera fuera aparentemente.

INTRIGAS

Siempre nos produjo sospechas que los maestros de las Escuelas Racionalistas de Badalona, Santa Coloma y San Andrés no fuesen molestados por la policía y que en San Adrián lo fuésemos con tanta frecuencia. Pensábamos que habiendo en esta última localidad un grupo escolar, que disponía de local magnífico, regido por religiosos y que éstos observasen cómo la matrícula de alumnos disminuía, a medida que aumentaba la de la Escuela de los trabajadores, obedeciese a intrigas clericales las persecuciones de que éramos objeto. Conviene agregar a lo expuesto, que la escuela regida por los hermanos maristas, no fue molestada durante el periodo republicano.

Sin embargo, casi inmediatamente después del alzamiento en que fue creado el Consejo de la Escuela Nueva Unificada, este organismo dirigió a los municipios una circular, instándoles a que cada uno realizase las propias sugerencias para establecer un plan coherente de enseñanza pública en Cataluña; enseñanza que, se proponía, fuese lo más moderna posible.

A tenor de dichas directrices, el señor Mateo, alcalde de San Adrián de Besós, invitó a todas las escuelas a que enviasen un representante autorizado a la reunión que se celebraría en la Alcaldía.

Como ya se ha dicho, la Escuela Racionalista del Ateneo de Cultura Social, Grupo Escolar «Floreal», había sido instalada con todo el material moderno (mesitas y sillas individuales, en lugar de pupitres; mapas, libros de texto, etc.) en el edificio conocido por El Polydor, justamente donde se hallaba situado recientemente el Ayuntamiento. En la planta baja del edificio estaba instalado el Sindicato de Campesinos con su colectividad. Los militantes juzgaron pues, conveniente, no ponerlo a la disposición del C.E.N.U., pero las relaciones con el municipio las sostenían, en su nombre, los consejeros confederales, siendo el de Cultura un compañero llamado Pere. Asistimos, pues, a la reunión la maestra doña Carmen, Santiago Farràs por la Comisión de Cultura, y naturalmente, el autor de estas líneas.

Abierta la sesión por el alcalde, con breves palabras instó a los reunidos a que cada uno expusiese su opinión sobre el problema.

Un silencio completo fue la respuesta. La maestra, Carmen, insistía frecuentemente para que hablase.

—Empieza tu —repetía.

Transcurrió aún un tiempo de silencio, sin que nadie se atreviese a romper el hielo. Farràs y Pere insistían también para que hablase.

Al fin accedí, exponiendo los siguientes términos:

—Una de las más bellas cualidades y virtudes en el movimiento obrero español, ha sido, desde tiempos muy antiguos, el afán de los trabajadores para aprender a leer y escribir, conocer las primeras letras para después ampliar sus conocimientos y desarrollar su cultura. Contrariamente, a que las llamadas clases dirigentes considerasen a «sus obreros», simples bestias de labor; los trabajadores pensaron siempre en instruirse para profundizar en las raíces de su desgracia.

«Cuando en los pueblos, los haraganes señoritos abrían un casino, era ya con finalidades políticas de dominación o para matar el tedio, jugando al billar o para hacer partidas de naipes.

«Sin embargo, cuando los trabajadores, a costa de grandes sacrificios y de vencer las dificultades que oponían los caciques y las autoridades, lograban abrir un centro obrero, la primera preocupación era la de instalar una escuela, para que sus hijos aprendiesen lo que ellos no sabían. En el conocimiento de la propia ignorancia, les obsesionaba la idea de aprender, creando bibliotecas. Que todos no fuesen capaces de leer libros y periódicos, no importaba. Siempre habría uno que supiese leer aquello que tantas verdades decía, que tan justamente interpretaba sus dificultades de vivir. Y algunas veces, a la pálida luz de un candil que invadía la atmósfera de un humo espeso y maloliente, el más instruido leía aquellos periódicos que "decían las cosas tan claras".

«En el movimiento confederal y libertario esas inquietudes, ese deseo de superación intelectual tuvo como exponente la constitución de Ateneos; que ya se llamasen éstos de cultura, o instructivos, enfocaban sus objetos finalistas hacia la superación de los valores de escuelas racionalistas donde los niños aprendiesen a ser hombres titiles, libres del pesado lastre de los prejuicios religiosos y políticos.

«Agregamos, que el Ateneo de Cultura Social de San Adrián, con su Escuela Racionalista; la Escuela Racionalista de la Casa del Pueblo de Santa Coloma de Gramanet; la Escuela Armonía de San Andrés; la Escuela Racionalista de Badalona; constituyen, todas ellas, magníficos ejemplos de entusiasmo y de generosidad, porque por encima de todas las dificultades, dedicaban después de las horas que dejaba el duro trabajo diario, a la preparación de la infancia para vivir una vida más libre y humana.»

Después de estos razonamientos, expuse nuestro concepto de la enseñanza, y que Francisco Ferrer y Guardia había abierto a los

obreros las puertas de la esperanza, con la creación de la Escuela Moderna, delito por el cual fue fusilado. Añadí que habiendo sido educado en una escuela laica, exponía el concepto de la enseñanza de acuerdo con la educación recibida, pareciéndonos que el maestro debe ser entre los niños, algo así, como un hermano mayor que se hace querer y respetar por el ejemplo de su conducta limpia.

«La escuela—si de verdad cumple su misión docente—no debe, ni puede ser, un lugar de forzoso encierro, sino de recreativo recreo, que recrearse aprendiendo es abrir a los niños las puertas de su porvenir radiante.»

Terminé diciendo, que con lo expuesto trataba de ofrecer una respuesta a la demanda del Consejero de Cultura de la Generalitat de Catalunya.

Hubo unos minutos de silencio en la Secretaría.

Pasados éstos, el alcalde se dirigió a los reunidos preguntándoles si tenían algo que objetar a lo expuesto. Y como la respuesta fuese negativa, abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo un escrito que blandió sobre su cabeza, al tiempo que decía a los maestros:

—Hace unos pocos meses me fue presentado en esta Alcaldía este documento, firmado por todos ustedes. En el que se solicita que el Ayuntamiento intervenga para que sea clausurada «La Escuela de Berrueto». Ahora, resulta que es el único que se ha atrevido a exponer razonamientos, susceptibles de ser tenidos en cuenta, para la respuesta a las instancias superiores y todos ustedes se manifiestan de acuerdo.

Y seguidamente, agregó:

—Francamente, no quedan ustedes en muy buen lugar.

El tiempo corría veloz, dejando los meses unos tras de otro. Nos hallábamos a mediados del año 1938. La batalla del Ebro, horrible carnicería a la que condujo la imprevisión rusa al pueblo antifascista español, se hallaba en su sangriento apogeo.

¡Pobres campesinos procedentes de las zonas batidas por el frente. Con sus carros cargados de miseros enseres, arrastrados por bestias famélicas, cruzaban día y noche en interminables caravanas, el puente sobre el Besós en dirección al trágico exilio!

Acostumbrados a oír todos los días el ronrón de la aviación italo-alemana, irónicamente, llamada nacional, los niños habían aprendido a descender automáticamente a los sótanos del edificio que servían de refugio.

Vivíamos en permanente tensión nerviosa, sólo superable a fuerza de paciencia.

En condiciones tales; cuando la gravedad de la situación reclamaba más que nunca, que en el campo del llamado antifascismo se

impusiese la cordura y la responsabilidad; irrumpió un día en la escuela un grupo de mozalbetes, vistiendo nuevos uniformes en los que lucían en las gorras de plato y en las solapas de la guerrera. Los distintivos del S.I.M. (30). Con desenfadados ademanes propios de la misión a cumplir, inquirieron.

—¿Dónde están las armas?
La respuesta brotó rápida y lacónica. Puse sobre la mesa unos lapiceros, saqué del armario unos libros de texto y encarándome con los aprendices de militares, les dije:

—Ahí las tenéis.

Añadiendo a continuación:

—Los padres de estos niños, que deben ser más mayores que vosotros, si son verdaderos padres, estarán luchando en los frentes o trabajando en industrias de guerra.

Corridos y mohinos abandonaron el edificio y huyeron, porque fuga fue su salida en los automóviles que les esperaban con los motores en marcha, en unos días en que tanto faltaba la gasolina en los frentes de lucha.

La gestión municipal en Santa Coloma y las actividades libertarias al margen de la primera, no fueron muy del agrado de los camaradas comunistas, que hallaron en la C.N.T.-F.A.I. un sólido dique a sus ambiciones de predominio. ¡Ellos que estuvieron ausentes en los momentos de mayor peligro!

Podríamos continuar ampliando las diversas facetas constructivas, entre ellas, las de la escuela de San Adrián del Besòs; pero nos parece llegado el momento de terminar este informe. Aunque citaremos aún las últimas anécdotas.

La Consejería de Abastos de la Generalitat, de la que podría decirse que más que recuperada, fue ocupada; después de una contienda propagandística de injuriosas calumnias contra el representante de la Regional Catalana de la C.N.T. Juan J. Domènech, de quien una vez dimitido, ocupó su puesto Juan Comorera (31). Este, proyectó el establecimiento de comedores populares en varias poblaciones de Cataluña, correspondiendo uno a Santa Coloma, después de insistentes gestiones del Ayuntamiento y en virtud de la situación de los Grupos de Casas Baratas. Ya que ninguno de los sectores antifascistas ofreció sus locales para esta obra de solidaridad, la C.N.T. que poseía el que fue el Casal Català Republicà, ofreció, de la planta baja, un anexo donde había una sala de espectáculos.

Como en Santa Coloma no hubo nunca otra organización obrera que fuese la C.N.T., el Sindicato de Construcción facilitó el personal técnico necesario para la ejecución de los trabajos. Un día, dos compañeros, Toscano y Rico, nos avisaron de que en las obras había un elemento ajeno a los trabajos y que preguntaba, miraba, observaba y se daba aires de director. Avisados los compañeros, todos nos

pusimos, como quien dice, en guardia. El pobre hombre no sabía distinguir la arena del cemento, pero tampoco le hacía falta, ocupado en la labor de reclutamiento de afiliados a la U.G.T. Durante varios días fue vigilada su actividad, dándose la sensación de que era ignorada.

Finalmente, se nos presentó en el Ayuntamiento, diciendo que él era el representante de la Generalitat y que en virtud de la unidad del antifranquismo, venía a proponer una solución para cuando los comedores fuesen abiertos.

Durante largo espacio de tiempo se extendió en consideraciones sobre los beneficios de la unidad de todo el antifascismo, para—deca—hacer frente con eficacia a los ataques del fascismo internacional; sobre la necesidad de estar unidos para ganar la guerra—que ya estaba más que perdida—y construir una sociedad socialista, etc. Y terminó proponiendo como generosa concesión, que la C.N.T. y la U.G.T. se pusiesen de acuerdo, sobre el número de mujeres que debía proporcionar cada sindical, para trabajar en los servicios de los comedores.

Terminada la perorata recibió la respuesta:

—Oiga, amigo, aquí en Santa Coloma no existe, ni hubo nunca más organización sindical que el Sindicato Unico de Trabajadores perteneciente a la C.N.T. Por lo tanto, no existiendo otra organización que la C.N.T., corresponde pues a su sindicato el derecho indiscutible de designar el personal femenino, que haya de ser ocupado en los servicios de esos comedores populares.

Como de mármol quedó el hombre.

La batalla del Ebro se hallaba en su fase final. El ejército nacional, calzado con botas italianas, luciendo cascos alemanes y cubriéndose con las chilabas del Rif salvaje, empujaba, en oleadas impenetrables de aviones italo-germanos, a las fuerzas republicanas que se replegaban hacia la frontera francesa, hambrientas y cargadas de piojos.

Llegó a Santa Coloma, la visita inesperada de uno de esos grupos de pobres soldados, mandado por un comandante ocasional. Este penetró en la Alcaldía como una tromba; exigiendo imperativamente que el alcalde pusiese a su disposición todas las existencias de harina que hubiese en las panaderías.

La forma chulesca de colocarse la gorra y los ademanes de «orden y mando» con los que se expresaba, identificaron fácilmente la procedencia del comandante.

Le invitamos a que se sentase y se negó. Fue lo mismo, tuvo que oír.

—El Ayuntamiento no dispone de un servicio de Intendencia como seguramente dispone el Cuerpo de Ejército a que usted perte-

nece. Diríjase a la Intendencia exigiendo lo que aquí no podemos ofrecerle.

Y añadimos:

—Además, todos los soldados que han pasado por esta población han tenido abastecimiento a medida de nuestras posibilidades; pero ningún oficial ha penetrado en esta Alcaldía con las exigencias de usted. Del pan que existe en las panaderías, daremos a los soldados que usted manda, una ración para satisfacer sus necesidades, pero ello como un deber de solidaridad, no como cumplimiento de una orden.

Y, como dice la fabula: «Y en estas disputas, llegaron los pe-
tros...».

CONSIDERACIONES FINALES

Nos hallábamos a finales del año 1938. Ante el empuje de las armas extranjeras, la tragedia de la guerra civil estaba a las últimas. Las noticias que llegaban del frente del Ebro eran cada vez más alarmantes. Todos los días, con Antonio Paredes, íbamos al Comité Regional de la C.N.T. a recibir información sobre la situación de la guerra, y por consiguiente, de las medidas preparatorias para la evacuación de los familiares próximos a los militantes comprometidos, recomendándose que se preparase esta evacuación sin producir confusión, ya que dadas las circunstancias de inminente peligro, todos pretendían ser los más comprometidos y gozar de ciertas preferencias.

Siguiendo, pues, las orientaciones recibidas en la noche del 25 de enero, empecé con grandes dificultades, la evacuación de las mujeres y los niños, saliendo los hombres algo después. Yo me había hospedado en casa de Celestino Boda para instar a la mujer que se viniera con nosotros, pero me puso impedimentos argumentando que quería permanecer con sus hijos.

El día 26, bien de mañana, salíamos a pie hacia San Adrián, donde estaba previsto que nos esperaba un camión que nos conduciría hacia la frontera. Ya estaba el motor en marcha, cuando nos enteramos, que en aquellos momentos empezaba la invasión a San Andrés de las heterogéneas tropas «nacionales».

Avanzábamos en el éxodo hacia el exilio, cuando casualmente nos encontramos con Boda en Gerona; le relaté lo ocurrido con su esposa y él se mostró decidido a regresar a casa, pues creía que no le sucedería nada pues había sido muy clemente con las gentes de derechas y, además —me dijo confidencialmente— había tenido escondido a Mn. Josep. Yo era menos optimista que él en cuanto a la conducta de los fascistas, puesto que ocuparían las poblaciones sedientas de sangre. Insistí que reflexionase, agregando, que no le perdonarían su viaje a Rusia ni el hecho de haber sido alcalde. El me contestó que no había hecho nada malo y que por lo tanto no

tenia nada que temer. ¡Pobre iluso! Ya hemos explicado lo que le sucedió después. El salvamento de fascistoideos sólo le sirvió para confirmar su sentencia, puesto que la protección de perseguidos reforzaba su categoría de «rojo» influyente.

Nos abstendremos de detallar las peripecias sufridas. El viaje a pie, desde Canet de Mar hasta la Junquera, pues en Canet fuimos abandonados con las familias por un chófer nada escrupuloso; sufriendo repetidas veces en el camino los bombardeos y los ametrallamientos de la aviación fascista, que se ensañaba con las gentes desarmadas, las mujeres y los niños.

Tampoco daremos pormenores de nuestra estancia en los campos de concentración, cercados de alambradas, tratados por hombres desnaturalizados; sufriendo las torturas del hambre; separados de la familia durante diez meses, que nos parecieron siglos. Todo ello pertenece al pasado. Y el pasado, pasado está.

Referiremos, no obstante, con cuanto dolor marchábamos hacia el exilio; atrás dejábamos las luchas perdidas y las ilusiones marchitas.

En San Andrés había quedado la obra del Ateneo de Cultura Social, con su Grupo Escolar «Floreal»; todo ello abandonado a la nueva invasión de los bárbaros del moderno Atila, cabalgando sobre tanques extranjeros, apoyados por tropas morunas para destruir todo vestigio de cultura avanzada.

En Santa Coloma quedó la Casa del Pueblo y su escuela.

Quedaron también añanes de urbanización de la villa. Proyectos de construcción de alcantarillado. De reconstrucción de escuelas. De convertir Santa Coloma en un pueblecito alegre, higiénico e instruido—que ya había empezado con la urbanización de la Rambla de San Sebastián—y también de respetar el arbolado y jardines de la Torre Sagarra, dejando en el centro el edificio como símbolo glorioso del pasado histórico de Santa Coloma y sede de un futuro Museo local.

Pero perdimos la guerra... Y perdimos tantas cosas...

Cuando en mayo de 1976 visitamos Santa Coloma por vez primera, después de aquel trágico 26 de enero de 1939, encontramos OTRA Santa Coloma. Desde luego, 37 años son muchos para la vida de un hombre. También para las ciudades que construyen para cumplir los fines de la vida humana.

La progresión demográfica ha sido tal—se nos ha dicho—que la población ha aumentado muy por encima de los 100.000 habitantes, alcanzando, según algunas referencias, los 150.000.

En 1927, Santa Coloma contaría con unos 8.000 habitantes. Cuando nos instalamos en la calle Lavaderos, por el año 1920-1921, el nú-

mero de habitantes se cifraba apenas en 3.000 y durante el período de la guerra civil oscilaban entre los 18.000 y los 20.000.

Pero en este período y el anterior, con un número de habitantes tan inferior a los 150.000, sobre todo en el período de la República, funcionaban en Santa Coloma varias sociedades recreativas y culturales, organizadas y sostenidas por trabajadores. Las citaremos: La Casa del Pueblo, con su Escuela Racionalista, su Cuadro Artístico y su Comisión de Cultura. La Sociedad Coral «El Pensamiento», en la barriada de El Fondo, que también figuraba un cuadro artístico y una escuela, siendo el más activo de sus sostenedores Ruperto Martínez (32). La Cooperativa «La Colmena», que también contaba con su cuadro artístico. Y en Santa Rosa, en el Arrabal, cerca de la parada del autobús, había existido también una sociedad cultural y recreativa. Y otras, cuyos nombres no recuerdo...

Santa Coloma dejó de ser un pueblo tranquilo y apacible para convertirse en un suburbio de Barcelona, sin apenas industria que le diese vida, se transformó en una ciudad dormitorio; carente de los necesarios equipamientos sanitarios, culturales y de espacios verdes; sin estar apropiados los medios de transporte, empleando los usuarios tres veces más del tiempo necesario. La población activa se trasladaba durante las diez o doce horas que dura la jornada laboral, casi en su totalidad a Barcelona; mientras los días de fiesta se convierte la población, en un auténtico hormiguero de criaturas humanas.

Toda la economía del período fascista se ha sustentado en el turismo, que ha aportado divisas; aprovechándose los extranjeros, en el cambio de moneda, del bajo nivel de vida de los españoles. Pero sobre todo, del éxodo rural a las ciudades que vertió gran parte de su contenido humano. De esta forma se han construido auténticas colmenas humanas alrededor de las ciudades; especulándose con el suelo, construyéndose viviendas en lugares destinados a espacios verdes. El recién llegado necesitaba un empleo y un hogar: el especulador le daba trabajo y a plazos, la vivienda: era un negocio redondo. Las múltiples derivaciones del ramo de la construcción hacían marchar gran parte de la economía franquista; cabalgando sobre ella los intermediarios, la corrupción estatal y todo un entramado de protegidos y defensores del sistema. Pero las ubres de la vaca se quedaron secas al estabilizarse el trasiego del campo a la ciudad, y el fantasma del paro hizo su aparición. Como las ratas de un barco que se hunde, empezaron las deserciones: el clero ya no quiso más complicidades y los mismos fascistas facilitaron el tránsito hacia la democracia, con la condición de que se les eximiera de los pecados cometidos y se cargase con los restos de una España desquiciada.

Para nosotros, los exiliados de la guerra civil, hemos observado mejor que nadie, lo que han representado para el país estas cuatro

décadas de fascismo. La extraordinaria abundancia de cafés y tabernas, ha contrastado tanto con la ausencia de centros culturales habidos en Santa Coloma, que bien se habría podido aplicar aquí la célebre cuarteta andaluza:

Córdoba, ciudad bravía,
que entre antiguas y modernas,
tiene trescientas tabernas
y una sola librería.

Durante estos largos años, sólo el Centro Excursionista «Puig Castellar» ha mantenido con su espíritu independiente, el único destello de inquietud cultural en Santa Coloma; de cuyo letargo, actualmente, parece despertar la población hacia una nueva era que se vislumbra.

N O T A S

(1) La llamada Organización de Sindicatos Libres, fue fundada en Barcelona por Ramón Sales Amenós (1919), de ideología carlista, defendiendo como bases, la sociedad y la familia (tal como estaban instituidas en la época). Intentó combatir la expansión de la C.N.T. con el uso de la violencia, ayudado por la patronal y las autoridades gubernativas de Barcelona. La Federación Patronal, adoptando una total intransigencia en las demandas de los trabajadores, costó una ola de atentados contra la C.N.T. Se organizaron bandas de pistoleros que actuaban bajo la dirección del Comisario de Policía Manuel Bravo Portillo, a quien el Capitán General de Cataluña, Milians del Bosch le confió la represión de los conflictos obreros. Bravo Portillo fue denunciado por Angel Pestaña en *Solidaridad Obrera*, como espía alemán, responsable del asesinato de José Alberto Barret y Moner, técnico industrial que trabajaba para los aliados. Probadas las acusaciones, Bravo Portillo fue destituido y encarcelado, pero ya posteriormente en libertad, la Patronal continuó utilizándole (1919). Los pistoleros del Libre contaron también con la protección de los gobernadores civiles, Conde de Salvatierra (1919-1920), el general Severiano Martínez Amido y el Jefe Superior de Policía, Miguel Arlegui (1920-1922). Los Sindicatos Libres tuvieron un cierto auge durante la Dictadura del general Primo de Rivera, a los que se unieron también sindicatos católicos; pero quedaron desmantelados con la reorganización de la C.N.T. en 1930-1931. El fundador Ramón Sales y otros, huyeron a Francia. Hacia 1932-1933, Sales había regresado y trataba de reactivarlos, acentuándose su carácter antimocráptico y fascista. Sorprendido en nuestro país el 19 de julio de 1936 fue apresado y muerto.

(2) De la Escuela Moderna, cuyo fundador fue Francisco Ferrer i Guardia, fusilado en octubre de 1909 en los fosos de Montjuic, acusado de ser el instigador de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, sin haberse podido probar plenamente su culpabilidad.

(3) D. José Nakens, significado periodista, director de *El Morín*. Acogió en su domicilio a Mateo Morral, quien había arrojado una bomba al paso del correo real de Alfonso XIII.

(4) No había en Santa Coloma ninguna sala de cine. Sólo en la parte alta del Café Xaconet se proyectaban películas de tanto en tanto.

(5) La aplicación de la llamada Ley de Fugas, fue uno de los medios más salvajes de eliminar militantes obreros. Estos eran encerrados en la Cárcel Modelo. De madrugada se les dejaba en libertad y al salir a la calle, les aguardaban los pistoleros de los mal llamados Sindicatos Libres, que apoyados por la policía les asesinaban. Para justificar el crimen, aparecía una nota

en la prensa del siguiente día redactada en estos términos: «En la madrugada de ayer, cuando la policía intentaba detener al terrible sindicalista Fulano de Tal, éste se dio a la fuga y las fuerzas del orden se vieron obligadas a disparar».

(6) El caso del asesinato del industrial Renom, con tintes de venganza personal, produjo intensa emoción en todos los sectores del antifascismo colomense y fue generalmente condenado. Nosotros intentamos que un sector marginal, fuera del control de nuestro ámbito, tramaba algo contra él. Con el fin de avisarle le aconsejamos que se ausentase una temporada de Santa Coloma, pero no nos hizo caso, temiendo lugar el fatal resultado.

(7) Rosario Dolcet era una obrera de la industria textil, que se significó mucho en la propaganda sindicalista entre las trabajadoras. Murió en Cassone, a la edad de 87 años, atropellada por un automóvil.

(8) Massoni fue un activo militante de la C.N.T. en Barcelona. Sufrió la aplicación de la Ley de Fugas. Sus asesinos le abandonaron creyéndole muerto. Repuesto de sus heridas, se incorporó de nuevo a la lucha, lo que no fue óbice para que fuese difamado en nombre de un pretendido ideal.

(9) Golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera, realizado el 13 de septiembre de 1923, de acuerdo con el rey Alfonso XIII. El establecimiento del directorio militar de Primo de Rivera tuvo como finalidad enmascarar el desastre de Annual, del 20 de julio de 1921 en que el general Silvestre tuvo 14.000 bajas, entre muertos y prisioneros. La derrota española en el Rif llenó de tanta amargura y humillación al Ejército, que el general Primo de Rivera declaró al Senado que España debía abandonar la colonia de Marruecos. Como respuesta el rey le «deserrió» a Cataluña con el cargo de Capitán General de la región catalana. Allí tuvo tiempo y posibilidades para organizar un Directorio Militar, contando con la colaboración de los jefes y oficiales de las guarniciones y la burguesía de Cataluña; anunciando un Golpe de Estado implícitamente aceptado por la Monarquía. Uno de los objetivos fue el de restaurar el «orden político» por medios militares a causa de la radicalización obrera, pues debió presumir que el combate a los obreros sería más fácil que la lucha contra los moros de Abd el-Krim. El caso es que suspendió el régimen constitucional, estableciendo una rígida censura y prohibió el ejercicio de los sindicatos anarcosindicalistas; con un apoyo total para los Sindicatos Libres, defensores de los intereses de la Patronal.

(10) Angel Samblancat i Salanova fue abogado y periodista, cuyo lenguaje crudo y opiniones anarquizantes le condujeron varias veces a la cárcel. Fundó varios periódicos; colaboró en *El Diluvio* y fue director de *La Campana de Gracia*; siendo también autor de innumerables folletos. Se exilió en Méjico donde murió.

(11) Los hermanos Roca, habían sido activos militantes de la C.N.T. en Cataluña.

(12) Arturo Parera, orador elocuente, le sorprendió el llamado Alzamiento Nacional en gira de propaganda por tierras de Andalucía. Detenido por los fascistas fue fusilado.

(13) Antonio González, de oficio pintor, fue uno de los entusiastas sostenedores de la Casa del Pueblo.

(14) La escuela del matrimonio Manent se distinguió en Santa Coloma por la seriedad y eficacia de sus métodos de enseñanza. Cuando en mayo de 1916

visitamos a la Sra. María, viuda de Manent, la hallamos firme en sus convicciones pedagógicas y liberales, aun después de haber sufrido los ultrajes morales del régimen franquista.

(15) Manuel Villar, fue director del periódico de la C.N.T. *Solidaridad Obrera*. Después, de *Fragua Social*, de Valencia. Atrapado por el fascismo vencedor sufrió largos años de presidio. Recobrada la libertad se incorporó a la C.N.T., siendo secretario del Comité Nacional clandestino. Perseguido, logró escapar a Buenos Aires, donde falleció víctima de las penalidades sufridas en los años de presidio.

(16) Del general Arlegui, dice Pere Foix en su libro *Problemas sociales del Derecho Penal*:

«Podemos citar, como ejemplo de brutalidad inaudita, el caso del sindicalista Ramon Archs, a quien el propio general Arlegui cortó la lengua con las tijeras que tenía sobre la mesa. Desangrado murió Archs en el despacho de Arlegui. Al día siguiente fue hallado el cadáver en la calle Vila-Vila. Una nota de la Policía presentó el caso como si Archs hubiese sido víctima de un atentado.» Estábamos en el año 1921.

(17) Federación Obrera Catalana (F.O.C.). Pretendida central sindical de ámbito catalán; fue creada en 1922-1923 por Lázaro Casanovas. En 1935 ingresó en los Sindicatos Libres de España, presididos por el fatídico Ramon Salas. Tuvo un estrepitoso fracaso, pues logró sólo 50 afiliados y aún traspasados del Libre.

(18) Miguel Aguilar falleció en Méjico hace algunos años. La cita de su nombre me induce a recordar, que durante el conflicto de la Casa Nubiola, fuimos citados ambos al despacho de la fábrica de Barcelona. De mutuo acuerdo decidimos acudir. Inmediatamente de nuestra entrada a la gerencia, percibimos de una habitación contigua, ciertos rumores y comprendimos que allí estaría la Policía. Presintiendo la oculta presencia, nos presentamos al señor que parecía ser el autorizado representante de los patronos. No hubo diálogo, porque de buenas a primeras nos indicó dos sobres que había sobre la mesa y dijo: «En esos sobres hay 150.000 pesetas para cada uno de Vds., a condición de que cese la campaña que realizan desde *Solidaridad Obrera*. Nos levantamos como movidos por un resorte, al tiempo que respondía uno de nosotros:

«Dígame a los Sres. Nubiola que con todo lo que pueda valer su fábrica, las casas que posee en la calle de la Unión y las fincas de Cambrils, no se reúne suficiente dinero para comprar a un militante de la C.N.T.»

Y seguidamente abandonamos el despacho ante el estupor del fiel servidor de la burguesía.

(19) César Lombroso fue un médico antropológico italiano que murió en 1909. Era profesor de medicina legal y psiquiatría de la Universidad de Turín, dedicándose especialmente a la criminología. Emitió una teoría en que el crimen es un estado patológico del individuo, que podía reconocerse por determinados signos: conformación del cráneo, de los ojos, de las orejas, del pulgar, etc.; para él, el delito, era un resultado necesario del modo de ser psicofisiológico del delincuente. Sus libros fueron traducidos al español y muy difundidos. Hoy día la teoría de Lombroso tiene una relativa credibilidad, ya que el autor prescindía de que el móvil del delito es mayoritariamente la desigualdad social.

(20) El Seis de Octubre es el nombre dado al movimiento insurreccional del gobierno autónomo de Cataluña contra la invasión conservadora del

centro-derecha de Madrid (gobierno formado por Lerroux y ministros de la C.E.D.A.). La anulación de una ley agraria catalana se consideró como una agresión al Estatuto y los nacionalistas de Estat Català influyeron al Presidente Companys para proclamar l'Estat Català de la República Federal Española. Se pidió apoyo a las fuerzas de izquierda, constituyendo la llamada Alianza Obrera—con ausencia de la C.N.T.—, pero las finalidades de los nacionalistas catalanes y de las organizaciones obreras eran distintas; tanto, que en Asturias los socialistas instauraron una revolución proletaria. El general Baret respondió proclamando el estado de guerra y la rebelión fue rápidamente sofocada. Companys y los consejeros del gobierno de la Generalitat fueron encarcelados, iniciándose una gran represión en que los militantes de la C.N.T. fueron las víctimas propiciatorias.

(21) Manuel Portela y Valladares era un político conservador y centrista. Cuando la policía a sus órdenes planeó y practicó las deportaciones de Burgos y Valencia, era Gobernador de Barcelona. Bastaba una simple denuncia o delación para ser incluido en la lista de los deportados. Su actuación durante la guerra civil fue ambigua, ya que después de ofrecerse al general Franco asistió a una sesión de las cortes republicanas celebrada en Valencia en 1937. Murió cerca de Marsella en 1952.

(22) El fusilamiento de Celestino Boada produjo penosa impresión en la población de Santa Coloma. Nos consta, y podemos afirmar que hizo cuanto le fue posible en favor de todas las personas que tenían represalias durante los primeros días de la sublevación fascista. Su generosidad le fue premiada con el pelotón de fusilamiento.

(23) Antonio Paredes falleció en el exilio en la plenitud de su vida. Desiderio González murió estrangulado en el local de la Falange de Alcazar (Albacete). Miguel Ayuso falleció en su domicilio de Santa Coloma en los primeros meses de 1976. En las tumbas de los tres compañeros colocamos las rosas rojas de nuestro emocionado recuerdo.

A través de cartas he expresado mi desconformidad en algunas partes del reciente libro *La República y la Guerra Civil a Santa Coloma de Gramenet*, cuya objetividad queda empañada al observar que la información sobre determinadas personas de la C.N.T.-F.A.I. que tomaron parte activa en la defensa y administración de Santa Coloma durante la guerra, se obtiene de fuentes franquistas, conscientes de que son deformadas y altamente difamatorias. Ningún historiador serio, utilizaría para la confección de la historia del movimiento obrero argentino o chileno, las versiones dadas por los sicarios de Videla o Pinochet para sentar cátedra histórica; a no ser que de lo que se trate es de desprestigiar a las personas y al movimiento en cuestión.

(24) Máximo Gorki (pseudónimo de Alejo Maximovich Piechkov) fue un literato ruso que vivió la Revolución de Octubre. Muy entrazado con las clases populares; sus obras rezuman las andanzas de su juventud azarosa, presentando una crónica, muy expresiva, de la lamentable pobreza que vivía sumido el pueblo ruso, sintiendo en él «la invencible esperanza del renacer a una vida luminosa y humana». Decepcionado del cariz que tomó la Revolución en sus luchas intestinas por la consecución del poder, marchó al extranjero; allí manifestó su desacuerdo por unas matanzas de campesinos que no accedían a integrarse en los koljoses. Regresó a Rusia en 1931 y murió en 1936, con bastantes fundamentos de que fue envenenado; pues en un juicio contra tres médicos, uno de ellos, Livine confesó haber asasinado a Gorki por orden de Yagoda, con un medicamento contraindicado.

A pesar de todo, el gobierno dedicó el nombre de Gorki a la ciudad de Nijni-Novgorod.

Los libros de Gorki han figurado siempre en muchas bibliotecas libertarias.

(25) Con qué pena supimos el fallecimiento de Vicente Barberá en la cárcel de Totana (Murcia). Otro mártir, entre tantos miles, de la represión fascista. Cabe pensar el martirio, de este hombre de ejemplar honradez, en el vía crucis de Santa Coloma a Totana. Como siendo muy joven pasé unas semanas en dicha cárcel, comprendí cuántos serían sus sufrimientos. En las celdas no habían lavabos, ni camastros y los presos eran obligados a llevar sus mantas o a dormir sobre el entosado.

(26) Ernesto Herrero fue, y será si vive, activo e inteligente militante de la C.N.T. Habtaba en Santa Rosa.

(27) Los cuáqueros es una institución religioso-humanitaria. Apareció como una secta del protestantismo en la Inglaterra del siglo XVIII y fue fundada por Jorge Foix; se le llamó «Sociedad de Amigos» y también «Amigos de la Luz». Esta religión no tiene dogmas fijos, ni culto externo, ni jerarquía eclesiástica, admitiendo la libertad de pensar. Jorge Foix fue encarcelado en 1649 y sus seguidores fueron cruelmente perseguidos por la religión oficial. En nuestra guerra civil ayudaba a los sectores de gentes con dificultades. Continúa teniendo su sede en Inglaterra.

(28) Vladimir A. Antonov-Ovseenko fue un destacado político soviético, miembro del partido bolchevique. Dirigió la toma del Palacio de Invierno de Petrogrado (hoy Leningrado) en 1917, donde arrestó al gobierno provisional. Fue vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Durante la guerra civil española fue Cónsul General de la U.R.S.S. Establecido en Barcelona intervino en los sucesos de mayo de 1937. Al regresar a Rusia fue acusado de trotskista, procesado y ejecutado. En 1956 fue rehabilitado, como lo había sido Gorki. Es la doble cara del comunismo de estado.

(29) Los luctuosos sucesos de mayo fueron provocados, principalmente, para restringir la hegemonía de la C.N.T. Desde el principio de la sublevación fascista, Rusia condicionó los envíos de armas a la República con la escalada de comunistas en el Gobierno. Pero no era empresa fácil, pues aun que por medio de la presión gubernamental iban arrebataando competencias adquiridas por los anarcosindicalistas, con las armas en la mano los primeros días de julio, el proceso era lento. El P.S.U.C. se preparó para un ataque frontal, seguro de que los anarquistas harían un repliegue como otras veces. El pretexto fue que el Comisario de Orden Público del P.S.U.C., amparado por una orden extendida por Artemio Aiguadé, Consejero de Interior, marchó hacia la Telefónica para desalojar de ella a la C.N.T. Esta declaró una Huelga General y empezaron las hostilidades en Barcelona y algunos pueblos de Cataluña. En vano Federica Montseny, García Oliver y Mariano R. Vázquez intentaron calmar los ánimos. La hostigación a los anarquistas se amplió a los comunistas del Partit Obrer d'Unificació Marxista (P.O.U.M.), acusados de trotskistas y cuya destrucción había decidido Stalin. Después de 4 días de lucha cesaron las hostilidades sin victorias aparentes; eso sí, con un saldo de 500 muertos y un millar de heridos. Murieron también Antonio Sesé, secretario de la U.G.T.; Camilo Berneri, Juan Rúa y Alfredo Martínez, anarquistas; y Andreu Nin, del P.O.U.M., que fue asasinado. Para mejor ilustración sobre este escandaloso acontecimiento, es recomendable la lectura del libro de Manuel Cruells, *Els fets de Maig*.

(30) S.I.M. (Servicio de Investigación Militar), al servicio del Partido Comunista.

(31) Juan Comorera i Soler fue siempre un político de posturas fluctuantes. En 1913-1914, dirigió un periódico republicano. Escribió después en el semanario bilingüe Nación Catalana; dirigió más tarde un periódico socialista de U.S.C. En julio de 1936 fue secretario del P.S.U.C. (comunista); atacando sistemáticamente a la C.N.T.-F.A.I. desde todos los cargos que ejerció. Terminada la guerra se exilió a Moscú, después a Méjico, pasó a Cuba, para regresar a Francia, donde llevó una política de independencia del P.S.U.C. con el Partido Comunista Español. Fue apartado de la dirección del P.S.U.C. cuando se le acusó de llevar una política tíbia (del Tito yugoslavo) y hasta su propia hija redactó un manifiesto repudiándolo. Por carecer de seguridad personal en Francia se expuso a penetrar en la España franquista por la parte de Cataluña; viviendo en la Cerdaña y Ripoll, pasando últimamente a Barcelona donde fue detenido. Trasladado a la Cárcel Modelo estuvo bastante tiempo en las celdas de los condenados a muerte; después le fue conmutada la pena por cadena perpetua; en los espacios de salida al patio, los presos comunistas le hacían el más absoluto vacío, a pesar de encontrarse solo, viejo y enfermo. Fue trasladado al penal de Burgos donde murió de insuficiencia cardíaca en 1958.

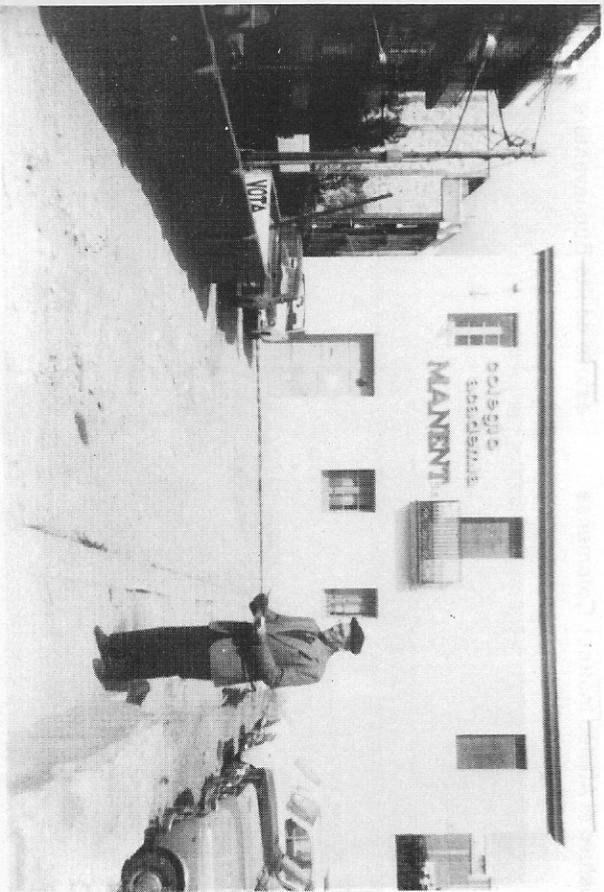
(32) Ruperto Martínez fue concejal republicano antes de la sublevación fascista. Ejerció las funciones de Juez municipal durante la guerra y terminada ésta, marchó al exilio. Estuvimos alojados en la misma barraca en el campo de concentración de Bram.

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

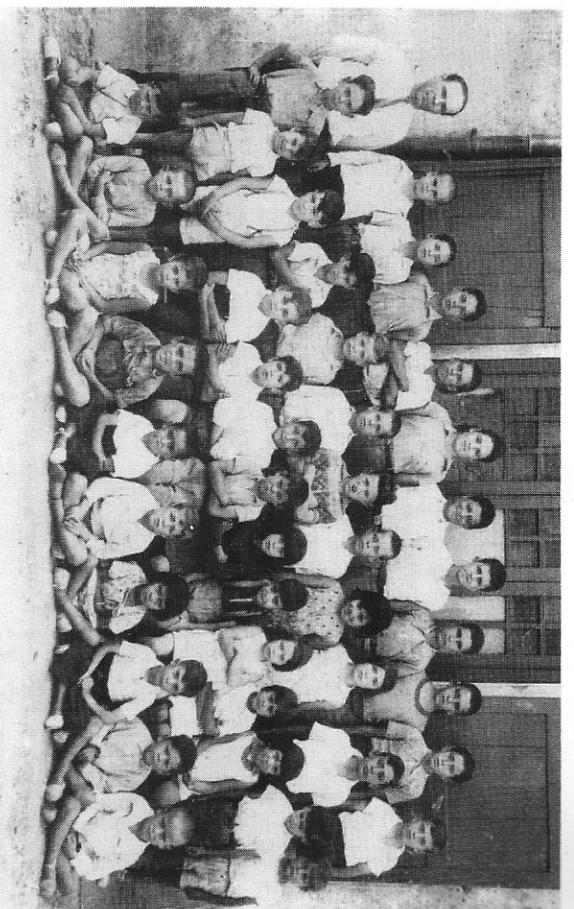
- ABAD DE SANTILLAN, D.: *Por qué perdimos la guerra*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- ATENEO LIBERTARIO: *¿Qué es un Ateneo Libertario?* Santa Coloma de Gramenet, 1986.
- BERRUEZO SILVENTE, J.: *Contribución a la Historia de la C.N.T. de España en el exilio*. Edit. Mexicanos Unidos, México, 1967.
- BOLLOTEN, B.: *El gran engaño*. Luis de Caralt, Ed., Barcelona, 1975.
- CARRERAS GARCIA, M. y H. RUIZ TOSSAS: *La República i la Guerra Civil a Sta. Coloma de Gramenet*. Santa Coloma de Gramenet, 1986.
- CRUELLS, M.: *Els Fets de Maig*. Barcelona, 1937. Ed. Juventud, Barcelona, 1970.
- FERRER GUARDIA, F.: *La Escuela Moderna*. Tusquets Ed., Barcelona, 1976.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. *Censo de la población de España* (Tomo I). Presidencia de Gobierno, Madrid, 1970.
- GARCIA, F.: *Colectivizaciones campesinas y obreras en la Revolución Española*. Zero S.S. Madrid, 1977.
- MARIN, D. y P. FERRERES: *José Berruero: Un alcalde de los que ya no quedan*. Grama, núm. 231. Santa Coloma de Gramenet, 1981.
- MARTINEZ AMUTTO, J.: *Chantaje a un pueblo*. G. del Toro, Ed., Madrid, 1974.
- PAZ, A.: *Durruti: El proletariado en armas*. Ed. Bruguera, Barcelona, 1978.
- PAZ, A.: *Paradigma de una Revolución (19 de julio 1936, en Barcelona)*. Ed. A.I.T., Choisy-le-Roi (Val de Marne), Francia, 1967.
- PEIRATS, J.: *La C.N.T. en la Revolución Española* (3 vol.). Ed. Ruedo Ibérico, París, 1971.
- ORWELL, G.: *Cataluña, 1937*. Buenos Aires, 1963. (Homenatge a Catalunya, en edició posterior.)
- RAMA, C. M.: *La crisis española del siglo XX*. México, 1960.
- RICHARDS, V.: *Enseñanzas de la Revolución Española*. Ed. Belibaste. París, 1971.
- SOLA, P.: *Las escuelas racionalistas en Cataluña (1909-1939)*. Tusquets Ed., Barcelona, 1976.
- SOLE I SABATE, J. M.: *La represió franquista a Catalunya (1938-1953)*. Ed. 62. Barcelona, 1985.
- TUNON DE LARA, M.: *La España del siglo XX* (3 vol.). Ed. Laila. Barcelona, 1977.
- VILASECA I SEGALÉS, J.: *Historia General de Santa Coloma de Gramenet*. Sta. Coloma de Gramenet, 1985.



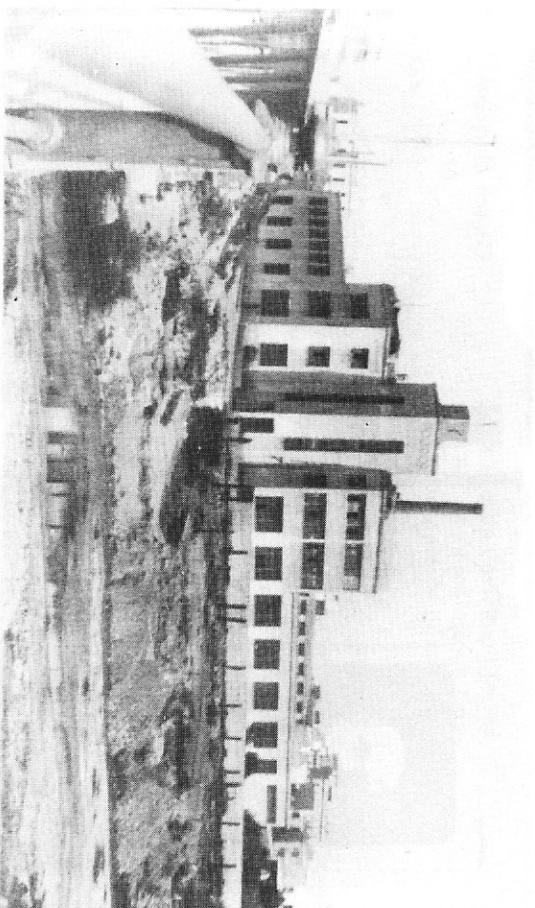
Gregorio Jover, en la época de la Casa del Pueblo, con su compañera Nieves y los hijos Liberto y Emma.



Jose Berruezo, a sus 81 años, frente al «Mas Fonollar», que fue Casa del Pueblo durante la República



José Berruezo, con sus alumnos de la Escuela del Ateneo de Cultura Social de San Adrián de Besós



Edificio cubista del «Polydor», convertido durante la guerra en Sindicato de Campesinos y Escuela Racionalista de Pla del Besós (San Adrián)

Sindicato Unico de Trabajadores

Santa Coloma de Gramanet

Trabajadores:

C.N.T. Esperamos que haréis acto de presencia en el

M I T I N

A. I. T.

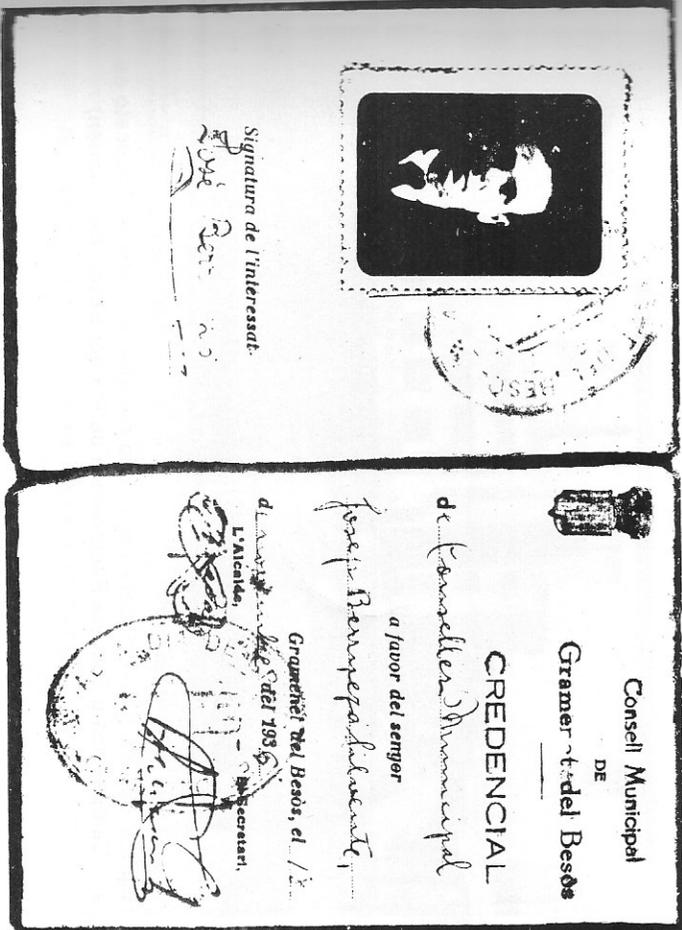
que se celebrará en nuestro local social, el Domingo, día 29, a las 4 y media de la tarde, en el que tomarán parte, entre otros oradores de la localidad, los compañeros

C. Benedito y José Llop

Santa Coloma de Gramanet 28 de Mayo 1932

Impr. J. J. J. J.

LA JUNTA



Consell Municipal

DE

Gramanet del Besòs

CREDECIAL

de l'assemblea Municipal

a favor del senyor

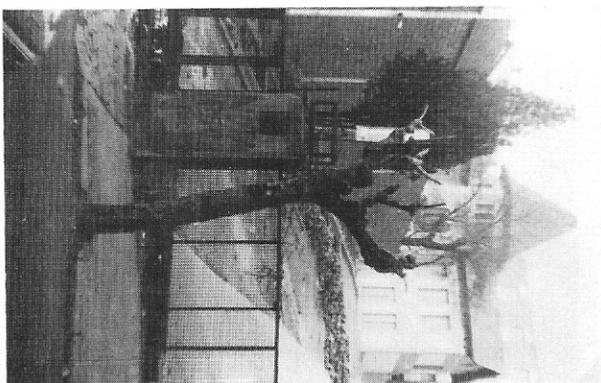
Josep Benedito Benedito

Gramanet del Besòs, el 1/5

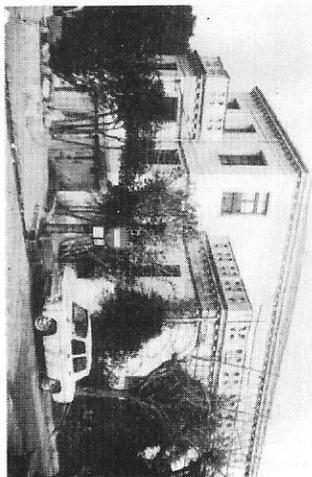
L'Alcalde, *[Signature]* Secretari, *[Signature]*



Edificio del Casal Català Republicà, incautado por la CNT-FAI durante la guerra, y ocupado por los Sindicatos y las Juventudes Libertarias



Edificio de Can Roig i Torres en el que se instaló un Hospital durante la guerra civil



Torre de Can Riús, que fue habilitada como Escuela durante la guerra civil



Gregorio Jover (centro), con Ricardo Sanz (derecha), durante la guerra civil, en la que fueron jefes de la 28 u 26 División, respectivamente.



Antonio Ortiz, destacado militante cenetista del ramo de la Madera, que fue jefe de la 25 División del Ejército Popular.

GENERALITAT DE CATALUNYA
COMISSARIAT DE PROPAGANDA



El company JOSÉ BARRUECO SIEMENS es el Representant del COMISSARIAT DE PROPAGANDA de la Generalitat de Catalunya en la població de GRAMANET DE PESÓS, a l'efecte d'organitzar totes les tasques pròpies de la Comissari de la propaganda que abasta aquest Comissariat.

Barcelona. . . 11 de Maig . . . 1937

EL COMISSARI DE PROPAGANDA
Juan Miralles



TALLER COLLECTIU
LAMPISTES I ELECTRICISTES
C. N. T. A. I. T.
A. Clavé, 23 Telleson, 45
GRAMANET DE PESÓS

AN 38 Nº
AUGUSTOS (G)
PASE DE CIRCULACIÓN EN TUBUSES DE
DE
José Barrueco
Alcalde Gramanet de Besós
Besós
Valido para los servicios de extramuros
COMISSARIAT DE PROPAGANDA





José Berrueto, junto a su compañera Magdalena Sicilia, en el exilio de Aix-en-Provence (Francia), durante el verano de 1985

INDICE

	Págs.
PRESENTACION	7
A MODO DE PROLOGO	9
EMIGRANTE	13
EL LUGAR DE ORIGEN	19
SANTA COLOMA DE GRAMANET	27
EL SINDICATO	31
EL ATENEO INSTRUCTIVO COLOMENSE	37
LA REPUBLICA	41
LA CASA DEL PUEBLO	47
PARENTESIS	57
EL ATENEO DE CULTURA SOCIAL DE SAN ADRIAN DE BESOS	61
LA CARCEL	67
EL 19 DE JULIO	73
CONTINUA LA GUERRA CIVIL	81
GESTION MUNICIPAL	87
LOS SUCESOS DE MAYO	95
INTRIGAS	99
CONSIDERACIONES FINALES	105
NOTAS	109
INFORMACION BIBLIOGRAFICA	115

JOSE BERRUZZO SILVENTE, nació el 13 de junio de 1895 en la localidad murciana de Mazarrón. La avidez de abrirse nuevos horizontes en la vida, condujeron a su espíritu inquieto y juvenil hacia tierras catalanas, donde pudo encontrar algún trabajo. A causa de unas vicisitudes tuvo que pasar después a Francia, resolviendo regresar al poco tiempo, para instalarse definitivamente en Santa Coloma de Gramanet.

Trabajador en diversas profesiones, luchó siempre, en la fábrica, la escuela o el sindicato, por una interpretación libertaria de la vida.

A través de sus páginas, puede comprobarse que el grado de conocimientos alcanzados lo debe totalmente a su constante esfuerzo de superación, norma de conducta muy frecuente en los hombres de su época, que dieron relieve y contenido social a los sindicatos de la C.N.T. y a los grupos anarquistas.

A pesar de narrar sus memorias personales, trata, en lo posible, de huir del protagonismo, ofreciendo el primer plano a la situación que le rodea. Instado a escribir sobre unos hechos, de los que fue testigo presencial en una etapa histórica que, aunque reciente, por su largo paréntesis queda confusa en muchos puntos, a la hora de emitir juicios se muestra abiertamente parcial, en pro de un movimiento en el que vive inmerso.

Podrá estarse o no de acuerdo con las ideas de Berruozo, pero de lo que no podrá dudarse es de su veracidad, reflejo de una honestidad demostrada en todo momento. Las posibles imprecisiones, en espacio y tiempo, que el mismo autor admite, no constituyen argumentos que puedan vulnerar en sí la autenticidad de su relato.

José Berruozo publica en 1967 el libro **CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA C.N.T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO**, editado en Méjico y que corresponde a la etapa inmediatamente posterior a la vivida en Santa Coloma, que discurre en sus dos primeros capítulos; después el libro adquiere un cariz personal, entrando de lleno en la documentación histórica de la C.N.T. en el exilio.

Berruozo fue cronista de **EL DILUVIO** en 1930-1931 y corresponsal de **SOLL-DARIDAD OBRERA**, también de Santa Coloma, en la página comarcal, con el pseudónimo de «Clarín», en los años 1934-1936.